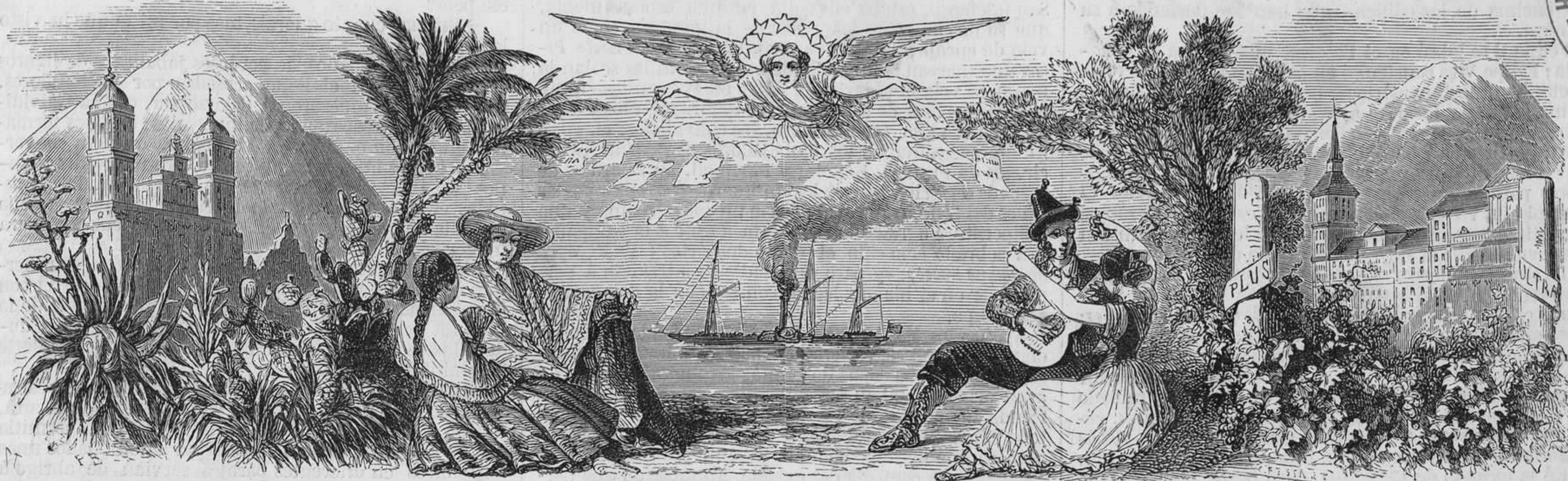


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 179.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Desembarco en Tolon de los licenciados del ejército de la Crimea; grabado. — El venado blanco. — Revista de Paris. — Cachemira; grabados. — Animales curiosos; grabados. — La flor de las ruinas. — Poesias. — Episodio de la batalla del Alma; grabado. — Ligeras nociones de arte militar; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Carreras de caballos en Chantilly; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — Revista de la moda. — La mina de oro. — Inauguracion de la estatua de Latour y del Museo de San Quintin; grabado.

EL VENADO BLANCO.

I.

En la falda de los montes carpetanos, á poca distancia del puerto de Guadarrama, formó la naturaleza un extenso anfiteatro rodeado de altísimas montañas, que se separan un tanto por la parte de Occidente, como para que la vista del viajero se tienda y espacie por las

fértiles llanuras de Castilla la Vieja. Siete reyes han sepultado sus tesoros en aquel sitio; Italia, Francia, Alemania y otros países han enviado allí sus artistas mas famosos, Asia y América sus copudos árboles y regaladas frutas, y el mundo todo sus mármoles preciados, sus bronzes y sus flores de brillante matiz y exquisito aroma; así que de un bosque pedregoso y salvaje que era hace ciento treinta años, se ha convertido en un paraiso donde los grandes de la tierra buscan solaz y



Desembarco en Tolón de los licenciados del ejército de la Crimea.

J. Wornat

descanso durante los ardores del estío. Espumosas cascadas, robledales espesos, praderas alfombradas de lirios y margaritas, manantiales sombreados por castaños, riachuelos abundantes en pintadas truchas, ribazos cubiertos de olorosa retama, sirven de marco á la mansion real, que eleva majestuosamente sus esbeltas torrecillas por encima de los edificios que han ido naciendo á su sombra.

Felipe II se labró en el Escorial una tumba de cenobita; Felipe V se construyó en la Granja un sepulcro de poeta. La dinastía austriaca, que presentía su ruina en el momento de tocar el apogeo de la fortuna, se ocultaba á la vista del mundo debajo de un gigante de granito; la dinastía borbónica, joven, llena de vida y de esperanzas, frívola, sensual, se fabricaba un lecho de flores para dormir en él el sueño de la muerte. El ejemplo de Yuste creaba monasterios; el recuerdo de Versailles levantaba palacios. El uno legaba un panteón á sus sucesores; el otro una soberbia casa de recreo.

La Granja, nuestra cara patria, acaso por ser el mas moderno de los sitios reales, ó quizá solo por su templado clima, ha sido la morada favorita de los Borbones; pero especialmente Carlos III le dispensó gran protección, continuando las obras comenzadas por su augusto padre, é ideando otras nuevas que habian de poner fin y remate al embellecimiento del Sitio. En su reinado se establecieron las suntuosas fábricas de cristales, célebres en Europa, se trazaron nuevas calles, y jamás faltó la corte en los meses de julio, agosto y setiembre.

En la jornada de 1775, que duró hasta bien entrado octubre, empieza nuestro relato.

II.

La corte de Carlos III, á que muy bien podria darse el nombre de corte de los cazadores, andaba alborozada con los preparativos de una gran batida que S. M. habia dispuesto se verificase en los próximos bosques de Riofrío. Limpiábase las armas, adiestrábase á los perros, se daba pienso doble á las mulas que debian arrastrar la pesada carroza del soberano, y los caballeros guardias de corps se preguntaban unos á otros á quien tocaria aquella vez el honor de caer y morir en la veloz carrera de la real comitiva, pues siempre en casos semejantes ocurrían desgracias de este género: el rey tenia dadas órdenes severas para que se corriese á razon de cuatro leguas por hora. Y no porque los cortesanos no estuvieran familiarizados hasta la saciedad con el sangriento placer de la caza, á que Carlos se entregaba en cuerpo y alma, lo mismo los dias crudos y nevados del invierno, que los calurosos y adormecedores de la canícula; sino porque en las cortes todo el mundo afecta tener gustos y antipatías idénticos á los del soberano. Bajo Carlos V los cortesanos fueron guerreros y emprendedores, con Felipe II se hicieron frailes, con Felipe III afeminados y empalagosos, con Felipe IV poetas, con Carlos II inquisidores, con Felipe V franceses, con Fernando VI cantantes y con Carlos III cazadores.

El rey pasaba la mayor parte del tiempo en el campo; su rostro, expuesto constantemente á la intemperie de las estaciones, estaba curtido como el de los labradores; su mirada dulce y cariñosa buscaba siempre, aun en medio de la pompa y grandezas de la corte, los árboles queridos, las fuentes predilectas en que solía apagar la sed, y el áspero monte animado por el ladrido de la jauría, el sonar de las trompas y el confuso vocerío de los monteros y ojeadores. Un viajero observa con mucha oportunidad que así como Tito consideraba perdido el dia en que no habia hecho algun bien, Carlos III tenia por perdido el dia en que no habia disparado la escopeta. Luis XIV aconsejó á sus descendientes que se entregasen con frecuencia al ejercicio de la caza, para no ser víctimas de la enfermedad hipocondríaca hereditaria en su familia, y Carlos dividía por mitad la grande energía de su alma entre sus deberes de rey y sus aficiones de cazador. Pero la escopeta le pesaba ménos que el cetro, por cuya razon despachaba en dos horas, con pasmosa facilidad y acierto, los negocios del Estado, y el resto del dia lo dedicaba á su pasión dominante. Solo tres dias en el año no iba al campo, el juéves, viérnes y sábado santos, que en su calendario estaban señalados con una cruz negra, y entonces era tal su mal humor, que nadie se atrevía á solicitar de él gracia alguna.

Vestido invariablemente de una casaca de paño segoviano, en cuyos bolsillos tenia el singular capricho de llevar varios juguetes de su infancia, una chupa de piel de gamo, calzones negros y medias de lana, y armado de un cuchillo de monte; con su sombrero de ala ancha calado hasta las cejas para que moderando la demasiada viveza de la luz, le permitiera distinguir á larga distancia los animales inocentes que rara vez escapaban de sus tiros certeros, el rey salía de palacio muy de mañana y volvía dos ó tres horas despues con un coche cargado de perdices, conejos, chochas y liebres, y tal cual venado ó jabalí que imprudentemente se habia presentado á su vista. Recibia á sus ministros y á los embajadores extranjeros, á quienes á menudo asombraba con su sagacidad y fácil comprensión, conferenciaba un rato con su confesor, comía, y á las tres lo mas tarde recobraba la libertad y la escopeta, tornando ya de noche para anotar en su diario las piezas muertas por su propia mano: cinco mil trescientas veintitres zorras, quinientos treinta y nueve lobos, y un número fabuloso de ciervos, jabalíes, tejones y otros animales salvajes tenían su partida de defunción en aquel curioso libro.

Esto era lo diario, lo que la costumbre habia ya, por decirlo así, santificado, que á mas cada año se celebra-

ban cuatro grandes batidas como la que, con permiso del lector, y sin querer menoscabar la buena fama que de monarca recto, sabio y español goza con justicia Carlos III, vamos á describir.

El dia amaneció lluvioso y destemplado; la gailarda cima de Peñalara, que surte de aguas á los jardines de San Ildefonso, estaba envuelta en una espesa niebla, que se mecía sobre los pinos de la montaña como un velo de encaje; la Atalaya, Matabueyes y los Siete Picos que marcan la línea donde ambas Castillas se dan la mano, se veían cubiertos de nieve en sus puntos culminantes. A pesar de esto, muy de madrugada los individuos de la regia servidumbre, los convidados, en cuyo número se contaban los embajadores de familia, es decir, los de Francia, Nápoles y Portugal, los guardias de corps de servicio y los criados empezaron á circular por las calles del Sitio, como si el dia con un sol purísimo y una temperatura agradable convidara á salir á la campaña. Era sobrado conocido el dicho de Carlos: — *El agua no rompe huesos*, — para que nadie se atreviese á permanecer en el blando lecho, confiado en lo desapacible del tiempo.

Apénas los Monteros de Espinosa, que velan el sueño de nuestros reyes, salieron de palacio embozados marcialmente en sus capas de grana, los guardias que con gran prisa tomaban las sillas, los palafreneros que á rienda suelta partían en distintas direcciones, y sobre todo ese rumor, esa solicitud muda, esa curiosidad respetuosa que marcha siempre delante de los primeros galanes en la comedia del mundo, anunciaron que Carlos III salía de su cámara.

El rey, alegre y satisfecho como el conquistador que se dispone á entrar en la ciudad que debe tributarle los honores del triunfo, ocupó un carruaje con el príncipe de Asturias y el infante Don Gabriel, sus hijos; su hermano el infante Don Luis iba solo en otro coche, al cual seguían los del capitán de guardias, el caballerizo mayor, el sumiller de corps, los embajadores, el médico y el cirujano; cerraba la marcha un coche con las escopetas, las municiones, alguna ropa de muda y el botiquín.

Poco mas de media hora bastó para correr la distancia de tres leguas que entre San Ildefonso y el lugar de la batida habia. El rey saltó del carruaje con la ligereza de un joven, y paseó una mirada gozosa por la desierta llanura; sus ojos brillaban de júbilo á través de las largas pestañas que casi los cubrían. En seguida mandó que las tropas dieran la señal de empezar la cacería, y por no estar ocioso mientras los ojeadores dirigian la caza hácia el bosque donde se hallaba oculto, sacó del bolsillo un libro pequeño, raído por el uso, y fijó toda su atención en la lectura, sin que fuesen bastantes á distraerle la animada conversacion de los infantes y el agua que empapaba sus vestidos. Aquel libro era su delicia, su único amigo, casi podríamos decir su vida; una sola vez se habia separado de él para enviárselo al papa Clemente XIII, y en tanto que no tornó á su poder comió poco, durmió ménos, y dias hubo que no disparó un tiro: aquel libro contenia varias oraciones compuestas por el hermano Sebastian del Niño Dios, que las escribía de su puño y letra para Carlos, cuando este no abrigaba la esperanza de sentarse en el trono de Nápoles, y mucho ménos en el de España. El hermano Sebastian era donado en el convento de San Francisco de Sevilla, y pedia para la comunidad llevando siempre consigo una imagen del Niño Jesus. El aspecto de santidad, lo humilde de su conducta y modales, y las sentenciosas palabras que por hábito dirigía á las mujeres y á los niños, hacían que el vulgo le tuviera por santo. Cuando Felipe V y sus hijos estuvieron en Sevilla, el hermano Sebastian regaló á Carlos el libro de oraciones que hemos sacado á plaza, y le dijo con acento inspirado que llegaria á ser rey de España. Estas palabras hicieron tal impresion en el espíritu supersticioso del príncipe, que jamás se le olvidaron, y al ver cumplida la profecía, solicitó repetidamente del Papa la canonización del hermano Sebastian, al mismo tiempo que la del venerable Palafox. El libro le acompañaba hasta en el lecho.

Pero no divaguemos, por el gusto de amontonar detalles históricos que, despues de todo el trabajo que nos ha costado reunirlos, tal vez encuentre el lector fuera de cuento.

Mil quinientos hombres se habian desparramado por el país, con muchos dias de anticipación, para sacar á los animales de sus guaridas, y poniendo en juego las tretas y malas artes que el hombre tiene que emplear para vencer á los brutos, acercarlos al sitio designado por el rey, que, á sangre fria, sin arrostrar peligro ni fatiga algunas, sin siquiera hacer uso de su incomparable destreza en las armas de fuego, habia de rendirlos sin vida á sus pies.

Trompas lejanas contestaron á la señal convenida; sus ecos fueron oyéndose gradualmente mas distintos, al mismo tiempo que algunos ciervos aparecían en los límites de la esplanada, y levantando su hermosa cabeza, olfateaban el aire y se perdían de nuevo en el bosque con asombrosa velocidad. Estas apariciones eran mas frecuentes á cada instante. Los ojeadores se aproximaban.

El rey, el príncipe y los infantes tomaron las escopetas; á su espalda habia muchos criados para presentarles otras armas cargadas tan pronto como disparasen aquellas. Los convidados permanecían á respetuosa distancia.

Don Luis dejó escapar de repente una exclamación de sorpresa.

— ¿Habeis visto, Carlos? preguntó á su hermano.

— ¿El qué? contestó el rey indiferente.

— Un venado blanco... allí... en aquel grupo de encinas.

— ¡Un venado blanco! exclamaron sonriendo el rey y el príncipe de Asturias.

— ¿De cuando acá, añadió D. Gabriel, hay venados de ese pelo?

— Burlaos cuanto querais, mas por mi fé que he visto lo que digo.

Verdaderos rebaños de cerdosos jabalíes y de ligeros ciervos poblaron el llano, acosados por los batidores. Estos, cuando empezaron á dejarse ver, estaban divididos en grupos separados por intervalos; despues formaron un cordón ondulante, bullicioso, que ora convergia de la circunferencia al centro, ora retrocedía algunos pasos luego que un gran número de animales reunidos en un mismo punto intentaba romper aquella muralla de carne; y por último doblaron sus filas para mayor seguridad.

Todos los concurrentes pudieron ver entonces un hermoso venado blanco de colosales proporciones correr con la velocidad de una flecha de un extremo á otro de la llanura, herir el suelo con sus menudos cascos, y dudar al parecer entre una resistencia inútil y una muerte ignominiosa.

Empezó el tiroteó y la matanza: aquello no era cacería, era asesinato; aquella no era pasión, era locura, frenesí, vértigo. El humo de la pólvora no permitía contar las víctimas, pero sus cuerpos amontonados unos sobre otros en diferentes parajes servían de abrigo á los tímidos cervatillos que lamian á sus madres en las convulsiones de la agonía. La sangre manchaba las flores del campo; los bramidos de terror, de angustia y de muerte se confundían con las detonaciones de las armas y los gritos de los batidores. Ocho ó diez animales expiraron al lado de los príncipes.

El venado blanco, objeto de la atención general, en sus rápidas carreras y continuas evoluciones nunca se ponía á tiro; pasaba y repasaba de un lado á otro, y advertido por el instinto del peligro que corría, no cesaba de buscar el punto débil de la red en que se veía cogido. Y así quedó solo, completamente solo, con vida y una vislumbre de libertad, cuando todos sus compañeros yacían por tierra inmóviles, ensangrentados, muertos.

Carlos estaba radiante de alegría; miró con ojos codiciosos al único enemigo que todavía desafiaba su poder y su destreza y mandó estrechar el círculo.

— ¿No os parece que seria mejor coger vivo ese raro animal? objetó Don Luis.

El rey disparó en el mismo instante, mas inútilmente, como raras veces acontece; el venado blanco salió ileso de tan terrible prueba, y haciendo un esfuerzo supremo salvó de un salto increíble la doble fila de ojeadores y se perdió en el encinar vecino.

Este contratiempo puso á Carlos III de bastante mal humor.

Concluido el fuego, los guardas colocaron la caza á los pies del soberano, quien se entretuvo largo rato en examinar las heridas, haciendo notar con orgullo los tiros maestros. Ciento cuarenta y cinco venados y treinta jabalíes fueron el botín de la victoria, con el cual, según costumbre, se adornó por la noche el comedor de Carlos III.

CÁRLOS DE PRAVIA.

(Se continuará.)

Revista de París.

El nacimiento del príncipe imperial ha dado motivo en París á una manifestación de respetuosa simpatía. En todos los barrios de la población formáronse comités á fin de recoger las suscripciones individuales que se habian limitado entre la cantidad de 5 céntimos y 25 para que todas las clases de la sociedad pudiesen tomar parte en la suscripción, y el dia 1º de mayo se habian reunido 80,000 francos y mas de 600,000 firmas. Los presidentes de los comités pidieron á la emperatriz Eugenia, por conducto del ministro del Interior, se sirviera indicar el destino que debia darse al dinero recogido que según la intención de los suscritores fué dado para ser empleado en un obsequio de la población de París al príncipe imperial; pero la Emperatriz ha decidido que el producto de la indicada suma convertida en rentas sobre el Estado, y aumentado con 30,000 francos que el Emperador añadirá todos los años de sus fondos particulares, servirá para educar cien huérfanos anualmente, no en un hospicio ó en un colegio particular, sino en el seno de otras tantas familias pobres, que de este modo se aprovecharán igualmente de la cantidad destinada á cada niño en cambio del apoyo, la afección y los cuidados que le prodigan. Nadie podia imaginar que las cantidades recogidas pudiesen emplearse en esta obra de caridad doblemente meritoria; la Emperatriz solo conservará como recuerdo de este acto patriótico los plegos donde están inscritas las 600,000 firmas encuadradas en volúmenes.

Un comerciante de Londres, M. Uzielli, ha tenido la idea de fundar un premio que seria distribuido cada dos años por la Academia francesa al autor de la mejor obra sobre los beneficios de la paz y sobre las ventajas de la alianza anglo-francesa. El proyecto ha parecido inadmisibles, como veremos por la contestación de M. Villemain; pero hé aquí primeramente la carta de M. Bouard, abogado de la embajada francesa en Londres, transmitiendo al secretario perpetuo de la Academia la proposición de M. Uzielli:

Londres 9 de abril de 1856.

M. Mateo Uzielli, negociante de la casa Ch. Devaux y Compañía en Londres, tiene intencion de fundar un premio de 1,250 francos que cada dos años se otorgaria por la Academia francesa á la mejor obra ó tratado sobre los beneficios de la paz y las ventajas de la alianza entre la Francia y la Inglaterra.

Deseo saber, señor secretario, cuales son las formalidades que hay que llenar para llegar al fin que M. Uzielli se propone, y si, como supongo, hay reglamentos impresos sobre la materia, os agradecería que me enviarais un ejemplar lo mas pronto posible por el ministerio de Negocios extranjeros.

Recibid, etc.

BOUARD.

El secretario perpetuo de la Academia dió la siguiente contestacion á M. Bouard :

Paris 18 de abril de 1856.

He tenido el honor de comunicar inmediatamente á la Academia la carta que me habeis dirigido relativa á la intencion de M. Uzielli de fundar un premio que seria otorgado cada dos años por la Academia francesa á la mejor obra sobre los beneficios de la paz y las ventajas de la alianza actual de la Francia y la Inglaterra.

No existen reglamentos especiales impresos sobre las causas y las formas de fundaciones análogas á la que se propone. La regla general es la necesidad de una aprobacion superior precedida del asentimiento de la compañía ó del establecimiento público interesado en este proyecto de fundacion. En esta ocasion ha parecido que no era necesario dar prosecucion al proyecto.

La cláusula de «perenidad,» por mucho que sea de desear, no puede aplicarse aquí en principio, y al apreciar los principios de la paz y de las alianzas actuales, no se puede dar sin embargo á estos acontecimientos el carácter de una duracion indefinida que supone la fundacion proyectada.

Estoy encargado, pues, de comunicaros que no ha parecido posible contestar de otro modo á la comunicacion que me habeis hecho el honor de dirigirme.

Recibid, etc.

VILLEMAIN.

Este incidente ha causado cierto ruido en Paris en la última semana, que es cuando se ha publicado la correspondencia que precede y aun ha suscitado una polémica en los periódicos en diferentes sentidos. Lo cierto es que muchos habrian deseado que la proposicion de M. Uzielli, que podia considerarse como un homenaje solemne á la Academia francesa, fuese aceptada ó por lo ménos rechazada en otros términos, si en realidad es un inconveniente el que señala M. Villemain, en vez de sofocar con una negativa categórica una idea que en el fondo tenia una significacion importantísima. Aun hay quien cree que la Academia modificará su primera resolucion por poco que M. Uzielli se muestre tambien pronto á modificar la forma de su proyecto.

Tenemos que contar á nuestros lectores una historia lúgubre. — Un doctor que en el ejercicio de la medicina habia logrado reunir una modesta fortuna, vivia retirado en una casita solitaria de las afueras de Paris por el lado de los Campos-Elíseos. El buen doctor pasaba contento su vejez en la soledad despues de muchos años de agitacion y de trabajo, quizás por egoismo, pues tenia una hija á quien queria entrañablemente y cuya presencia era para él un motivo constante de alegría. Adela (este era su nombre) pagaba sin duda alguna este afecto paterno y vivia igualmente satisfecha en su retiro, dulcificando con sus atenciones y cuidados el último período de la existencia del autor de sus dias, si bien es verdad que al mismo tiempo ocupaba tambien su corazon un amor noblemente correspondido. El objeto de esta tierna pasion era un jóven llamado Enrique X..., que habia sido enviado á Paris para cursar la abogacia.

Un parentesco lejano existia entre la familia de Enrique y la de Adela: el jóven habia llegado á la capital recomendado al doctor, y no habia transcurrido un mes desde el dia de su primera visita, cuando ya ambos jóvenes se habian jurado un amor eterno. Con lo que hemos dicho basta para comprender que el padre de Adela no era un padre terrible: así el estudiante se introdujo fácilmente al lado de la niña, y todas las tardes sentados uno cerca de otro junto á la ventana de la sala baja que daba al jardín, repetian el eterocoloquio de los enamorados:

— ¡Cuánto te amo, Adela!

— ¡Enrique!

— Y pronto nos casaremos, Adela mia, y viviremos juntos.

Y luego llegaba la noche y se separaban, y al otro dia las mismas palabras, los mismos proyectos. Era una felicidad bien pura, la felicidad del primer amor que es la ilusion mas encantadora de la vida.

Sin embargo, el tiempo corria con rapidez. Enrique recibió una órden de su padre llamándole á su lado, y marchó despues de haber dado un beso á su querida Adela y renovado mil y mil veces sus juramentos. Pero ¡ay! apenas habian pasado quince dias, cuando Enrique recibió una carta del doctor en la que le anunciaba que su hija se hallaba peligrosamente enferma, y le suplicaba que viniera lo mas pronto posible si queria volverla á ver en este mundo.

Enrique llegó, pues, á Paris y entró en la casa presa de las mayores angustias. No tenia mas que un solo pensamiento, un solo deseo, verla, oír su voz... su espíritu se hallaba sobrecogido de terror y de pena al encontrarse en

la salita baja donde habian tenido lugar sus tiernas conversaciones, ¡su última entrevista!

En este momento entró el doctor: Enrique alzó la cabeza, le reconoció y se precipitó en sus brazos.

— ¡Adela! murmuró con acento trémulo.

— ¡Adela! repitió el anciano sollozando.

El jóven saltó hácia atrás, extendió los brazos al cielo y lanzando un grito terrible, exclamó desesperado:

— ¡Muerta! ¡muerta! Y cayó de rodillas en el suelo.

Habia comprendido que Adela ya no existia.

El doctor trató de reanimar aquel cuerpo inerte y sin fuerzas, pero no pudo lograrlo sino mucho tiempo despues... y cuando Enrique volvió en sí, habia perdido el juicio.

La convalecencia fué muy larga; el doctor llamó en consulta á los primeros médicos de Paris, pero todos cuantos cuidados le prodigaron fueron inútiles. Solo una cosa, decian los facultativos, podia devolver la razon al pobre Enrique: era Adela... ¡y Adela ya no debía verle!

Una tarde, sin embargo, el doctor se acercó á él con precaucion y le dijo:

— ¡Enrique!

— ¿Qué me quiere Vd.? respondió el pobre enfermo con dulzura.

— ¿Qué haces ahí, hijo mio?

— Mire Vd. aquella estrella.

— Sí, la veo.

— ¡Es ella!...

— No entiendo.

— ¡Cómo! ¿no entiende Vd?... digo que es ella.

— Hijo mio, vén conmigo, si quieres ver á Adela.

Enrique siguió al doctor y ambos entraron pronto en aquella misma salita del piso bajo donde tan á menudo habian estado juntos hablando de amor los dos amantes. Todavía no habia cerrado la noche enteramente: una débil claridad que entraba de fuera daba á todos los objetos de aquel cuarto una tinta suave y melancólica. Enrique se detuvo de repente y una extraña expresion de júbilo se esparció por su rostro. Junto al marco de la ventana estaba sentada una jóven que parecia profundamente entregada á la lectura de un libro que tenia en sus manos. El viento al atravesar agitaba ligeramente sus cabellos largos y rizados.

El corazon de Enrique se conmovió con una sensacion deliciosa, y apoderándose de la mano del doctor lloró abundantemente. Acababa de reconocer á su adorada Adela, pero no le permitieron acercarse y hasta hubo de jurar que nunca trataria de penetrar aquel misterio.

Durante algun tiempo fué como esta vez todas las tardes acompañado del doctor á pasar un instante en aquel cuarto donde no se habia tocado á nada, donde encontraba en su mismo puesto todos los objetos que le eran caros. Dócil y sumiso como un niño, no decia una palabra y se contentaba con admirar y contemplar á la que habia amado tanto y que aun amaba. Poco á poco se calmaba la fiebre, la razon iba recobrando su imperio, pero con su razon le volvía mas ardiente que nunca el deseo de hablar á Adela.

Un dia el doctor le habia dejado mas sereno en apariencia; estaba solo en su cuarto, su imaginacion se forjaba mil castillos en el aire, y desobediendo por primera vez á las órdenes del doctor, ó mejor dicho, olvidando la recomendacion que le habia sido hecha, quiso ver á Adela sin testigos. Con este pensamiento salió, pues, furtivamente de su cuarto, bajó la escalera sin que le oyesen, atravesó el corredor, y logró entrar sin hacer ruido en aquel aposento donde se encerraba toda su existencia.

Como los dias anteriores halló á la jóven sumergida en su lectura y en una inmovilidad completa.

Enrique tomó un sillón y se fué á sentar al lado de Adela. Esta no hizo caso y ni siquiera desvió los ojos del libro que descansaba sobre sus rodillas.

— ¡Adela! exclamó al fin Enrique.

La jóven no respondió.

— ¡Adela! repitió.

Igual silencio.

La tomó la mano; estaba fria; se atrevió á llevar sus labios sobre su mejilla, estaba helada tambien; puso la mano sobre su corazon, le halló sin latidos... ¡Oh! entónces un terror secreto se apoderó de él, retrocedió espantado y lanzó un grito terrible que resonó en la casa solitaria.

El doctor acudió inmediatamente.

— ¿Qué has hecho, desgraciado? dijo al entrar.

— ¡Sí, bien desgraciado soy! exclamó Enrique con toda su razon.

Y el infeliz cayó en el suelo sin movimiento y sin vida.

La aventura se explicó ante la justicia: el doctor habia embalsamado el cadáver de Adela y le conservaba en su habitacion, tanto por no separarse de aquel objeto querido estando él en vida, como por intentar á beneficio del engaño que hemos visto la curacion del infortunado que habia perdido la razon, y que en efecto la recobró un instante, el instante que precedió á su muerte repentina y terrible.

MARIANO URRABIETA.

Cachemira.

El valle de Cachemira se halla limitado al Sur y al Este por la cordillera del Pir-Panjál (una de las gran-

des ramificaciones del Himalaya); al Norte y al Oeste están las montañas del Tibet cubiertas de nieves eternas. Tiene 140 kilómetros en su longitud mayor y de 40 á 50 de anchura. Su aspecto es el mismo que el de casi todos los grandes valles de los Himalayas: es un país llano, bien abrigado, muy fértil y que produce todas las frutas de la Europa en abundancia, y en general de buena calidad; los trigos, el arroz y el azafran se recogen en mayor cantidad de lo que necesita el consumo del país. En suma hay allí todos los elementos de una comarca rica; por desgracia muchos siglos de gobiernos infames la han arruinado para largo tiempo y seguramente no remediará el mal el gobierno que hoy rige. Sacar dinero al pueblo por cuantos medios se puedan emplear por la dulzura, la violencia y la traicion, tal ha sido hace siglos y tal es hoy aun el principio de ese reino de Cachemira.

Toda esa inmensa llanura se halla perfectamente regada: el Jheelum la atraviesa en toda su longitud; nace en la punta S. S. O. del valle y se dirige hácia el N. E.; en Cachemira vuelve enteramente hácia el Este y entra en las montañas en Baramula, donde se cambia en un torrente impetuoso. Desde Islamabad hasta Baramula es navegable y está surcado por un crecido número de embarcaciones.

El valle entero parece haber sido en otro tiempo un vasto lago. Los habitantes han conservado muchas leyendas relativas á su desecacion. Pretenden que un faquir á fuerza de oraciones logró separar dos montañas en Baramula y abrir un ancho paso al agua que se fué toda. Desde entónces quedó seca la tierra y se hizo fértil como lo está hoy.

Sin embargo, no se secó completamente á juzgar por los lagos y pantanos que se ven en él todavía. Detrás de Cachemira á pocos centenares de metros del Jheelum, hay un lago que tiene 8 millas de largo sobre 4 de ancho, en el cual hay ciertas porciones que parecen pantanos, en tanto que otras por el contrario tienen una transparencia extraordinaria.

Una de las cosas mas notables del lago de Cachemira es la multitud de islotes flotantes que en él se encuentran. Son unas pequeñas lenguas de tierra de 5 á 10 metros de largo sobre 2 de ancho que nadan en medio del lago, separadas unas de otras por pequeños canales de 50 centímetros á 1 metro de anchura, lo justo para pasar con una barca á fin de cultivar esos jardines. Ignoro de que época puede ser la formacion del mas antiguo de esos islotes, pero sé que hoy se hacen todavía. Los indígenas tejen como una estera con juncos del lago, la cubren con una capa de tierra vegetal, ponen otra estera y luego tierra, y así sucesivamente uniendo todas las esteras entre sí hasta que forman un grueso de 60 á 70 centímetros: su islote está formado; ya solo les queda sembrar en él sandías y legumbres que se recogen en abundancia sin cultivo ninguno.

Como estos islotes están sueltos flotan sobre el lago á merced de los vientos y á veces un fuerte huracan los reúne todos y se quedan pegados de modo que sus dueños no pueden reconocer sus respectivas propiedades.

A veces tambien algunos indígenas van á robar un jardín durante la noche, le llevan lejos, le pegan á otros y su dueño no puede encontrarle al dia siguiente.

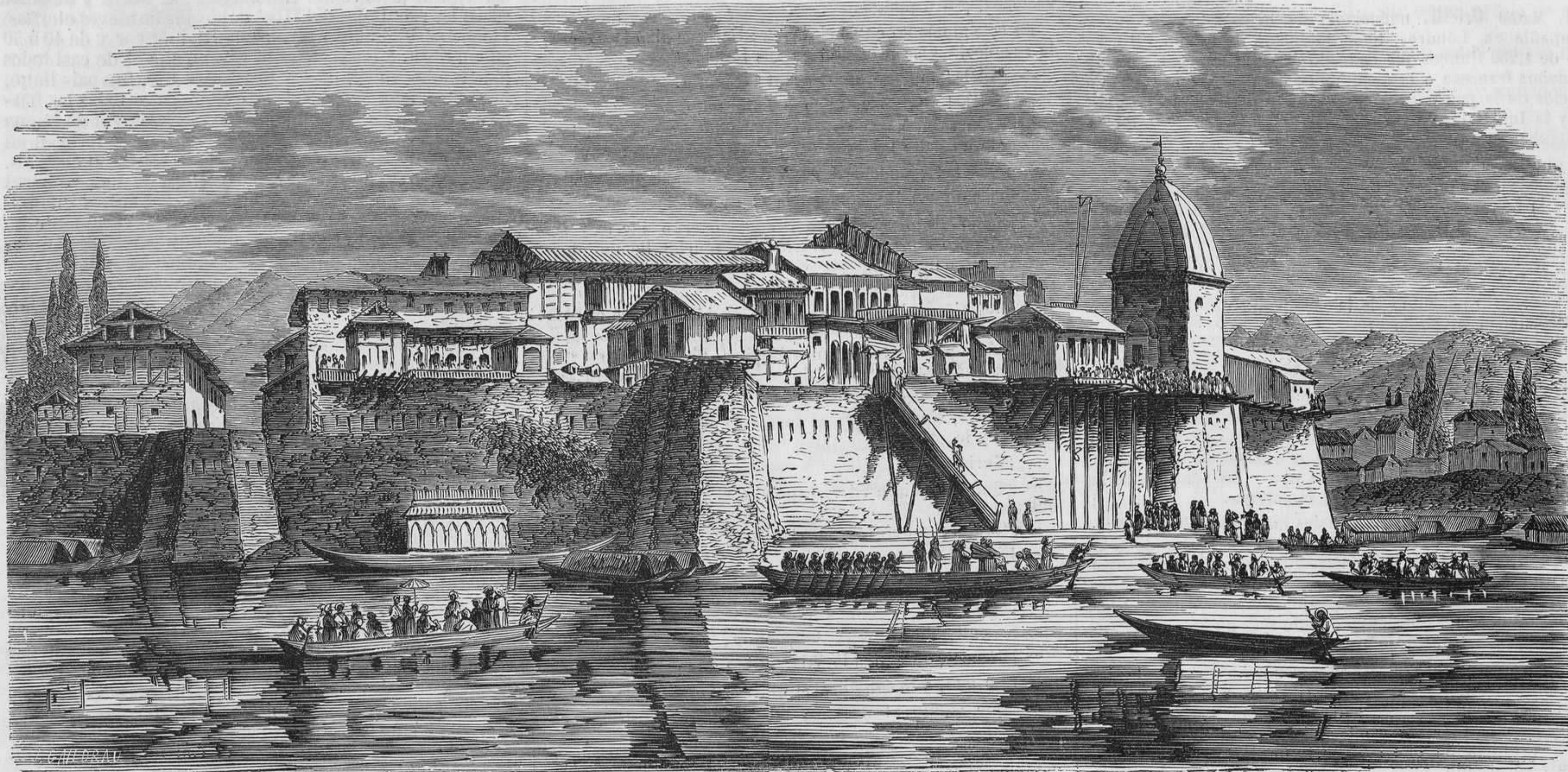
El lago mas importante del valle de Cachemira es el lago de Wulur, cerca de Baramula; tiene veinticinco kilómetros de largo y el Jheelum le atraviesa en toda su longitud.

Sirinuggur ó Cachemira como la llaman generalmente en Europa, es la capital y al mismo tiempo la ciudad mas importante del reino de Cachemira. Cuenta unos 120,000 habitantes y está edificada á las orillas del Jheelum en un terreno de 6 á 8 kilómetros de largo. Es un conjunto de casas de madera, á cual mas miserables unas que otras y la mayor parte de ellas construidas sobre estacadas por los numerosos canales que atraviesan la ciudad y corresponden del rio al lago; así forman calles de un aspecto sumamente pintoresco.—Pero apenas se encuentra alguna construccion de piedra. Al principio cuesta trabajo acostumbrarse á no encontrar á cada paso el lujo y la riqueza que se hallan en todas las demás partes de la India; pero si Cachemira es hoy una ciudad de chozas, numerosas ruinas atestiguan suficientemente que no siempre fué lo mismo. Los terremotos destruyeron repetidas veces la ciudad, y por evitar esta desgracia, no se construyen hace muchos años mas que casas de madera.

El rio cuando pasa por la ciudad encajonada entre dos enormes murallas formadas de peñascos de todas formas, tiene de 80 á 100 metros de largo. Allí se ven amontonados fragmentos de monumentos de la India de todas las edades. Capiteles, trozos de columnas, frisos unos sobre otros forman una barrera inexpugnable á las aguas del rio, pues aunque su corriente es poco rápida en tiempo ordinario no es raro verla crecer de dos á tres metros en una sola noche, y entónces se vuelve un torrente impetuoso.

La mayor parte de las ruinas de Cachemira son sepulcros. Se conserva en buen estado un torreón octógono cubierto con una cúpula flanqueado de cuatro torrecillas y cuatro pequeñas cúpulas, todo de ladrillos con algunas bonitas esculturas. Antiguas inscripciones indican que es la tumba de un rey musulman que vivió en 1422.

Otra ruina bastante interesante es la mezquita de Shah-Jehan, edificada entre el rio y el fuerte de Huri-Purbot, que domina la ciudad; el interior de esta mezquita recuerda mucho las del Cairo con sus techos ador-



Palacio del rey de Cachemira en Serinnugur.

nados de colores vistosos; las paredes están cubiertas de grandes inscripciones persas. Esta mezquita que fué durante mucho tiempo la principal de la ciudad se halla hoy abandonada y reemplazada por la de Shah-Hamadan, construida de madera á la orilla del rio. El interior es tan pobre como el exterior: nada recuerda aquellas antiguas construcciones de los musulmanes en la India, sino es algunas esculturas de un estilo degenerado.

Al lado de la mezquita dando frente al rio, hay otra pequeña construcción que es un templo indiano edificado allí por algun fanático adorador del sol para incomodar á los musulmanes.

El fuerte de Sher-Gari, donde está edificado el palacio del rey, tiene unos 400 metros de largo sobre 200 de ancho; uno de sus lados mira al rio; por las demás fachadas está rodeado de fosos de 7 metros de profundidad sobre 10 de anchura. Este fuerte se halla en parte

ocupado por bazares sucios, y que no obstante son los principales de Cachemira; por un cuartel de artillería y de infantería y en fin, por el palacio del maharajah Ghoolab-Sing, el rey actual de Kashmir. Este palacio no es mas que un conjunto de barracas casi tan sucias como las de la ciudad. No hay en él ninguna riqueza de ornato ni exterior ni interior; en fin, es de lo mas pobre que puede verse y no seguramente por falta de dinero, pues Ghoolab-Sing tiene una fortuna inmensa y las rentas y contribuciones entran directamente en sus arcas particulares para no salir de ellas. Tomar cuanto puede y no dar nada, tal es su divisa. Además como es de una avaricia extraordinaria, no es de extrañar que habite en esas chozas inmundas.

La fachada principal del palacio mira al rio. En el interior hay un gran patio donde circulan siempre una porcion de oficiales y funcionarios del reino vestidos con

un traje pintoresco. A la derecha en la punta N. hay un templete indiano de mármol blanco cubierto con una cúpula de hojas de cobre bien doradas, única construcción del maharajah actual; detrás hay un pilar donde cuelga un fanal por las noches. Esta luz constituye todo el alumbrado de la capital. La escalera del palacio es muy pendiente; conduce por una puertecilla á un estrecho corredor en el patio de honor del palacio.

Pero debemos añadir que en el dia no existe ya una gran parte de ese palacio. El ala izquierda, el salon de recepcion, los almacenes de pañuelos y de trajes, de las joyas, pedrerías y armas preciosas, todo esto ha sido presa de las llamas hace pocos meses. La pérdida se eleva á millon y medio de pesos. Toda esa parte del palacio estaba habitada por Mihan-Pinu-Sing, hijo primogénito del maharajah y heredero de la corona.

A. K. D.



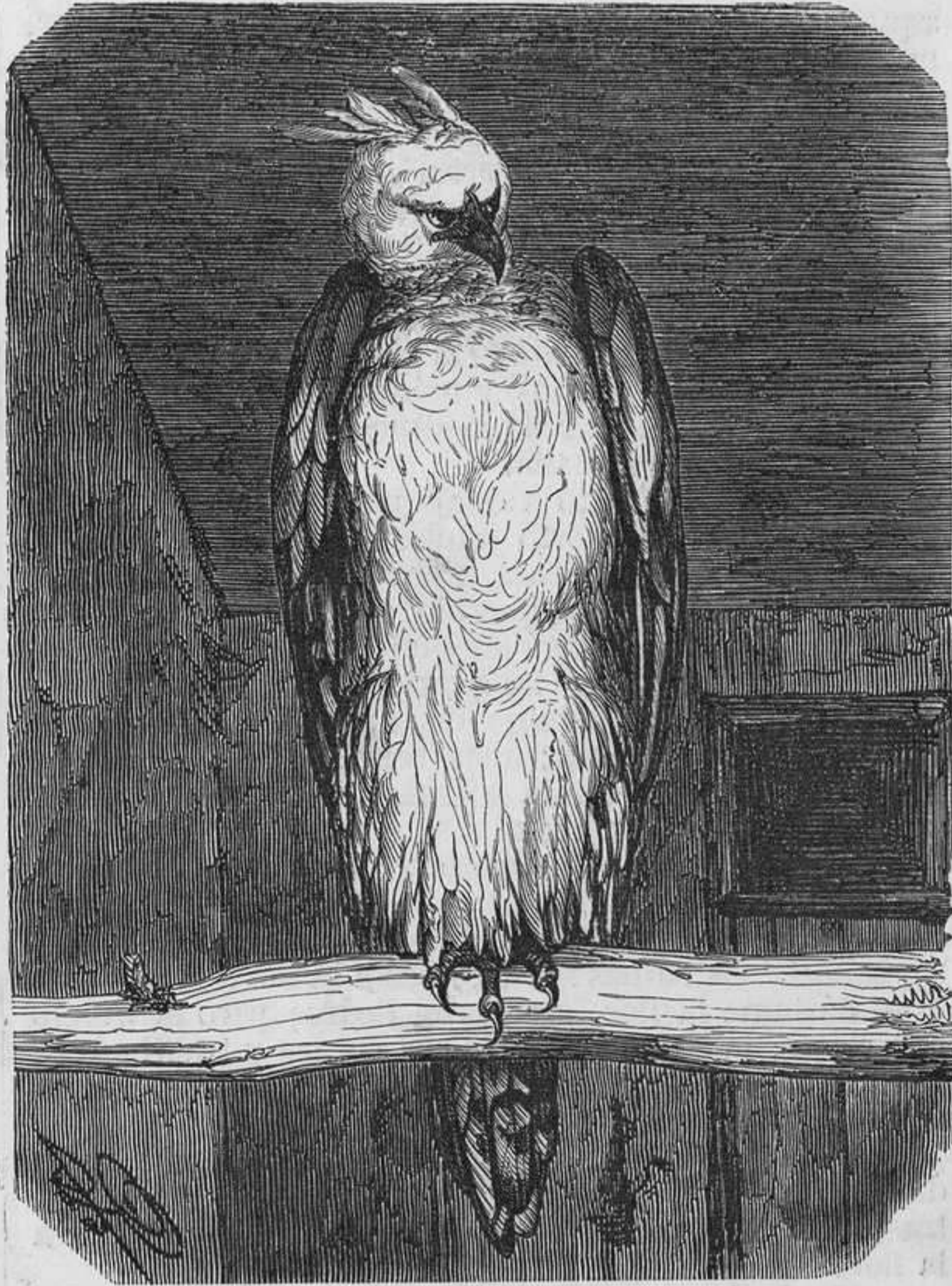
Mezquita principal de Serinnugur.

Animales curiosos

LLEGADOS ÚLTIMAMENTE AL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARIS.

La casa de fieras del Museo de Paris se ha enriquecido en estos últimos tiempos con muchas especies de animales raros y curiosos de diferentes clases, la mayor parte de ellos enviados por M. Delaporte, cónsul de Francia en el Cairo. En una visita que hemos hecho estos últimos días á ese magnífico establecimiento hemos podido ver y admirar los recién llegados, habiendo llamado mas particularmente nuestra atención, dos fenec ó pequeños carnívoros del interior del Africa; — un lobo-tigre, otro carnívoro grande que se parece al jaguar, al leopardo ó la pantera y tambien de Africa; — un magnífico jaguar ú onza americana, uno de los mas hermosos individuos vivos de su especie que se hayan visto aun en el museo; — un gran tigre real, etc.—En las pajareras hemos visto el famoso escribano, ave de rapiña que destruye las serpientes y vive en la proximidad del Cabo; — muchas grullas coronadas, zaidas y otras aves raras. En una de las jaulas de las aves de rapiña excita mucho la curiosidad del público la harpia de América, que hemos dibujado aquí, así como otros dos de los animales mencionados anteriormente el fenec y el lobo-tigre. Hé aquí algunos pormenores sobre la forma, las costumbres y la patria de cada uno de ellos.

El fenec es un pequeño carnívoro muy raro que se cria principalmente en Dongola, en el Senaar en la Libia y aun en el Biscara, provincia de Constantina; á veces llega hasta el Cairo y la Meca. El célebre inglés Bruce, viajero del siglo último, fué el primero que dió á conocer este animal. El fenec tiene como las dos terceras partes del tamaño de un zorro ordinario; su largo des-

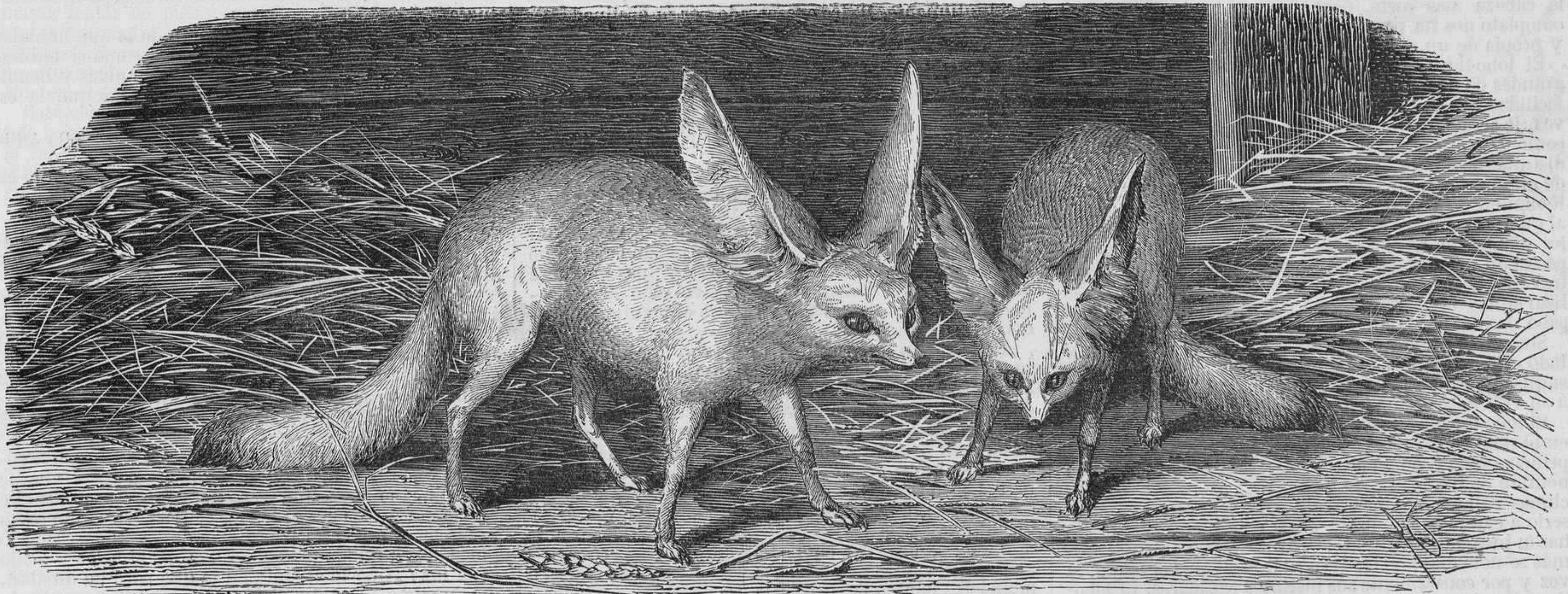


Agua destructora ó harpia de América.

de la punta del hocico hasta el nacimiento del rabo es de unos 23 centímetros. Su fisonomía general es tambien la del zorro, pero un rasgo característico le da un aspecto particular: sus orejas son muy anchas y largas, con el orificio guarnecido de pelos largos y finos espesos hácia el borde y escasos en el centro. Sus demás caracteres son ménos notables; pelo de un rojo tostado sobre el cuerpo que tira á blanco bajo el vientre; rabo negro en la base y en la punta; una mancha en cada ojo; pupila muy grande y negra con cerco azul oscuro; cabeza pequeña comparativamente con lo demás del cuerpo; hocico afilado y negro; caninos largos y agudos; patas delgadas, dedos negros y largos y uñas de fuera.

Pocos animales han suscitado tantas dudas y discusiones como el fenec sobre el puesto que debe ocupar en la escala de los mamíferos. Bruce no se ha pronunciado sobre sus afinidades, y Buffon que recibió de Bruce una nota sobre este nuevo género, le designa con el nombre de *anónimo* y dice que tiene analogía con la liebre y con la ardilla. Otros naturalistas dicen que la tiene con el perro. Pero últimamente el detenido estudio de los caracteres zoológicos y sobre todo de los del esqueleto ha probado que el fenec era un carnívoro y que debia asociarse á los zorros, pues constituye la mas pequeña de las especies de este último género.

Sus costumbres son poco conocidas. Bruce tuvo algunos individuos vivos que comian con gusto los dátiles y todas las frutas que les daban, devoraban los huevos de paloma y otros huevecillos con una voracidad extraordinaria, y cuando tenían hambre, hasta tomaban pan, sobre todo si ponian en él miel ó azúcar. Un pájaro vivo colocado en una jaula al lado de la suya, fijaba inmediatamente su atención; no dejaba de mirarle y fácilmente se conocia que sin duda tenían la costumbre de alimentarse con pajarillos. Por otra parte, la presencia



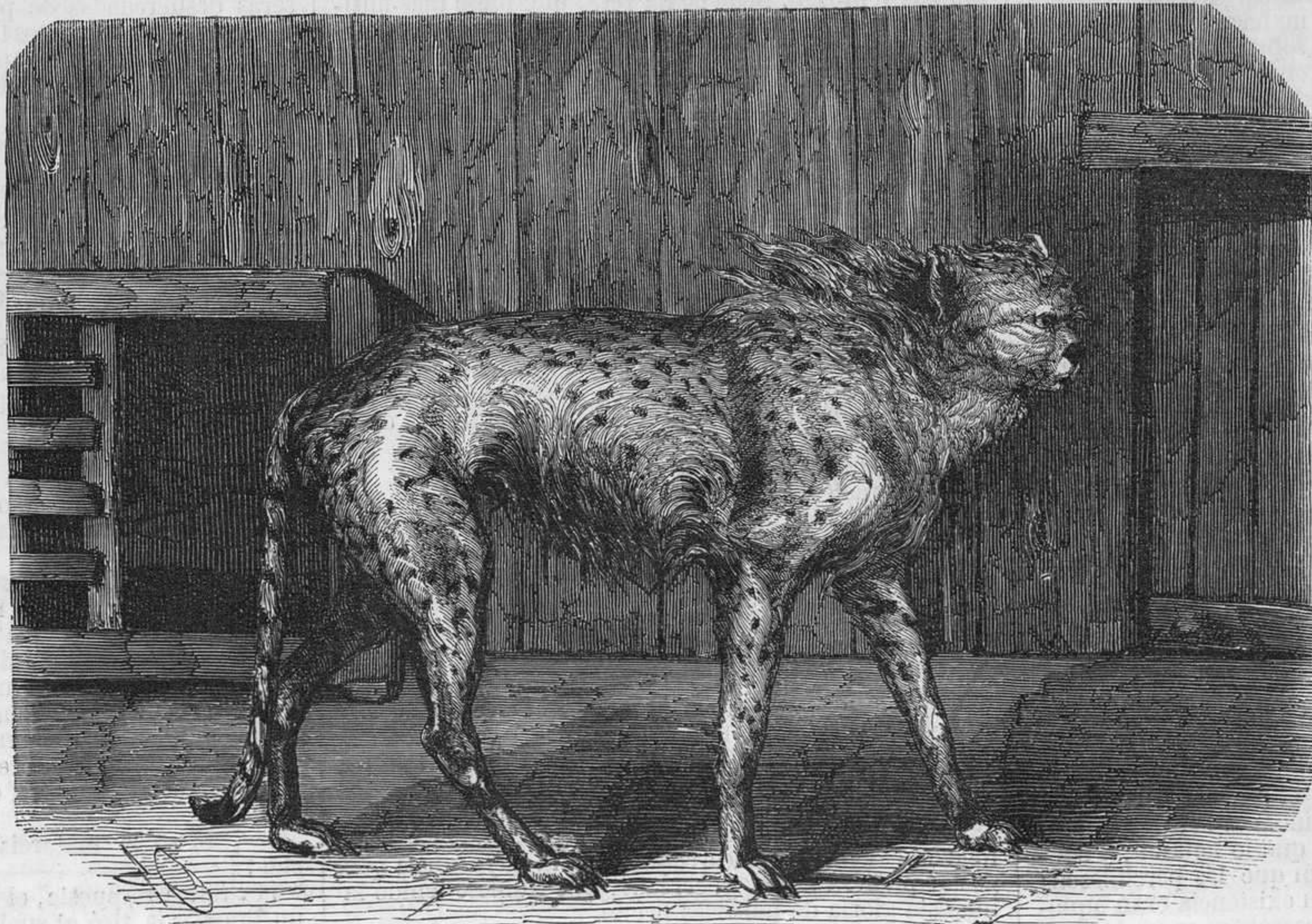
Fenec del Senaar.

de un gato les espantaba y trataban no de defenderse sino de ocultarse. Los que vemos hoy en el Museo de Paris permanecen casi siempre dormidos durante el día, pero en cuanto se acerca la noche se ponen muy inquietos y tratan de escaparse. No atacan el alambre de su jaula, pero si esta fuese de madera, pronto la habrian abierto con sus dientes afilados.

Estas costumbres son idénticas á las de los animales carnívoros que pasan una parte de su tiempo bajo la tierra y solo salen por la noche en busca del sustento; el fenec se halla en este caso. No vive como Bruce y otros naturalistas han creído: bajo los árboles gigantes de la tierra africana, ni construye en ellos su nido, pero si acostumbra á subir en busca de las frutas de su gusto, ó mas bien para acechar y coger á los pajarillos.

En el Museo les alimentan con carnes tiernas y frescas, ratoncillos y pájaros.

EL ÁGUILA DESTRUCTORA



Lobo-tigre ó tigre cazador.

Ó HARPIA DE AMÉRICA. — Es uno de los individuos mas grandes, mas fuertes y audaces de su ilustre raza. Su tamaño no es muy inferior al de las especies mas colosales de la misma clase de bípedos ovíparos, de los buitres, los gipetos y el condor; es mas grande que el águila real comun. Su pico y uñas tienen proporciones muy robustas; el torso es grueso y corto, sus garras estrechan con vigor, las alas tienen una configuración propia para los movimientos mas rápidos y prolongados y los instintos y el valor están en relacion con esos medios formidables.

El águila destructora vive solitaria en los sitios mas recónditos de los bosques de la Guyana y anida en los árboles gigantes que la mano del hombre no ha cortado todavía. Sus costumbres son muy ignoradas; solo se sabe que su voracidad es grande y que su audacia no conoce límites. Ataca sin titubear la presa mas temible; se lanza de lo alto de los

aires sobre mamíferos dos veces mayores que ella y les mata de un golpe con su pico grueso y engarabado ó les sube á las regiones etéreas con una fuerza y rapidez extraordinarias.

El águila destructora constituye entre los rapaces un género particular que los zoólogos llaman harpia; este género difiere de las águilas propiamente dichas. — Pero no hemos descrito todos sus caracteres mas esenciales: su color general es un ceniciento claro, azulado; debajo del cuerpo es casi blanca. Las plumas de las alas y de la cola están pintadas de gris-pizarra oscuro. La cabeza tiene en su parte superior largas plumas que el ave de rapiña levanta en forma de cresta bajo la influencia de ciertas impresiones y sobre todo cuando la irritan. El pico es negro, los ojos del mismo color y los tarsos amarillos.

Por el conjunto de la forma se parecería bastante á las águilas; pero sus alas, como ya hemos dicho, son muy cortas, comparativamente con las de las otras especies de la misma familia, y cuando las alza de cierto modo dirigiéndolas hácia adelante, presenta el aspecto de un mochuelo.

EL LOBO-TIGRE Ó TIGRE-CAZADOR DE LOS INDIOS.—Como lo indica su nombre este carnívoro pertenece á la familia tan variada y numerosa de los felinos, en la que figura al lado del león, del tigre, del leopardo, del jaguar y de la pantera. Pero este animal se distingue de cada uno de los géneros de su división por caracteres marcados: las garras son débiles, están usadas por la punta y no se encogen; evidentemente son mas propias para favorecer la carrera que para coger ó desgarrar una presa, y así el animal se parecería mas bien á un perro que á un gato. Los dedos son mas largos que en los gatos verdaderos y el pié es ovalado por delante en vez de ser redondo como en estos últimos. El carácter de la dentadura es también como el de las hienas. Por otra parte tiene un rabo mas largo que los demás felinos, la columna vertebral mas derecha, las patas mas altas y la cabeza mas corta, pequeña y redonda; en fin, él omoplato nos ha parecido de un forma muy particular y propia de un animal corredor.

El lobo-tigre es ménos feroz que las otras especies grandes de gatos silvestres y se logra domesticarle con facilidad. En este caso quiere á su amo, responde á su voz, le sigue, le acaricia y demuestra tanta inteligencia como dulzura. En el Museo de París ha habido ya en distintas ocasiones individuos vivos de esta especie; uno de ellos, procedente del Senegal, era tan familiar que le tenían en un parque donde vivía libremente; obedecía al guarda y jugaba con los perros todo el día sin hacerles daño. Una vez reconoció entre los curiosos que se paseaban por el jardín un negrito que había hecho la travesía del Senegal en el mismo buque que él y le hizo tantas caricias como un perro haría á su amo al cabo de una larga ausencia.

Sin embargo, el nuevo individuo que se ve representado en nuestro dibujo no muestra por ahora una gran sumisión; es probable que una vez que se acostumbre á su vida actual se hará mas docil.

El lobo-tigre es célebre porque en todo tiempo ha sido empleado para la caza en ciertas comarcas del Asia, principalmente en la parte meridional; y de aquí su nombre de tigre-cazador que le dan los indios. En esos climas cálidos, los perros de caza son raros y deben serlo á causa de la guerra cruel é implacable que les hacen incesantemente los leopardos y las panteras; además se nota que no conservan largo tiempo el olfato, la voz y por consiguiente sus instintos cazadores. El lobo-tigre les reemplaza hasta cierto punto; no es que este animal tenga el olfato del perro; no sigue los animales á la pista; ni tampoco podría alcanzarlos en una carrera seguida; solo caza á la vista, y no hace mas, por decirlo así, que lanzarse y arrojar sobre la presa: brinca tan ligeramente que atraviesa con facilidad de un salto un barranco ó un muro de muchos piés. En Surate, en Malabar y en la Persia particularmente es donde enseñan al animal ese ejercicio.

El lobo-tigre de la casa de fieras de París tiene 1 m. 130 de largo sin contar el rabo y 0 m. 630 de alto. Su pelo es de un color bronceado claro por encima y blanquecino por debajo. Por todo el cuerpo tiene diseminadas unas manchitas negras sobre todo en la parte leonada. Unos anillos alternativamente blancos y negros rodean la última mitad del rabo. Detrás de la cabeza sobre el cuello tiene unos pelos mas largos y lanudos que forman como una melena. Ha venido de Africa, pero es sabido que la misma especie se encuentra también en la India.

LA FLOR DE LAS RUINAS.

RELACION DE UN SUCEDIDO POR FERNAN CABALLERO.

(Conclusion.)

Cuando ella lo divisaba salíale alegre y ligera al encuentro, se asía á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraídas de todo, sin pensar en el *ayer* y en el *mañana*, que amargan el *hoy* con recuerdos y con cuidados lo agitan, desapareciendo de un todo el sol sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen; porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que unidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de

aquellas palabras *te amo*, que segun dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores había visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas, cantando cual aquellos, jugando cual estas, sin pensar en el mañana cual ambos. Pero pasó la primavera y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acorta las tardes y enturbia su cielo, y las entrevistas de los amantes se hicieron mas cortas y ménos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situación singular y subyugada en que se hallaba.

Pedro tenía una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es, en el tiempo que es amada, y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con mas pasión que la que él mismo siente; así fué que confiado en el ascendiente que ejercía sobre su querida, le intimó la terminante resolución que tenía de hacerle optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunía sus almas, y que no podían satisfacer de esta suerte ni á su corazón ni á su razón, ó de introducirlo con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

— ¿Para qué quieres, le dijo ella apurada y cariñosa, conocer las ruinas? ¿No te basta la flor?

— Bástame la flor, respondió Pedro; pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas y traerla á un suelo que sea mío, y en que pueda cultivarla sin temor de que me sea arrebatada.

— La flor de las ruinas tiene espinas y sabe guardarse, repuso ella, ¡y no puede, añadió con tristeza, trasportarse! ¡Además, las ruinas van á desprestigiar á la flor!

— Mas la desprestigiará esta prolongada y singular ocultación, dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinación, y la pobre *Flor de las ruinas* cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado día.

IV.

Por aquel tiempo había en la parte alta de Lisboa un barrio que destruyó el terremoto de 1755 y que no había sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrepitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, como tienen las ruinas que hace el tiempo, pero teniendo el repulsivo sello de la destrucción, como tienen las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aun trozos de paredes con los huecos que tuvieron, pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías parecían ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas parecían entradas de cuevas. Los patios y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna discoloración hortiga, ó algun silencio lagarto que vestía el color de las piedras para no ser apercebido. Un débil eco respondía desde algun lóbrego pasadizo con exhausta é indistinta voz á las melancólicas reflexiones, que infundían y hacían formular al que pisaba aquella aglomeración de cosas finadas. Nada quedaba de lo que les diera vida; con sus moradores habían desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades con que aun la modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podía verse que fuese mas anti-pático á la vista y al sentir que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecían la residencia del misterio absoluto, la mansión del crimen impune, y el refugio de la desolación solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban estaba el magnífico paseo en el que entre mirtos y laureles paseaba la elegante muchedumbre; verdad es que algo mas lejos, y á orillas del Tajo, corrían presurosos por las soberbias plazas el comercio y la vida, pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe por lo que desune y aparta mas que la distancia, que es el abandono, por lo que anonada y destruye mas que la muerte, ¡que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra renace?

Así era que aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se había instalado alguno que otro de esos parias voluntarios que viven aislados, porque ese aislamiento que se complace, á ellos les simpatiza o les conviene.

Una techumbre de aneas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitable parte de aquellas ruinas. En lo que habían sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veían algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerrador que hubiese tenido la infaustra gloria de haberlas hecho.

— ¡Cuál no sería pues el espanto de Pedro cuando precedido de su guía llegó á este lugar de desolación, que

fué al que le condujo, y cuando empujando una de las descritas puertas lo introdujo en uno de estos antros lóbregos y miserables!

— ¿Dónde me conduces? exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

— ¿No te lo decía, respondió ella con abatimiento, no te lo decía que las ruinas despojarían á la flor de su prestigio?

— Pero, exclamó Pedro, ¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivías? ¿Por qué con inconcebible extrañamiento y orgullo has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

— No podía admitirlos en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

— ¿Por qué?

— Porque soy esclava.

— ¡Esclava! ¿de quién?

— De mis perversos hermanos. He intentado liberarme y huir de esa cruel tiranía, y siempre estos ensayos me han salido fallidos y me han costado caro: mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento por una dislocación que ha sufrido, y comprenderás no solo el yugo que sobre mí pesa, sino también el peligro en que estaría mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese sabría encontrarme su puñal.

— ¿Y á qué te obligan, infeliz?

— Me obligan á cuidar de su casa y á preparar sus alimentos. Me obligan, ¡gran Dios! á traerles aquí aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan á seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

— ¿Qué dices? exclamó Pedro aterrado.

— Sí, sí, para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado, y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan, y para que este delito no se sepa ni se trasluzca...

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apereibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes oídos que la escuchasen y ojos que la espíasen.

— Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspensión, ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante y le dijo en queda y profunda voz:

— ¡Los... asesinan!

— ¡Qué espanto! exclamó Pedro desviándose de ella: ¡y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

— Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa: por eso me he resistido á ello con tanta obstinación; y cuando obligada por tí te he complacido aprovechando la ausencia de mis hermanos, cuando, con obediencia he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí, solo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

— ¡Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! ¡Por el amor que te tenía, que me hacía imposible traerles mas víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *Flor de las ruinas*, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco ha amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh, infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Miseras desheredadas de perdón, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empañan con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esta mujer decía era tan cierto aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

V.

— ¡Cristo crucificado, ellos son! exclamó aterrada la jóven al oír los golpes.

— ¿Quiénes?... preguntó Pedro.

— Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia, respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

— ¿Qué hacer, madre de piedad, qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desatinados ojos como para buscar un medio de salvación que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperezadas del descarnado muro. Después de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvencciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hácia Pedro sin demostrar extrañeza por hallarlo allí; mas su hermana precipitándose á su encuentro escudó á su amante con su cuerpo exclamando con vehemencia:

— ¡No, no lo mataréis sin atravesar ántes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso que lo

hubiese estado, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe; por lo cual los foragidos despojaron á Pedro de cuanto llevaba, sin que este opusiese resistencia.

— ¡Por Dios, hermanos, gimió su pobre hermana que se habia arrastrado sobre sus rodillas hasta sus piés; os pido que no lo mateis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la vida! ¡Tened piedad, una vez siquiera, tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

— ¡No, no lo mataréis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no lo soltais por compasion, lo haréis por temor de mi venganza; y eso que vosotros no sabeis aun hasta donde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mal alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras.

— ¡Atadla! mandó el hermano mayor.

— ¡No, no! matadme de una vez si no quereis que vengue la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos: pero yo lo impediré, que la desesperacion da fuerza y valor: y si no lo logro me vengaré, tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga y sol que nos alumbra, delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella, mas el menor lo detuvo diciéndole:

— No exasperarla mas; está fuera de tino y es capaz de todo.

— Pero no se puede dejar á este hombre, repuso el mayor.

— Saquémoslo de aquí, propuso el menor.

— ¡Cómo! si hace una luna que deslumbra.

— ¿Y quién pasa por estos sitios á esta hora? Para mas seguridad lo disfrazarémos, repuso el menor, que enseguida sacó de una arca un hábito de fraile.

— Sacó tambien la mordaza, advirtió el que hasta entonces habia callado, el que enseguida se puso con el mayor á atar de piés y manos á su infeliz hermana, que se repercutia con violencia y rechazaba con desesperados pero inútiles esfuerzos á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, pués-tole la mordaza y revestido el hábito de fraile y calado la capucha, salieron á la ancha calle que tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna que caia perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacian sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndolos el tercero, y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apénas habian llegado á la mediacion de la calle cuando de repente oyeron una voz recia y de mando que les gritó:

— ¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

— ¡Es una ronda y somos perdidos, huyamos! dijo el menor de los hermanos.

— ¡Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago; si haceis un solo movimiento sois muerto, dijo á Pedro.

El otro hermano lo imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos con las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

— ¿Quién va? preguntó el que hacia de cabeza.

— Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que decian era cierto viendo al silencioso religioso, y Pedro, sin poder exhalar el mas leve sonido, ni hacer el mas mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse la ronda y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

— Aligerar el paso, dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas; mas ántes de llegar á ellas volvió á oirse al jefe de la ronda que gritó con voz enérgica:

— ¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro des-sencajado y con las muñecas ensangrentadas, corría y gritaba con desgarrador acento:

— ¡Salvadlo, salvadlo! y precipitándose en el grupo de los detenidos arrancó la capucha que cubria la cabeza y el rostro de Pedro exclamando con delirio: ¡Está salvo! ¡Bendita sea la providencia y la justicia de Dios! ¡Librese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

— ¿Qué has hecho, in-eliz? exclamó Pedro.

— Lo solo que me quedaba que hacer, contestó ella, procurar tu salvacion y buscar mi muerte.

— ¡Oh! no morirás, que yo te salvaré, exclamó Pedro.

— No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual, ántes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su accion, habia cumplido su amenaza.

— ¡Oh, qué frio y qué agudo es este acero! dijo la

herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. Adios, Pedro, añadió dirigiéndose á este que se habia precipitado á ella y la sostenia en sus brazos: muero por haberte salvado, y así es mi muerte mas feliz que lo que ha sido mi vida.

— ¡No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del cielo y del mundo.

— No, no, repuso en balbuciente voz la moribunda; la *Flor de las ruinas* debe morir entre ellas sola y abandonada como ha vivido. ¡Juez de corazones, añadió alzando sus ya quebrados ojos, ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales uno atraia con particularidad la asombrada atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente, miéntras en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro de resultas de unas calenturas cerebrales el hijo de los dueños.

A MI HIJA MERCEDES.

AL PIÉ DE LA CUNA.

¡Salud, arcángel hermoso
Que á nuestro suelo llegaste,
Y en mi corazon formaste
Un nido eterno de amor!
¡Salud niña! tu venida
No anunciaron los cañones,
Ni ondearon los pendones
De tu cama en derredor.

Solo una nube de flores
Te recibí á tu llegada.
Avecilla engalanada
Que tanto tiempo soñé.
¿Mas quién idear pudiera
Que en vez del *niño dormido*
A tu llegada un gemido
Tan solo niña lancé?

Sí, que á la tierra viniste,
Creacion pura y hermosa,
Cuando amargura rebosa
Tan solo mi corazon.
Viniste en mi edad florida,
Mas ya de mi lira rota,
Tan solo la fuente brota
De sombría inspiracion.

Tú que ignoras de mi vida
Las penas y los dolores,
Quieres que cante las flores,
Y la luz, y el arbol.
¿No sabes, dulce paloma,
Que están mis alas marchitas,
Y mas el águila irritas
Cuando le muestras el sol?

Yo, que canté de tu cuna
Las brillantes aureolas,
Yo, que canté de las olas
El flamígero bramar;
Yo, que la lucha incesante
Canté del ángel caido,
Voy hundiendo en el olvido
Mis goces y mi cantar.

Un dia sueño de gloria
Brilló en mi mente lozana,
Y de la palma africana
Mostrara el orgullo yo;
Hoy pobre flor oivada
De este bosque en la maleza,
Siento que ya en mi cabeza
La llama de hervir cesó.

Ni me inspira ya el bramido
Del agua que se desprende,
Ni allá en el alma se enciende,
Sacro fuego creador;
Y siento secos mis ojos
Cuando en lágrimas me anego,
Y cual niña imbécil juego
De una hoguera en derredor.

¿A dónde huyeron las horas
De mis venturosos dias,
De canciones y armonías
Y visiones del Eden?
¿A dónde las dulces auras
Que jugaban en mi frente
Y la auréola luciente
Que iluminaba mi sien?

¡Oh, duerme niña! y tu boca
Que solo un nombre murmura,
Respuesta firme y segura
Dar podrá un dia quizá;
¡Oh, duerme! y en tus ensueños
Que reflejaran mi vida,
Allí la cifra perdida
De mi porvenir está.

Mas ya la pálida luna
Se apaga en el occidente,
Y el aura se alza luciente
Sobre el carro de cristal;
Ya de las nubes de plata
Que evuelven el horizonte,
Brilla en la cima del monte
Dulce rayo matinal.

Y en pos del celeste coro
Que resuena en el espacio,
Abre el sol sus ojos de oro
Que vida á la vida dan:
¡Otro dia mas! luchemos
Aun hoy al pié de la cuna,
Que si es negra la fortuna
Cortos los dias serán.

Sí, luchemos brazo á brazo
Con implacable destino
Cruzando sola el camino
Con firme y segno pié.
¿Qué importa cruzar la vida
Por senda de abrojos llena,
O que en pradera florida
Trazado el camino esté?

¡Ay! al dintel de la tumba
Do apaga el golfo sus olas,
Unas son las aureolas
Del vasallo y del señor.
Y vosotros que gozasteis
Y nosotros que sufrimos,
Juntos allí confundimos
Los placeres y el dolor.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LO QUE SON LAS MARIPOSAS.

Del tallo de una rosa,
Pálida por la edad, otra se alzaba
Inocente y hermosa,
Abriendo apenas el gentil capullo,
Y miéntras que su madre la miraba
Con tierno afán y maternal orgullo,
La hija preguntaba:
— « Decidme, madre mia,
Esas fantasmas breves
De nácar y bellísimos colores,
Que, volando con tímida alegría,
Fugitivas y leves
Se agitan con las flores,
Pasan del bosque á la pradera umbría,
De la enamorada cruzan á la fuente;
Que vienen cada dia
Y acarician mi frente
Y como el aire blando
Me besan con sus alas dulcemente;
Y siempre presurosas,
Huyen, vuelven, se van siempre volando...
¿Es verdad que me aman?
¿Y no es verdad tambien que son hermosas?
¿Por qué las quiero yo? ¿Cómo se llaman? »
— « Se llaman mariposas,
Dijo la madre, y la estrechó en sus brazos. »
— « ¡Qué inocentes! ¡Qué bellas!
Romped, romped estos estrechos lazos;
Y dadme alas volaré con ellas. »
— « Tu infantil alegría,
Tu virginal y cándida hermosura
Tal vez me dejaria
Sola con mi inquietud y mi ternura? »
— « ¿Pues qué son mariposas, madre mia? »
— « De hermosura cubiertas,
Felices y lozanas
Son almas, hija, de las flores muertas,
Que vienen á velar por sus hermanas. »

Dos mañanas despues, la jóven rosa
Huérfana se veia;
Y al beso de una blanca mariposa
Sus pétalos abria,
Exclamando afañosa:
— « Velad, velad por mí, ¡oh madre mia! »

José SELGAS Y CARRASCO.

Episodio de la batalla del Alma.

CUADRO POR M. HORACIO VERNET.

A su debido tiempo dimos á nuestros lectores todos los detalles de esta batalla de un resultado tan brillante para las armas aliadas. El dibujo que hoy estampamos aquí, copia del cuadro original, es un episodio de esa acción memorable; es la historia de la tercera division francesa en esa jornada. El príncipe Napoleon á la cabeza de su division (la tercera) viene á establecer bajo el fuego de la artillería rusa que corona las alturas y en medio de una aldea inflamada, las baterías que deben proteger el paso del río y sostener á la infantería. Una bala de cañon alcanza y barre al segundo intendente Le Blanc que se hallaba al lado del príncipe. El estado mayor recibe las órdenes del jóven general, y el coronel Desmarest, primer edecan y comandante de estado mayor de la tercera division se inclina hácia el jefe para recoger las palabras que el estampido del cañon domina. Detrás del coronel están MM. Ferri-Pisani y David, y luego el duque de Abrantes y el spahis Masson, abanderado del comandante de la tercera division. Este grupo es de una verdad extraordinaria; cada cual puede adivinar los pensamientos de esos soldados enfrente del enemigo y admirar las posturas tan variadas y naturales de esos ginetes. En el fondo las piezas de artillería se disponen á entrar en acción; ya están sueltos los cañones y los artilleros principian á formar la línea. Un oficial indica el punto adonde deben dirigirse los tiros. En la izquierda del cuadro el comandante Bertrand montado en un caballo blanco, viene á anunciar al príncipe que las dos baterías están colocadas segun las órdenes recibidas. Mas allá el valiente general Thomas sostenido por su ayudante vuelve con su brigada al fuego á pesar de estar gravemente herido. Las alturas están coronadas de tropas rusas que tiran bastante bien para causar pérdidas crueles á las tropas pero que son impotentes ante el arroyo de los franceses. El humo que domina los árboles en el centro del cuadro, indica los esfuerzos del general Canrobert para penetrar en la garganta que conduce al telégrafo que se distingue en el horizonte como un punto blanco y cuya posesion dará lugar á sangrientos combates.

Pero tambien saldrá vencedora la tercera division; el esforzado coronel Clerc á la cabeza del 2º de zuavos planta al fin la bandera del regimiento que un sargento deja escapar de sus manos ensangrentadas. En el horizonte la flota se acerca á la costa y dirige algunas bombas en medio de los cosacos enviados para reconocer la division Bosquet, cuyamarcha de flanco decidió la victoria.

M. Vernet solo tenia que pintar un episodio de la batalla, y como de costumbre, ha cumplido esta tarea admirablemente; pero ha hecho mas aun; ha encontrado medio de hacer asistir al espectador al conjunto de las operaciones francesas. Las tropas que las ondulaciones del terreno ocultan á los ojos ávidos de emoción, se reconocen por el humo que envuelve las colinas verdosas que dominan el Alma. Sublime era el espectáculo que presentaban esos ejércitos en lucha con los hombres y la naturaleza, de lo cual habia de resultar un triunfo completo para las armas aliadas. La infantería africana del ejército francés no habia combatido nunca mas que conárabes sin artillería, una guerra parcial de escaramuzas y combates cuerpo á cuerpo, con pocas excepciones, y se temia que estas fuerzas en presencia de batallones regulares no se llevaran la ventaja; pero los hechos vinieron á probar que los hombres eminentes que han estado á la cabeza de los ejércitos en la Argelia poseian el genio del arte militar, pues si la furia francesa contribuyó poderosamente al triunfo en aquel día aterrorizando al enemigo á fuerza de audacia, no es ménos cierto que hubo tambien ejemplos de una disciplina comparable á la de los mejores tiempos de los fastos militares. Al principio de la batalla el 3º de zuavos y los turcos se detuvieron á la orilla del río á fin de cubrir á los trabajadores que preparaban un camino para la artillería. Durante tres cuartos de hora esta tropa permaneció expuesta al fuego de las baterías rusas, á las que era imposible responder á causa de la distancia. ¡ Bien terrible fué su fuego!

Solo al cabo de tres cuartos de hora pudo una batería francesa desviar la atencion del enemigo llamando á sí los tiros. La antigua guardia no habria hecho mas, y sin embargo, aquellos hombres franceses y argelinos oian el cañon por la primera vez.

Pero volvamos al cuadro de M. Horacio Vernet. En primer término un tátarolava en una fuente la herida de su caballo sin pensar en las balas que zumban á su lado. La indiferencia oriental se halla bien pintada en esa figura, tipo de los habitantes de la Crimea. A la izquierda un zuavo herido con un highlander que lo está tambien, caminan hácia el hospitalillo y cada cual expresa á su modo el entusiasmo al pasar por delante del

pequeños; la acción en sus instantes mas sublimes. Hasta hoy un solo hombre ha sabido pintar una batalla, y este hombre es M. Horacio Vernet. Sus cuadros no son obra de una imaginacion vulgar que por no salir de los límites de un programa ó por no chocar con las reglas del buen gusto, desfiguran una acción, cambian un traje, ó desnaturalizan un terreno. En algunos hombres estas mutilaciones se llaman sacrificios al gusto; para nosotros es una señal de impotencia y no otra cosa. Pintar la naturaleza tal como es, agradar, interesar, he aquí las tendencias que debe manifestar todo artista. M. Horacio Vernet llena estas condiciones; es imposible no oler la pólvora al ver sus lienzos y como sus soldados



Episodio de la batalla del Alma, cuadro por M. Horacio Vernet.

estado-mayor del príncipe; el zuavo grita alzando el trofeo causa de su herida; el escocés saluda militarmente. En el uno los gritos son necesarios para manifestar la alegría del triunfo; en el otro, el silencio parece mas digno al otro que guarda para sí todas sus sensaciones. Mas allá los enfermeros franceses transportan á los heridos ingleses. Nada está olvidado en este admirable cuadro del pintor; la historia en sus detalles mas

quiere uno gritar; Adelante. M. Horacio Vernet nos hace admirar y estremecer, esto es, nos conmueve y en esto se reconoce siempre á los grandes talentos.

Ligeras nociones de arte militar.

En este tiempo en que todo el mundo habla de guer-

ra se ha hecho indispensable el poseer algunas nociones elementales pero exactas, del arte militar, cuya enseñanza esmerada hasta aquí en las escuelas especiales ha sido siempre ajena á los conocimientos públicos.—El corto escrito que presentamos aquí al lector tiene por objeto facilitarle la inteligencia de los partes oficiales sobre los hechos pasados, quizás tambien sobre los venideros, y de paso le suministrará los medios de hablar con método y exactitud de lo relativo al arte militar.

COMPOSICION DE UN EJÉRCITO. — PROPORCION Y EMPLEO DE LAS DIFERENTES ARMAS.

La division es la base de toda formacion de ejército,

los primeros números toman la derecha, los otros la izquierda; si las circunstancias lo exigen se forman brigadas mixtas de infantería y de caballería ligera. — Estas brigadas están encargadas mas especialmente del servicio de vanguardia.

La infantería es el fondo de un ejército; puede soportar largo tiempo la fatiga propia para los combates de toda clase; pasa por todas partes, sobre todos los terrenos. — Su orden de batalla es ordinariamente sobre dos hileras cuando combate contra infantería y sobre tres si es atacada por caballería. — Puede contener una carga de caballería con fuegos de peloton ó de batallon ejecutados á corta distancia.

pero es con frecuencia indispensable; puede decidir una victoria, y por lo ménos completa los triunfos persiguiendo en retirada. La caballería protege á la infantería, forma las vanguardias y hace las expediciones que exigen mucha rapidez. Cuando se quiere dar una buena carga de caballería, es preciso primeramente romper las masas enemigas por un vigoroso ataque de infantería ó destrozarlas con un fuego vivo de artillería. El duque de Rohan decia que la caballería debia encontrarse en esta proporcion: 1/4 de la infantería en los terrenos cubiertos y 1/6 en los terrenos malos; pero es de 1/4 á 1/6 de la infantería en pais llano y puede no ser mas que de 1/20 en pais montañoso donde el menor obstáculo puede detener ó retardar á los caballos.

La artillería es la tercera arma de un ejército, pero es su moral; su destino es apoyar las tropas, sostenerlas, tomar sus flancos y prolongaciones sobre los sitios que ocupan; además en orden de batalla debe ocupar las partes salientes y las débiles, sea por la naturaleza de las tropas ó del terreno. Se coloca de modo que barra los caminos, las comunicaciones, los barrancos ó las entradas de los valles por donde podria desembocar el enemigo.

La fuerza de una artillería debe estar en razon inversa de la calidad de las tropas; es generalmente de dos bocas de fuego por 1,000 hombres, comprendiendo la reserva. Esta ley evidentemente no es aplicable á los sitios, donde la artillería es una necesidad de primer orden.

El empleo de los ingenieros consiste en multiplicar contra el enemigo los obstáculos artificiales y allanar por el contrario los que ese enemigo, ó la naturaleza habrian opuesto al ejército. La proporcion en que entra este cuerpo en el ejército depende enteramente de la naturaleza de la guerra que se hace y de la del terreno en que se halla.

La administracion del ejército se halla confiada al cuerpo de la Intendencia.

PRINCIPIOS GENERALES DE CASTRAMENTACION.

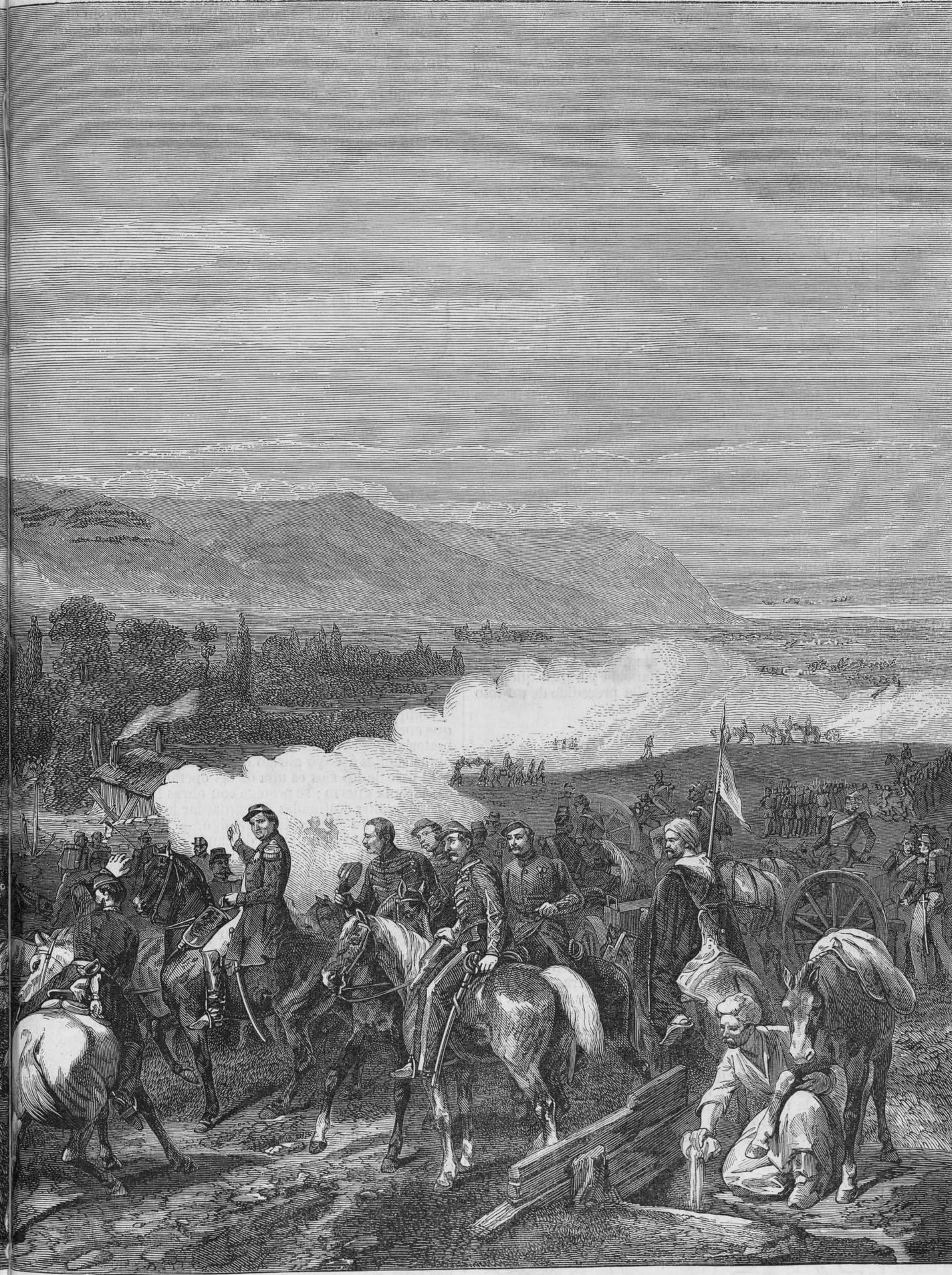
La castrametacion, ó sea el arte de trazar los campos, consiste en disponer el campo de un ejército de modo que pueda pasar rápidamente y sin confusion del campo á la línea de batalla delante del frente del campo. De aquí resulta: 1º que el frente debe tener la misma extension que la línea de batalla paralelamente; 2º que las diferentes tropas que componen el ejército deben estar acampadas en su orden de batalla.

La eleccion de terreno en que quiere establecerse un campo debe hacerse con el mayor acierto; el general manda reconocer primeramente el sitio con el mayor cuidado.—Si se trata solo de un campo de marcha, los oficiales encargados de establecerle consideran ante todo la seguridad y la comodidad de las tropas, la facilidad de las comunicaciones, la proximidad de la leña y del agua; los recursos posibles en víveres y en forraje; si debe ser un campo fortificado destinado á cubrir un pais, un grande espacio de terreno, conviene que no esté ni dominado ni envuelto, que sus flancos estén apoyados en rios no vadeables, en declives ó en pantanos, etc.; que su frente domine un terreno en glaciés, igualmente favorable para la ofensiva y la defensiva, que las comunicaciones en el interior del campo y por detrás sean fáciles y numerosas á fin de que todos los movimientos, sobre todo aquellos que son propios de una retirada pre ipitada, pueda operarse con orden. El campo debe tener las dimensiones relativas á su objeto; á veces se establecen en él obras de fortificaciones pasajeras para completar su fuerza y seguridad; de ellas hablaremos luego.

Un acantonamiento es el establecimiento momentáneo de las tropas en los pueblos.

Un bivaque consiste ordinariamente en una hilera de pabellones de armas detrás de la cual se establece una línea de hoguera, en cuyo de rredor los soldados se agrupan y se instalan. Los tres hileras de barracas ó de abrigos. Detrás hay otra línea de hogueras y de abrigos para los oficiales. Los bivagues se establecen en terrenos secos, abrigados y cerca de los víveres y forrajes, siempre que esto es posible.

Napoleon no era partidario de las barracas y de las tiendas en los bivagues; he aquí lo que dice sobre esto:



la reunion de varias divisiones bajo un solo jefe constituye ya un ejército ya un cuerpo, un ala ó un centro de ejército, ya en fin una reserva.

Una division se compone ordinariamente de dos ó tres brigadas sea de infantería ó de caballería, además cuenta tambien en la proporcion necesaria con tropas de distintas armas.

Una brigada se compone por lo ménos de dos regi-

Una buena infantería resiste siempre á la caballería. Para atacar un pueblo, para tomar una posicion, la infantería marcha en columna; para combatir en línea debe desplegarse ántes del punto donde alcanza el tiro eficaz de la metralla del enemigo, esto es, á 600 ú 800 metros. Además, durante este tiempo es vigorosamente sostenida por su artillería.

La caballería viene en segunda línea en el ejército,

« Las tiendas no son sanas, y señalan la posición al enemigo; solo son buenas para los comandantes de batallón, coroneles y generales que nunca deben dormir en las casas. El soldado duerme con los pies en la lumbre; en el bivaque un poco de paja ó unas ramas le resguardan del viento. »

PRINCIPIOS GENERALES DE ESTRATEGIA.

La *estrategia* es el arte de dirigir las masas sobre los puntos decisivos y la *táctica* es el de empeñarlas en la lucha. Todo plan estratégico ha de poder ser ejecutado por los medios de la táctica; por consiguiente la táctica se halla subordinada á la estrategia; la primera se puede aprender en los tratados, la segunda no se enseña. Preciso es, pues, no confundir los principios de la una con los de la otra; así, según los principios de la estrategia una marcha de flanco es peligrosa, y en la táctica es lo contrario, pues un cuarto de conversión basta para restablecer el frente.

Una campaña no puede dar resultados seguros y brillantes sino á la condición de una observación escrupulosa de los principios de la estrategia y de una ejecución bien entendida de las reglas de la táctica. La una determina los objetos que es importante poseer, la otra suministra los medios de ocuparlos.

Se llama *punto estratégico* un punto cuya posición presenta una ventaja mayor para las operaciones. Estos puntos estratégicos son de tres especies en la ofensiva; los primeros forman la *base de operaciones* ó línea de donde la operación debe partir; los segundos determinados por el fin de la operación se llaman *objetivo* y los terceros son intermedios entre los otros.

En la defensiva por el contrario, estos puntos se presentan en orden inverso; los primeros protegen los terrenos á retaguardia, los segundos impiden al enemigo que se acerque demasiado á los primeros, y los terceros llenan el mismo objeto que en la guerra ofensiva. Estos puntos se hallan situados regularmente en la reunión de las principales comunicaciones al paso de los ríos, en el nudo de las cadenas de montañas que dividen un país. No es decir por esto que todo punto donde se reúnen muchas comunicaciones sea un punto estratégico; solo puede serlo en tanto que se halla sobre una línea estratégica ó la domina. — Los puntos y las líneas estratégicas se hallan íntimamente ligadas y no pueden existir separadamente.

Se llama *línea estratégica* la que une dos puntos estratégicos con mayores ventajas, y lo más importante es cubrir nuestras comunicaciones. Las principales líneas estratégicas constituyen la *base de operación* ó las *líneas de operación*; así la base de operación se halla formada de una serie de puntos estratégicos que cubren los objetos necesarios para el ejército y que ofrecen bastantes salidas para poder transportarlos en distintas direcciones. Una línea de operación es la que sigue un ejército para alcanzar el *objetivo*.

El principio fundamental de la guerra consiste en operar con fuerzas superiores un esfuerzo combinado sobre el punto decisivo. Los medios de aplicar este principio se reducen á los siguientes: 1º tomar la iniciativa de los movimientos. El general que logra tomar la iniciativa es dueño de emplear sus fuerzas allí donde juzga conveniente llevarlas, sorprende y destruye una parte débil del enemigo, aun antes de que este tenga conocimiento del ataque.

2º Dirigir sus movimientos sobre la parte débil del enemigo la más ventajosa. La elección de esta posición depende de la del enemigo. El punto más importante será siempre aquel cuya ocupación presente mayores ventajas, verbigracia, las posiciones desde donde se pueda cortar la comunicación del enemigo con la base de sus operaciones, ó rechazarle sobre un obstáculo difícil de vencer, como el mar, un precipicio, un río ó una potencia neutra.

3º No atacar nunca al mismo tiempo los dos extremos de una misma línea, á ménos que no se tengan fuerzas muy superiores. En este caso se hace cargar el grueso de las fuerzas sobre el ala donde el ataque promete un éxito más decisivo.

4º Hacer que el enemigo cometa faltas alarmándole sobre los puntos importantes de sus comunicaciones por algunos pequeños cuerpos de tropas ligeras, lo que hará regularmente que divida sus fuerzas. — Las tropas que se envían con este fin deben ser escogidas.

5º Aprovechar el instante en que es preciso tomar el punto decisivo del campo de batalla y combinar el ataque de modo que tengan que empeñarse todas las tropas al mismo tiempo, excepto la reserva.

6º Perseguir con presteza á un ejército en derrota. — Atacar á un ejército vencido es marchar á una victoria completa.

7º Mantener y exaltar el moral de las tropas.

En cuanto á las batallas todas las combinaciones pueden resumirse en tres sistemas; el primero puramente defensivo, consiste en establecerse en una posición fuerte y esperar en ella al enemigo. Tales fueron las disposiciones de Dann en Torgau y de Marsin en las líneas de Turin.

El segundo, ofensivo, es marchar al encuentro del enemigo y atacarle por todos los puntos en que se le encuentre; esto es lo que hicieron Federico en Leuthen, Napoleón en Jena y Ratisbona y los aliados en Leipzig.

Por último, el tercero es un término medio entre los otros dos y consiste en elegir un campo de batalla ventajoso, esperar en él al enemigo y aprovechar durante el combate el momento más favorable para tomar la iniciativa.

Las combinaciones de Napoleón en Rívoli son los tipos de este sistema.

En los países de montañas los combates se limitan generalmente á escaramuzas de avanzadas y de tropas ligeras. La defensa de los valles se halla tan íntimamente ligada con la de las montañas, que cuando la infantería se halla desalojada de las alturas, el grueso de las tropas ya no puede permanecer en el valle, y recíprocamente, estando éste derrotado, la primera tiene que retirarse temiendo que corten el camino de la retirada y de los convoyes.

Las circunstancias de la guerra, la naturaleza de los lugares, el carácter y la calidad de las tropas de que se dispone, deciden la elección que debe hacer un general entre esos varios modos de conducta.

NOCIONES DE FORTIFICACION PASAJERA.

La fortificación tiene por objeto disponer un terreno dado que se tiene interés de defender, de modo que una fuerza armada inferior se encuentre en estado de recibir con ventaja á fuerzas superiores.

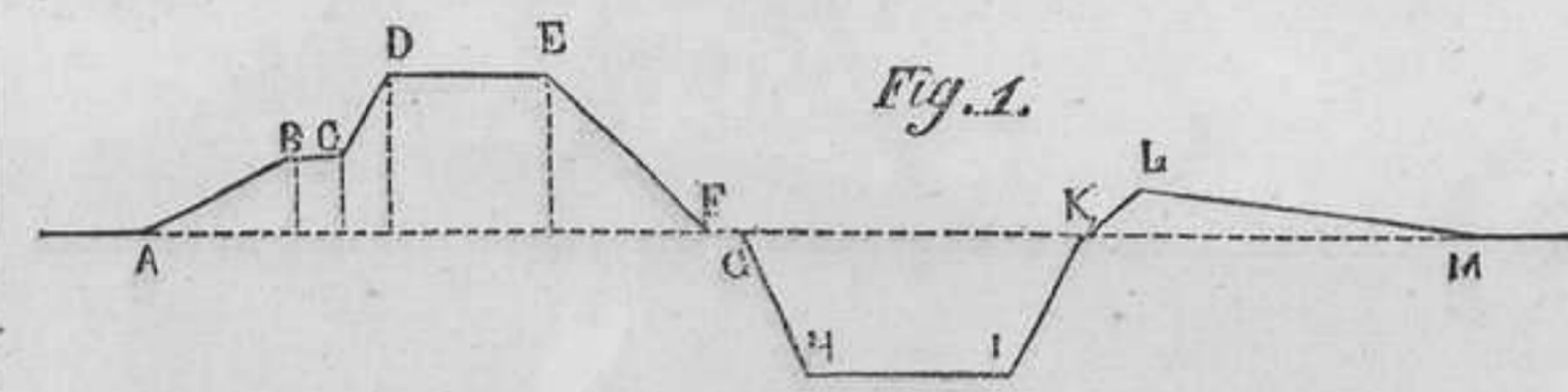
Cuando la posición que haya que defender es de una importancia grande y permanente y cuando no urge el tiempo ni faltan los recursos, se construyen obras de *fortificación permanente*; y por el contrario, se recurrirá á las obras de *fortificación pasajera* ó de *campaña*, cuando falta tiempo y la ocupación de la posición no es más que de un interés relativo ó momentáneo.

Sucedérara vez que un ejército en campaña no tenga que hacer uso de la fortificación; si está á la defensiva, ó en presencia de un enemigo superior, y los obstáculos naturales del terreno no bastan para su seguridad, entonces levantará obras que dificulten lo más posible el ataque de su posición. Se extenderá para proteger el terreno á retaguardia, sobre una línea fortificada de muchas leguas de extensión; ocupará con cabezas de puentes los pasos principales de los ríos, y en su proximidad asegurará sus convoyes y su línea de operaciones por muchos puntos á retaguardia bien fortificados. Sobre todo cuidará de proteger seriamente sus flancos mediante la combinación de sus obras con los obstáculos naturales que puede presentar el terreno como barrancos, precipicios, valles, lagos, etc.

Los ejércitos ofensivos tampoco deben descuidar el empleo de la fortificación, pues no por todas partes y siempre se hallan en un estado marcado de superioridad; además deben prevenir el caso de un descalabro, asegurando su retirada por la ocupación de los pasos importantes y de los puntos más susceptibles de una buena defensa.

Con lo que precede está demostrado que un ejército puede tener que construir una serie muy larga de obras de campaña durante una guerra. Vamos á describir rápidamente la forma y las propiedades de las más usadas de estas obras.

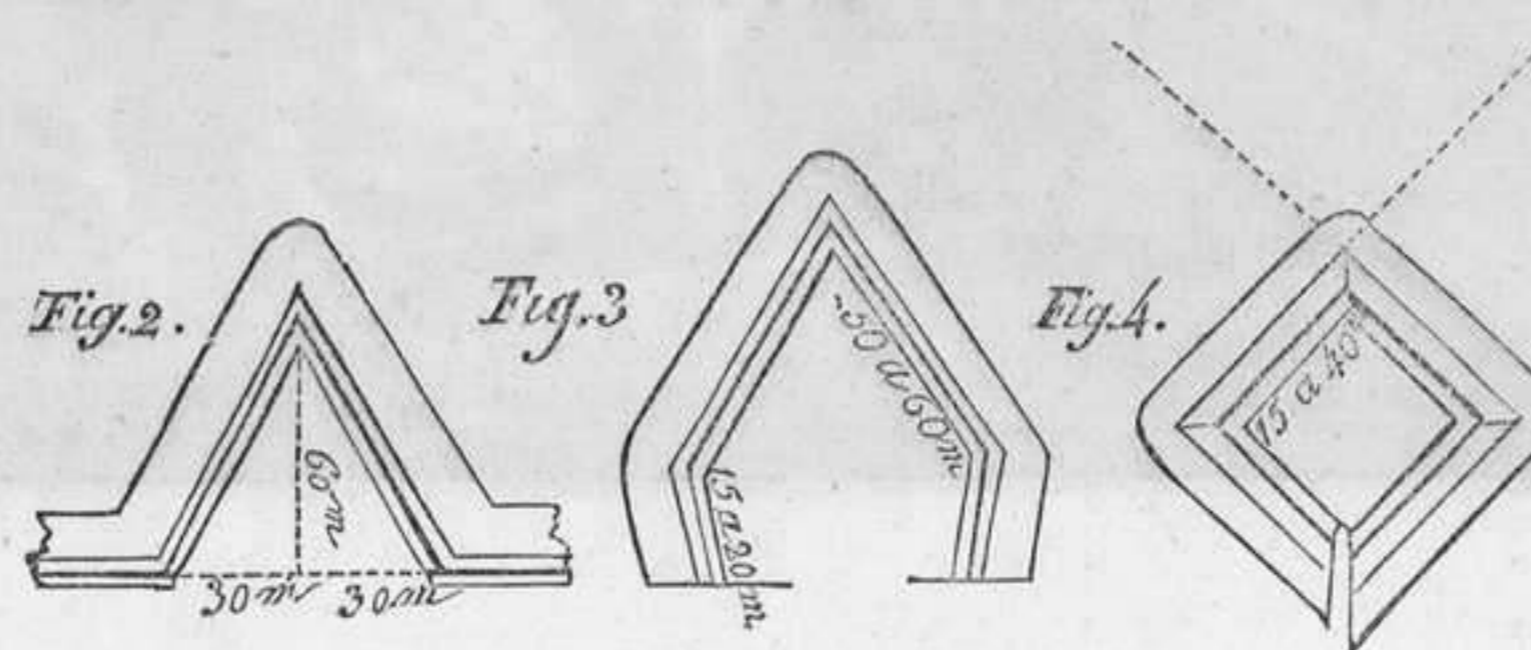
Toda fortificación debe ser un abrigo para sus defensores y un obstáculo para los ataques del enemigo. Este abrigo es una masa de tierra llamada *parapeto* que presenta el perfil A, (fig. 1); se halla precedido de un foso



cuyo objeto es aumentar la dificultad de los ataques, al mismo tiempo que suministra la tierra del parapeto. Hé aquí, en cortas definiciones la forma que tiene el perfil de un parapeto. ABCDEF es la masa que cubre, GHK el foso de delante, AB es la *escarpa de banqueta* y sirve para que los defensores suban á la banqueta BC, desde donde, abrigados por la masa CDEF pueden tirar sobre el enemigo siguiendo el declive DE, inclinado 1/6 en el horizonte lo que es como la inclinación de un fusil apuntando; este declive se une con la *escarpa interior* DC, siguiendo la *cresta interior* D, y con la tierra natural por la *escarpa exterior* EF que se apoya sobre la *berma* FG.

Los declives GH de *escarpa* é IK de *contra-escarpa* forman el foso que no puede tener ménos de 4 metros de anchura sobre una profundidad de 2 á 4 metros. — Un glacis KLM está sobre el terreno natural con una inclinación LM, de modo que para llegar al foso, el enemigo está obligado á sufrir los fuegos de la fortificación, siguiendo la prolongación del declive DE.

Las principales obras sencillas que componen las fortificaciones son: la *estrella* (fig. 2) destinada ordinaria-

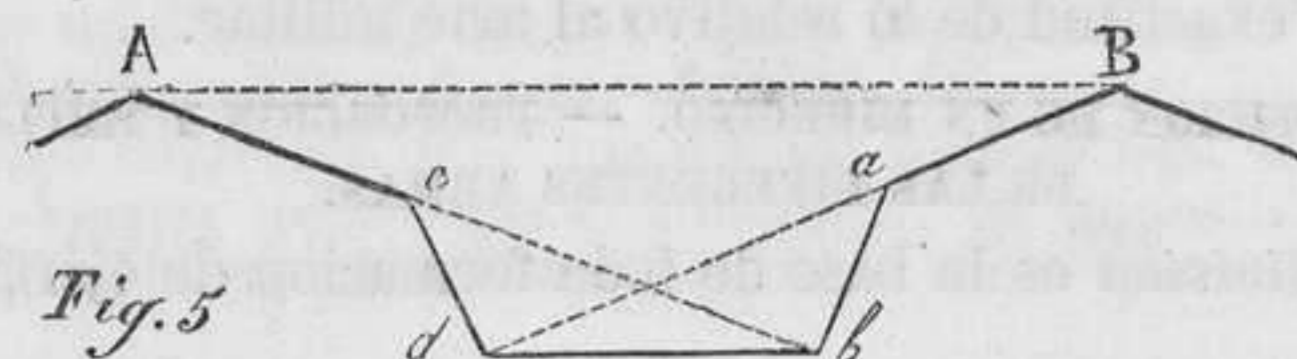


mente á cubrir una salida un pequeño puesto de observación, un puentecillo, etc.

La *media-luna* (fig. 3). — Esta obra abierta en la gola como la estrella, no se emplea jamás aisladamente siendo susceptible de ser tomada precisamente por su gola.

El *reducto* (fig. 4), obra que por lo común se hace en cuadro; se hacen de pequeñas dimensiones porque solo

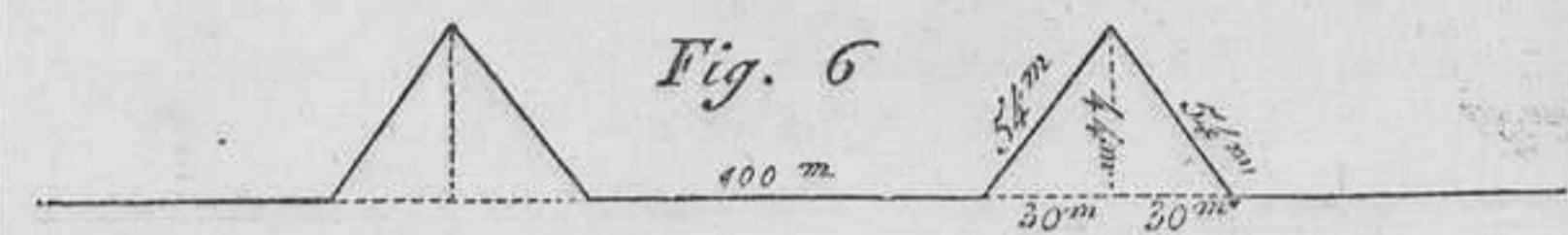
tienen fuegos directos y por consiguiente no pueden defender sus fosos. — Además existe delante de cada ángulo un sector S privado de fuegos, pues habiendo probado la experiencia que cada defensor durante la acción tira derecho delante de sí, esto es, perpendicularmente al parapeto, no se podría contar con los fuegos oblicuos que batirían á esos sectores. Para remediar este inconveniente se adopta la forma bastionada (fig. 5) cuando



do el reducto debe ser más considerable. El trazado A a b c d B, sustituido al lado sencillo AB permite, sin disminuir mucho el recinto del reducto, el defender los fosos por los fuegos de los *flancos* ab y cd, y tener delante del lado AB, fuegos cruzados procedentes de las caras Ba y Ad y de la *cortina* b.

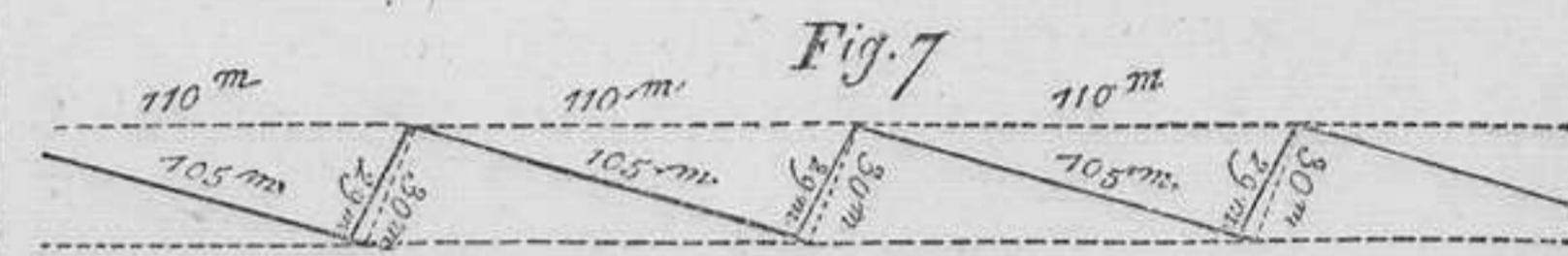
Cuando se trata de defender una grande extensión de terreno, una meseta, un valle, etc., las pequeñas obras de que acabamos de hablar no son ya suficientes; es preciso emplear las líneas ó fortificaciones compuestas.

Las más antiguas de estas líneas son las de *estrellas* (fig. 6). Consisten en una serie de líneas rectas inter-



rumpidas de distancia en distancia por estrellas equilateras.

Se emplean las *líneas de cremalleras* (fig. 7) cuando



no es posible dar mucha profundidad á los atrincheramientos; sus flancos se hallan siempre dirigidos sobre el objeto que tiene que defenderse.

Las *líneas bastionadas* tienen el inconveniente de carecer de fuegos en los fosos de la cortina y de los flancos.

Se llaman *líneas á intervalos*, diferentes combinaciones de atrincheramientos sencillos que se defienden unos por otros, y cuyos intervalos ocupados por la artillería pueden cuando es necesario dejar paso á la caballería.

Las *líneas del general Rogniat* son las más ventajosas; compónense de una serie de bastiones unidos entre sí por cortinas en forma de trinchera; delante hay estrellas con la artillería necesaria para defender los lados de los bastiones adyacentes. — Estas líneas, de una gran sencillez, presentan la enorme ventaja de poder ser construidas en una noche.

Los *campos fortificados* se establecen para proteger una plaza ó un ejército encargado de defender una posición importante.

Compónense ordinariamente de un recinto continuo que encierra con una guarnición todos los recursos en material y provisiones, y de otro recinto exterior de obras sueltas á cuyo abrigo está acampado el ejército.

El paso de los ríos es una de las operaciones más delicadas de la guerra; se protege con obras llamadas *cabezas de puentes* destinadas á resguardar los puentes de la vista y de los fuegos del enemigo. — La construcción de estos atrincheramientos descansa en principios que no podríamos enumerar aquí; su tamaño y forma varían según el objeto. Si se trata, verbigracia del paso de un ejército entero, entonces la cabeza de puente debe estar provista de grandes intervalos bien flanqueados á fin de que el ejército pueda desarrollarse á medida que desemboca, sin tener que desfilarse por el flanco.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

La poesía es á lo primero á que se dedican los pueblos nacientes, porque predominando en el hombre la facultad que le arrastra á imitar, sus primeros trabajos están en relación con esa facultad. « El clima más dulce, el cielo más sereno, los árboles y las plantas más nobles y más graciosas, las aguas más cristalinas, todo cuanto constituye, en fin, la bella naturaleza produce el lenguaje más risueño y más poético, y así las primeras expresiones del hombre, tomadas de los objetos que le rodean, son todas imitativas; por consiguiente, la poesía, que vive de imágenes, es la primera de las bellas artes que se cultivan» (1). La naturaleza habla al hombre en un lenguaje poético, y el hombre empieza por imitar este lenguaje. La razón espontánea y el sentimiento preceden á la razón reflexiva y á la observación profunda, de las cuales nacen, y por las cuales progresan las ciencias. Por esto la América, como todos los pueblos, ha tenido poetas antes de tener publicistas, historiadores y hombres de ciencia.

Cierto es que desde temprana data, Maldonado, Cálidas, Mutiz, Restrepo, Zea y varios otros americanos s

(1) Lacoste. — *Des bienfaits de la presse.*

dedicaron á las ciencias, á las cuales enriquecieron con preciosos descubrimientos; pero tambien es verdad que esos sabios y algunos publicistas de nota están en minoría con respecto á todos los que consagraron sus talentos y sus ócios al culto de las musas.

Avanzando ya un poco la América en la carrera de su existencia política, puesta en contacto con las sociedades mas civilizadas, y sintiendo las necesidades que nacen de la vida independiente; era preciso que los americanos se elevasen á la altura de esa situación, se aprovecharan de las ideas de esas sociedades, y proveyesen á las nuevas necesidades de su patria; ha sucedido así, pues hoy las Repúblicas americanas cuentan con un cierto número de historiadores, publicistas y hombres de ciencia.

El sugeto acerca del cual vamos á trazar algunas líneas, aun cuando jóven, figura honrosamente entre los historiadores de América, y su nombre es popular en el país de su nacimiento.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI nació en Santiago, capital de la república de Chile, por los años de 1826.

Desde temprano se dedicó á la carrera del foro, en la cual su padre D. Domingo Amunátegui lució entre los primeros de su país. Habiendo quedado huérfano en 1844, y hallándose en mal estado los intereses de su familia, resolvió hacer oposicion á la cátedra de latinidad vacante por entónces en el Instituto nacional. Audaz era la tentativa, pues los adversarios, algunos de bastante edad, eran latinos consumados, — miéntras que el jóven Amunátegui acababa de salir de las clases de literatura. Los jueces del certámen eran todos hombres versados y maduros, figurando entre ellos el Sr. D. Andrés Bello: los opositores debían esperar todo de su propio mérito y nada del favor. Tan competente se mostró Amunátegui, tan conocedor de los clásicos latinos y tan familiar con esa hermosa lengua, que los jueces no dudaron en declararlo vencedor, nombrándolo al efecto catedrático de latinidad. Desde esa época se conquistó nuestro jóven profesor la estimacion y amistad del señor Bello, amistad y estimacion de que cada día le ha dado nuevas pruebas el ilustre literato.

En 1847, Amunátegui fué llamado á ocupar uno de los primeros empleos en la oficina creada para el arreglo de la estadística.

En 1848, D. J. V. Lastarria, su profesor de Derecho Internacional, le invitó para fundar «La Revista de Santiago», cuya publicacion empezó inmediatamente; asociándose á los dos redactores, Gregorio Amunátegui, Joaquín y Guillermo Blest, E. Lillo, H. Irizarri, Juan Bello, M. Gonzalez, Carlos Valdez, etc. La primera publicacion de Miguel Amunátegui fué la biografía de Camilo Henríquez, á la cual siguió la del general Borgoña.

Al mismo tiempo que tenia á su cargo tales tareas, desempeñaba en un colegio particular las clases de literatura y filosofía. El trabajo era abrumador, pero el jóven Amunátegui encontraba un estímulo poderoso para no desmayar: él habia venido á ocupar el lugar de su padre, y se debia á su familia; su trabajo asiduo aseguraba el reposo de las personas que amaba — no debia tener descanso y no lo tuvo. El tiempo, que para otros jóvenes está de mas y corre lento, si no les trae diversiones y placeres, pasaba para Amunátegui con la rapidez del relámpago, y apenas le alcanzaba para llenar sus serias obligaciones. Erase preciso suspender sus estudios de abogado, y los suspendió, despues de haber cursado con provechamiento las clases de literatura, filosofía, economía política, derecho natural, derecho público y derecho de gentes.

El año de 1850, se cerró el colegio particular en que enseñaba, quedando sus ocupaciones reducidas á las de profesor en el Instituto Nacional y á las de empleado en la oficina de Estadística; pero Amunátegui, que habia contraído el hábito del trabajo, deseando servir á su patria y ser útil á sus allegados, acometió empresas serias, y asociándose á su laborioso hermano escribió una MEMORIA SOBRE LA RECONQUISTA ESPAÑOLA, obra de mucho mérito y que fué premiada por la Universidad.

Asociado tambien á su hermano Gregorio, Luis Amunátegui trabajó y dió á luz una nueva obra intitulada *Una conspiracion en 1780*, especie de romance histórico, en el cual campean la filosofía y el buen gusto. El escrito está basado sobre un proceso secreto que los Amunáteguis hallaron en los archivos públicos cuando buscaban documentos para su Memoria sobre LA RECONQUISTA; pero como el tal proceso estaba incompleto, y no se conservaba tradicion alguna sobre la suerte que cupo á los procesados, los autores del romance se libraron á conjeturas mas ó ménos vagas, pero que siempre distan de la verdad. El estilo de la obra es fácil, pintoresco y sentencioso. Esa produccion contiene interesantes detalles acerca de las costumbres coloniales de la época y del estado en que por entónces se hallaban los espíritus; así como enseña tambien el modo como fueron sembradas las primeras semillas de libertad en el suelo chileno, semillas que trajeron la revolucion efectuada á principios de este siglo.

En el año de 1852, Amunátegui fué nombrado miembro de la Universidad en la facultad de Humanidades, y en el mismo año, aquella respetable corporacion le encomendó trabajase la Memoria histórica que debia ocupar la sesion solemne del año de 1853. La Memoria fué hecha siendo el asunto LA DICTADURA DE O'HIGGINS.

En 1853, obtuvo por oposicion la cátedra de literatura y la de historia moderna de América. En el mismo año fué promovido á jefe de seccion en el ministerio de Instrucción pública, en cuyo empleo continúa y en el cual ha prestado grandes é importantes servicios al desarrollo y arreglo de la educacion popular. El gabinete

le ha honrado mas de una vez con comisiones especiales, y entre otras merece mencionarse la importante de preparar una Memoria que evidenciase los títulos que tiene la República de Chile á la soberanía y dominio de la extremidad austral del continente americano. Es de advertir, que Amunátegui pertenece al bando liberal de Chile y que esos empleos y honores los ha recibido de un ministerio conservador, lo que evidencia el mérito de aquel y la imparcialidad de este.

Como escritor de historia, M. L. Amunátegui ha encontrado un competidor en otro jóven llamado Diego Barros Arana: los dos historiadores están acordes en cuanto á los mismos acontecimientos que relatan; pero difieren en cuanto á la apreciacion de la influencia que ejercieron en la lucha de la independencia dos de los principales personajes de esa época; á saber: el general José Miguel Carrera, y el general O'Higgins. Segun M. L. Amunátegui, poco se habria hecho por el país, sin la impetuosidad de Carrera, jóven ardiente, franco, generoso, atrevido, — que todo lo abrazaba á la vez: la reforma de la sociedad chilena y la guerra decidida á los ejércitos españoles. Segun D. Barros, toda la empresa habria fracasado sin la prudencia de O'Higgins, jóven sistemático, reservado, justiciero, dotado de tanto valor en los campos de batalla como de prudencia y madurez en las deliberaciones del gobierno; y que queria se hiciese con cautela la guerra y se anduviese con tino en las reformas. ¿ Pero quién no ve que el uno de esos caracteres se completaba con el otro, y que ambos eran necesarios al éxito de la empresa?

Al hablar de M. L. Amunátegui con el elogio que se debe, es justicia recordar á su hermano Gregorio, pues si aquel tiene generalmente á su cargo la redaccion de las obras, éste busca los documentos y los arregla, consulta las tradiciones, forma apuntamientos y organiza todo para pasarlo enseguida al bufete de su hermano. Estas noticias que escribimos sin pretension y por medio de las cuales queremos hacer lucir el mérito ajeno, están desprovistas de alifio, de frases y declamacion: nuestro objeto no es ponernos en evidencia, sino elogiar lo que hallamos digno de elogio en los autos y escritos de los americanos, cualquiera que sea el país á que pertenezcan, la bandera que sigan y la edad que tengan; además, queremos estimular á los genios que empiezan su vuelo en esas Repúblicas, y que regularmente no encuentran desde su apareamiento sino un ejército de críticos injustos y apasionados, que desalentándolos les hacen recogerse en la mas vituperable inercia.

Pero pasemos á recorrer algunas de las producciones de nuestro jóven escritor.

Una de las obras de Amunátegui que hemos leído con mas gusto, tanto por los sanos principios que encierra, como por el interés eminentemente americano de que está impresa, es la Memoria en que exhibe los títulos de la República de Chile á la soberanía y dominio de la Patagonia, isla de los Estados, Tierra del Fuego y Estrecho de Magallanes en toda su extension.

Chile habia estado en posesion pacífica de esos territorios, sin que nadie hubiese soñado en disputarle su señorío sobre ellos, hasta que un buen día, el 15 de diciembre de 1847, «D. Felipe Arana, como ministro de D. Juan Manuel Rosas, entónces gobernador de la provincia de Buenos-Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederacion Argentina, dirigió una nota al gobierno chileno asegurando que una colonia fundada por este gobierno en el puerto del Hombre ó de San Felipe estaba en territorio de Buenos-Aires, y alegando como fundamento de su pretension un resumen de las razones que el año anterior habia presentado D. Pedro de Angelis en una Memoria histórica, en la cual se propuso probar los derechos de la República del Plata á la soberanía de la extremidad austral del continente americano,» y que fué publicada en 1852.

El principio que Amunátegui invoca al comenzar su Memoria, lo hemos tenido siempre como de una importancia vital en todos nuestros arreglos continentales, no solo cuando se trate de verificar los límites entre una y otra de esas Repúblicas por medio de sus respectivos agentes, sino muy principalmente en toda ocasion en que nos veamos obligados á rechazar las injustas pretensiones de las potencias europeas ó de nuestra madrastra—la Confederacion norte-americana. Ese principio es el UTI POSSIDETIS, de 1810.

Amunátegui dice: «Nada mas fácil que la resolucion de todas las cuestiones relativas á límites que puedan suscitarse entre las repúblicas hispano-americanas. Hay un principio general admitido por todas ellas, que no permite la menor vacilacion en los litigios de esta especie.

» Ese principio, salvaguardia de la concordia que debe reinar entre naciones hermanas por su origen, hermanas por sus creencias políticas y religiosas, hermanas por sus intereses, es el siguiente: Las nuevas repúblicas tienen por límites los mismos que corresponden á las antiguas demarcaciones coloniales de que se formaron, salvo las modificaciones que la guerra de la independencia hizo experimentar á algunas de las mencionadas demarcaciones.

» Esta preciosa regla, al mismo tiempo que comprende todos los casos, es de una aplicacion sencillísima. En toda disputa sobre fijacion de territorio, no hay sino abrir la Recopilacion de Indias, ó registrar el Cedulaario Real, y quedará decidida, á ménos que se refiera á aquellos países cuyos límites alteró la revolucion.

» En cuanto á la demarcacion territorial de estos últimos, nada mas obvio. Su fecha es sobrado reciente; los documentos auténticos en que la modificacion está

consignada, son demasiado conocidos y demasiado explícitos para que dén cabida á una duda sincera.

» Con buena fé para juzgar, y un poco de paciencia para escudriñar los archivos, pueden cortarse en breve tiempo todas las cuestiones á que aludo.—La regla antes expresada es una guia segura, que hace en extremo fáciles de determinar los límites de todas las repúblicas americanas, ya sean que estas se hayan conservado tales cuales eran durante el coloniaje, ya sea que hayan sufrido algun cambio en la época de la emancipacion.»

Una vez sentados estos principios tan claros y luminosos y sobre los cuales están de acuerdo el ministro del gobernador Rosas, y el escritor señor Angelis, solo se trata, como dice Amunátegui, de aplicar el principio á los hechos. La Confederacion Argentina y la República de Chile disputan sobre la propiedad de cierto territorio. Para resolver el litigio, no hay sino consultar á cuál de estos dos Estados lo habia adjudicado la España, porque la revolucion de la independencia no influyó en lo menor ni sobre el Estrecho ni sobre las tierras adyacentes.

El modo como plantea la cuestion el escritor chileno es tan feliz como la manera como ha fijado los principios que le sirven de punto de partida. «¿ El rey de España habia comprendido esas comarcas dentro de los límites del virreinato de Buenos-Aires, ó dentro de los que habia señalado á la capitania general de Chile? Esta es la cuestion; este es el objeto á que debe ceñirse todo el debate. Se quiere determinar á quien pertenece el Estrecho de Magallanes, la Patagonia y la Tierra del Fuego. Veamos cual fué la voluntad del monarca acerca de esas regiones, y la duda quedará resuelta.

» Pero es preciso que la voluntad real se manifieste por decisiones claras, explícitas, terminantes, que señalen expresamente los términos de las jurisdicciones correspondientes á los mandatarios que residian en las márgenes del Mapocho y del Plata. En este caso las presunciones, los racionios mas ó ménos ingeniosos, no tienen ninguna cabida contra la letra y el sentido de la ley. La autoridad de las decisiones reales relativas á los deslindes, es la única que puede invocarse. Contra lo que estas determinan, todo lo demás nada significa. Citar pruebas que estén en abierta contradiccion con estas manifestaciones solemnes de la voluntad del monarca, es perder ociosamente el tiempo y arrojar palabras al viento.»

La manera como Amunátegui presenta sus pruebas, el modo como exhibe los títulos de la República de Chile á la soberanía y dominio del territorio disputado, revelan en el escritor un gran espíritu analítico, un juicio recto, un carácter reflexivo y una gran práctica en el estudio de cuestiones serias. La Memoria ejecutada sobre un plan bien concebido y mejor desenvuelto, abraza 1º — Los títulos de Chile á la soberanía de la Patagonia, Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego otorgados desde los primeros tiempos de la conquista: 2º — Las disposiciones reales que despues de la conquista han confirmado los títulos primitivos de Chile á la soberanía de aquellos territorios: 3º — Los actos de jurisdiccion ejercidos en todo tiempo por las autoridades chilenas en la extremidad austral del continente americano, y hechos que manifiestan su celo en la administracion de este territorio: 4º — La reputacion de los pretendidos títulos que el señor Angelis alega para sostener la soberanía y dominio de la Confederacion Argentina sobre la extremidad austral del continente americano.

Recorreremos algunas de esas pruebas, fijándonos en las principales y sin ceñirnos estrictamente al orden indicado en la Memoria. Don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, fundador de sus principales ciudades y creador de ese reino, exploró por sí y por sus agentes toda la parte austral del continente americano y pidió encarecidamente al monarca español que extendiese hasta esos territorios la accion de las autoridades chilenas. La princesa doña Juana, en ausencia de Carlos V y de Felipe II, expidió una real cédula fechada en Valladolid á 29 de mayo de 1555, por la cual ordenaba que la jurisdiccion del gobernador de Chile se extendiese hasta el Estrecho; previniendo á esta autoridad que explorase y se apropiase las tierras y poblaciones que habia de la otra parte del dicho Estrecho. Por esa real cédula quedaron fijados los límites del Chile de la manera siguiente: al Este — el Pacífico, al Sud—el Estrecho de Magallanes, y al Oeste — el Atlántico.

La Tierra del Fuego quedaba comprendida dentro de la jurisdiccion de Chile, desde el momento de explorarla y tomar posesion de ella, de acuerdo con lo que disponia la citada real cédula; colocando así bajo las autoridades chilenas la extremidad austral de la América.

Felipe II, al nombrar en 5 de agosto de 1573, á Rodrigo de Quiroga gobernador y capitán general del reino de Chile, cuidó de que en sus despachos se dijese terminantemente — que su dominio llegaria hasta el extremo austral de Magallanes *inclusive*.

Felipe III, en 1609, confirmó las cédulas de sus predecesores. — Felipe IV, al crear en 1661 la Audiencia de Buenos-Aires, en nada alteró la jurisdiccion de Chile sobre el territorio que se habia reconocido como formando el reino.

En 1776, Carlos III creó el virreinato de Buenos-Aires; y al fijarle su territorio, le segregó á la capitania general de Santiago una porcion del que antes le estaba sometido. Este cercenamiento de territorio se extendió solo á las jurisdicciones de San Juan y de Mendoza.

Despues de la cédula de 1776, los monarcas españoles nada mas estatuyeron tocante al territorio sobre el

cual debían ejercer su jurisdicción las autoridades chilenas.

Aducidas todas estas pruebas, tan perentorias y convincentes, dice con sobrada razón el autor de la Memoria que nos ocupá: « Si para decidir, pues, á quien pertenece la soberanía de las comarcas disputadas tomamos por regla la voluntad del monarca español, la cuestión indudablemente queda resuelta en favor de la República chilena. Somos los herederos de los antiguos colonos, y la Patagonia, el Estrecho y la Tierra del Fuego forman una parte de nuestro patrimonio, que siempre hemos mirado como nuestro bien, y á que no nos hallamos en disposición de renunciar. »

Todos los otros puntos sobre que versa la Memoria están desenvueltos con admirable maestría; los hechos vienen en pos de los hechos y los racionios están basados sobre documentos auténticos. Amunátegui prueba hasta la evidencia que las autoridades de Chile, ántes y despues de la independencia de este país, han procurado por todos los medios posibles la reducción de las tribus indígenas que pueblan las comarcas disputadas, que han ejercido sobre ellas verdaderos actos de soberanía,

« reprimiendo con las armas y la política las depredaciones y latrocinios que esos indios hacían soportar á las ciudades y habitantes del virreinato de Buenos-Aires, y no á las ciudades y habitantes de la capitania general de Chile.

» Si la Patagonia no hubiera sido una dependencia de Chile, ¿por qué sus oficiales y sus tropas habrían atravesado por sobre las nieves de los Andes para ir á impedir que salvajes que no les estaban sometidos robasen y asesinasen á individuos que tampoco se encontraban bajo su jurisdicción? Eso habría sido inconcebible. Iban porque la administración de esa tierra estaba sometida al gobierno de Santiago, que por consiguiente era responsable de cuanto en ella pasaba. Interviniendo en el expresado negocio los mandatarios de este país cumplían con su deber. »

Amunátegui observa, que hasta los mismos indios del lado oriental de los Andes han reconocido siempre la soberanía del gobierno chileno, en cuanto era posible que salvajes la reconociesen.

Antes de la Independencia, O'Higgins « se propuso por blanco de sus trabajos la sumisión de los pampas y

la supresion del vandalaje que hacían soportar á los pueblos de la otra banda. » El autor entra en detalles sobre el modo como O'Higgins llevó á cima su pensamiento, aliándose con los indios pehuenches y lanzando á estos sobre los huilliches, que han sido los mas feroces.

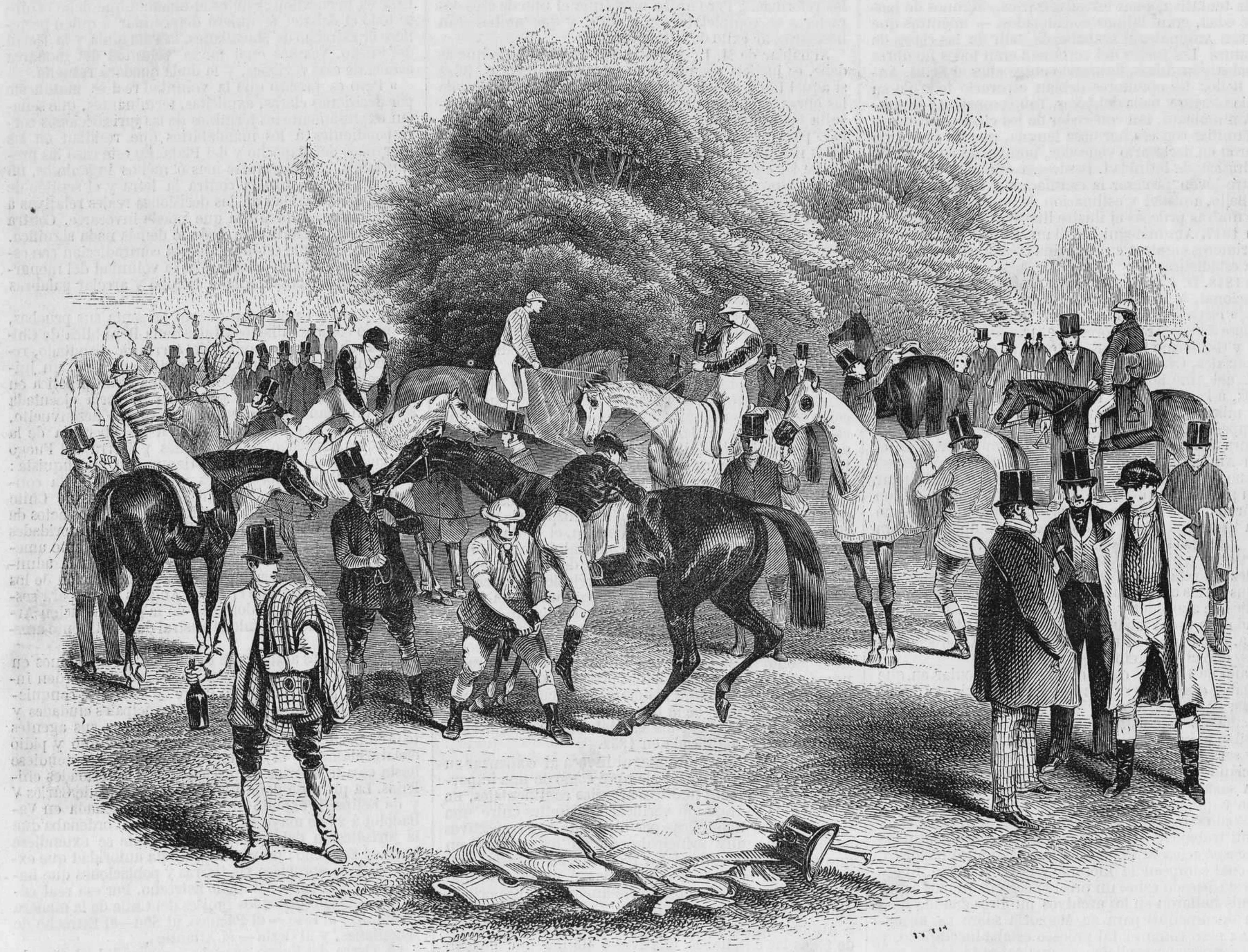
Despues de la Independencia, en enero de 1832, por ejemplo, el general Bulnes, siguiendo el plan de O'Higgins para exterminar el vandalaje de los indios, entró en lid con los Pincheiras, á los cuales derrotó completamente en las lagunas de Pulanquien.

Amunátegui copia en corroboracion de sus asertos, un oficio firmado por el mismo D. Juan Manuel Rosas, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos-Aires, fechado en 8 de noviembre de 1830, y dirigido al comandante D. José Antonio Zuñiga, en el cual le hace una cabal descripción de los límites del territorio argentino, sin que en ella hiciese la menor alusion á las comarcas mas tarde disputadas.

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se concluirá.)

Chantilly. — Grandes carreras de caballos en los días 18, 23 y 25 de mayo.



Chantilly. — Preparativos de la carrera.

Chantilly ha sido en todo tiempo un lugar consagrado á los ejercicios hípicas. En tiempo de los Condé tenía fama por sus cacerías reales; hoy la tiene porque ahí se verifican las principales carreras de Francia. Creadas en 1836 bajo la protección del duque de Orleans se fueron engrandeciendo cada año hasta que en el día pueden llamarse el *Epsom* francés. He aquí una relación sumaria de los tres días.

Día 18.

Los premios se disputaron en el órden siguiente.

Premio del ministerio de la Agricultura, Comercio y Obras públicas, 2,000 fr. para caballos y yeguas de 3 años y mas. Entrada 50 fr. Distancia unos 2,000 metros. Corrieron 5 caballos, 1ª prueba:

Monarchist de M. Carter, 1º; Plume-Loup, de M. de Prado, 2º; Trajan de M. Lupin, 3º. — 2ª prueba, 4 caballos corrieron; Monarchist, 1º; Trajan, 2º; Plume-Loup, 3º.

Premio de las paradas (no clasificado) 2,500 fr. para caballos de 3 años y mas. Entrada 200 fr., distancia unos 2,000 metros. Solo corrieron dos caballos y llegaron: Ren d'Espoir de M. Aumont, 1º; y Ronzi de Madama Latache, 2º.

Premio de la reina Blanca: — 1,000 fr. para caballos de 3 años y mas. Entrada 50 fr.; distancia unos 2,200 metros. 5 caballos disputaron este premio y llegaron: Rocka de M. de Beauvau, 1º; Opulence, de M. Caster, 2º; Etincelle de M. de Morny, 3º.

Premio de Diana: — 4,000 fr. para potrancas de 3 años. Entrada 200 fr.; la segunda recibe la mitad de las entradas. Distancia unos 2,100 metros. 7 caballos corrieron: Dame d'Honneur de M. Aumont, 1º; Miss Cath de M. de Beauvau, 2º; la carrera fué interesante.

Premio extraordinario, 1,200 fr. para caballos de toda clase que no hayan ganado nunca 3,000 fr. Distancia 3,000 metros. Once caballos corrieron y llegaron: el

Monsieur de M. H. Mosselman, 1º; Hepzibah, del conde de Herdoville, 2º.

Día 23.

1º premio: — (gentlemen riders) para caballos de toda clase. Entrada 100 fr., distancia tres cuartas partes de vuelta. Dos caballos corrieron y llegaron: Mademoiselle Diggory del vizconde A. de Lauriston, 1º; Frisette de M. Abray, 2º.

2º premio (gentlemen riders) 1,500 fr. dados por la administración de las paradas para caballos de tres años y mas. Entrada 100 fr.; 200 fr. al segundo sobre las entradas. Distancia 2,100 metros. Seis caballos corrieron y llegaron: Gagne-Petit, del conde de Hedoville, 1ª prueba, 2; 2ª prueba, 1; 3ª prueba, Aviceps de M. Henri Delamare 1ª prueba, 3; 2ª prueba, 3; 3ª prueba, 2. Théodora, del baron J. Finot, 1ª prueba, 1; 2ª prueba, 2; 3ª prueba, 1.

3º premio (del primer Paso), 1,000 fr. para caballos

de 2 años. Entrada 100 fr. Distancia unos 800 metros. Llegaron: Valna de Madama Latache, 1º; Duchess del príncipe Marc de Beauvau, 2º.

4º premio (de las Cuadras). — 4,000 fr. handicap para caballos de 3 años y mas. Entrada 100 fr. Distancia del premio del Jockey-Club. Llegaron: Triumvir de M. J. Reiset, 1º; Valbruant de Madama Latache, 2º.

5º premio (gentlemen riders). 400 fr., producto de una suscripción añadidos á 100 fr. de entrada. Distancia unos 1,500 metros. Llegaron: Mademoiselle Diggory, 1º; La Chasse, 2º.

6º premio (del camino de hierro). 1,500 fr. para caballos de toda clase y país de 3 años y mas. Entrada 150 fr.; distancia unos 3,200 metros. Tres caballos corrieron y llegaron; Tamaris del conde A. des Cars, 1º; Marco Spada de M. H. Jennings, 2º.

Día 25.

Este ha sido el día principal de las carreras. Chantilly, á pesar de lo incierto del tiempo estaba lleno de gente. Es verdad que se trataba del gran premio (el Derby) y el atractivo de este espectáculo así como la reputación de los caballos inscritos justificaba esta afluencia extraordinaria.

S. A. R. el príncipe Oscar, habia salido á las doce y media de Paris para asistir tambien á las carreras. Un tren especial llevó á S. A. R. á Saint-Leu, donde le esperaban varios carruajes de la corte y una escolta de dragones. El príncipe Oscar fué recibido á la entrada de la tribuna de honor por el Sr. prefecto de Sena y Oise y el Sr. sub-prefecto de Senlis. S. A. el príncipe Murat tomó asiento en la misma tribuna.

Las carreras principiaron á las dos y los premios fueron disputados en el orden siguiente:

Premio de la administración de las paradas: 5,000 fr. para caballos de 3 años y mas; entrada 100 fr.; las entradas al segundo. Distancia 4,000 metros. 1º Peu d'Espoir de M. A. Aumont. Baronnet ganó fácilmente en la 1ª prueba; Peu d'Espoir se quedó atrás en la segunda.

Premio del Emperador: 2,000 fr. dados por S. M. el Emperador para caballos de 3 años y mas; entrada 50 fr. Distancia del premio de Diana, Valbruant, de Madama Latache, 1º; Opulence de M. W. Caster, 2º; Marco Spada de M. Jennings, 3º.

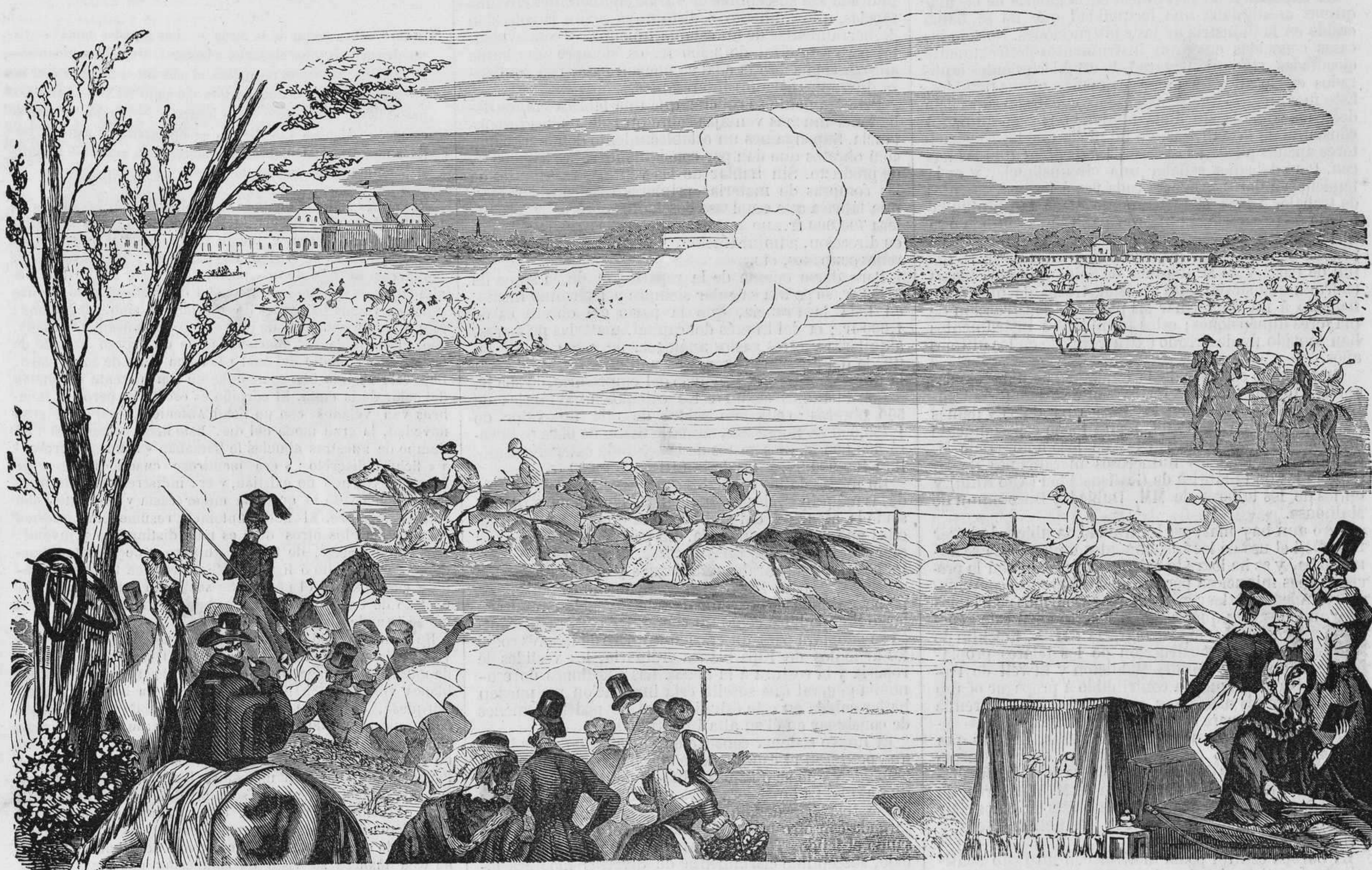
Premio del Jockey Club: 20,000 fr. para potros y potrancas de 3 años; entrada 1,000 fr.; al segundo 2,000 fr. de las entradas. Distancia 2,400 metros. — La carrera se empeñó entre Lion del príncipe de Beauvau y

Diamant del Sr. conde de Morny. Estos dos caballos llegaron á un tiempo, hubo *deatheat*. Por fin, Lion llegó primero (fácilmente) y Diamant 2º. La carrera ofreció un espectáculo magnífico; los 14 caballos se lanzaron á la vez en un peloton compacto. Verdelet cayó en el repecho; Lion ganó 48,200 fr. deducida su entrada así como la suma de 2,000 fr. que le tocaba al segundo.

Premio del Oise: 2,000 fr. dados por el ayuntamiento del Oise para caballos de toda edad nacidos y criados en el departamento; entrada 150 fr.; distancia 2,200 metros. Ronzi de Madama Latache, 1º (fácilmente), Mandarin de M. J. Meiset, 2º.

Carreras de las vallas (gentlemen-riders), 500 fr. y 50 fr. de entrada para caballos de toda edad y país. Distancia una vuelta con cinco vallas. Xantipe del Sr. conde Amadeo des Cars montado por el Sr. vizconde Artus Talon, 1º (fácilmente); Hembra del Sr. vizconde de Saint-Roman montado por su dueño.

El Sr. vizconde Artus Talon ha sostenido dignamente sobre el turf de Chantilly la reputación de excelente jinete que se habia hecho en el ejército de Crimea en las carreras improvisadas por los oficiales franceses é ingleses. En suma, este último día de las carreras de primavera de Chantilly ha ofrecido un espectáculo interesante.



Chantilly. — La carrera.

Exposicion Universal de la Industria.

XXXVII.

INSTRUMENTOS Y HERRAMIENTAS DE TRABAJO. — PERFECCIONAMIENTOS.

Los instrumentos que figuraban en la Exposicion de 1855, la mayor parte de ellos funcionando á la vista del público, debieron presentar á todos los hombres que se ocupan de la construcción desde los ingenieros hasta los simples artesanos, un asunto de comparaciones útiles y una fuente de preciosa enseñanza. Pero al descubrir esas ventajas prácticas en el seno de un conjunto tan variado y curioso, se desprenden algunas consecuencias económicas que nos parecen propias para dar una idea del estado actual del arte del constructor en Europa, y que con tal motivo merecen ponerse en evidencia desde luego.

La Inglaterra habia tomado la delantera en esta fabricación especial como en la de las máquinas de vapor, y en cuanto á los instrumentos que sirven para trabajar los metales, ha conservado largo tiempo una superioridad incontestable. — Hace treinta años, el arte del constructor se modificaba profundamente en Inglaterra.

El periodo comprendido entre 1825 y 1835, está lleno de inventos que si no todos eran de origen inglés, á lo ménos todos ellos se ponian allí en práctica. Pero el periodo de invención no podia prolongarse indefinidamente. Si es cierto que está en lo propio de un siglo industrial el hacer incansable el espíritu de investigación, para eso hay tambien momentos de reposo relativo en los que se utilizan los elementos recogidos ántes que proceder á nuevos descubrimientos. Los modos generales en cuya virtud el hombre manifiesta su fuerza sobre el mundo material, no se hallan destinados á sufrir variaciones diarias. Desde hace unos veinte años el arte del constructor se halla en ese periodo en que se recogen los frutos de experiencias anteriores.

Pero este descanso no forma un tiempo de entorpecimiento puesto que se aprovecha para desarrollar y perfeccionar los principios conquistados; pero en fin no se ven en él esos ímpetus repentinos y grandiosos que llevaron como de un solo golpe la mecánica inglesa tan lejos de los procedimientos tradicionales empleados en el resto del mundo.

Pero, ha sucedido pues, que en cuanto los ingleses descansaron un poco, los pueblos que despues de ellos eran los mas industriales del mundo, pudieron, trabajando con vigor, acercarse poco á poco á sus maestros. En Francia, en Alemania, en Bélgica se imitaron los

mecanismos y el trabajo de los ingleses, lo que se logró á pesar de todos los obstáculos.

Quizás el terreno perdido no se habria ganado tan pronto en la Europa continental, si no se hubiese producido un hecho general de una importancia inmensa para el porvenir que forma uno de los caracteres mas notables de nuestra época. Queremos hablar de la construcción de los caminos de hierro. Las necesidades inherentes á esas grandes empresas contribuyen enérgicamente á desarrollar la ciencia mecánica y á multiplicar sus triunfos.

¡Circunstancia singular! La Francia despues de haber pasado tanto tiempo en discutir la construcción de las vías férreas, es de todos los países el que mejor ha sabido establecer, á imitación de la Inglaterra, los instrumentos que se necesitan para esas creaciones gigantes. Por lo demás, cada país se ha asociado á esta obra segun su genio propio. Así, en tanto que en un pueblo se daba una importancia exagerada á la arquitectura y á la elegancia, en otro por el contrario, se desdeñaba en demasía la forma. La fabricación de los grandes instrumentos necesarios para el trabajo, se resentia naturalmente de estas disposiciones diversas. Ningun país ha desdeñado tanto la forma como los Estados Unidos de América. Los americanos deseosos de poseer cuanto ántes instrumentos útiles, se contentan con la

ejecución mas tosca; ni siquiera se paran en redondear los contornos ó en dar á los instrumentos mecánicos algun aspecto agradable.

Sin duda seria pueril prodigar los adornos de los instrumentos del trabajo, pero sin embargo, es preciso guardar las proporciones si se quiere obtener una accion vigorosamente ordenada. El instrumento gana en utilidad cuando llena lo que se puede llamar las condiciones artísticas de la fabricacion, que limitadas á la regularidad de las líneas no son mas que la aplicacion de una de las leyes esenciales de la mecánica.

Pero sea cual fuere el carácter de la actividad desplegada por cada pueblo en esta arena, se puede afirmar que el progreso ha sido general. Por todas partes se ha sabido sacar partido del ejemplo de la Inglaterra, si bien hay que confesar que los ingleses marchan aquí sobre su propio terreno, en tanto que los otros pueblos siguen un camino ya trazado.

Esta distincion que debe figurar en la historia de la mecánica moderna, importa poco seguramente en cuanto á las consecuencias económicas que resultan del progreso realizado. Es evidente que el continente europeo prescinde mas cada día de la Inglaterra para la adquisicion de instrumentos, pues las naciones que mas uso hacen de aparatos mecánicos se hallan ó se hallarán en breve en estado de cubrir en su propio territorio sus necesidades.

La exposicion de la Francia en la galeria de las máquinas atestiguaba una fecundidad que no se habia creido en la industria de las construcciones. No solo las casas conocidas enviaron instrumentos perfectamente ejecutados, sino que llegaron de establecimientos ignorados en localidades oscuras muchas piezas notables. Este movimiento que se extiende por toda la superficie del país, se halla sin duda motivado por el aumento constante de las fábricas, de tal modo que los constructores apenas pueden satisfacer los pedidos que les hacen. Pero debemos señalar una circunstancia, y es la tendencia á dar mas fuerza cada vez á los instrumentos de trabajo. Nunca el instrumento atacó tan profundamente á la materia. El hierro se aplasta, se hunde ó se corta como por encanto con los nuevos aparatos. Como prueba podemos citar los martillos-pilones de M. E. Goin de Paris y de M. Rerolier de Saint-Etienne, masas enormes que sirven para aplastar trozos de hierro inflamado á fin de formar las piezas de construccion de mayores dimensiones; estos formidables instrumentos han tomado un desarrollo extraordinario en los últimos años.

Este mismo carácter de la tendencia actual, este deseo de dar mas fuerza al instrumento se descubria tambien en la Exposicion en los tornos paralelos y demás instrumentos de M. Calla, en un torno especialmente destinado á fabricar las ruedas de locomotoras de M. Ch. Polonceau en los numerosos mecanismos de M. Cail, en los de la fábrica de Graffenstaden (Alto Rhin) y en los de los talleres de MM. Dubied y Ducommun de Mulhouse.

Pero aun hay mas; se ha tratado tambien de hacer mas fácil el uso de los instrumentos cuya fuerza se aumentaba, y se ha logrado calcular su accion con la precision mas minuciosa por medio de diferentes combinaciones. Además de los constructores susodichos podríamos citar muchos mas que se han distinguido en este género de aplicaciones como verbigracia: M. A. Kœchlin de Mulhouse para la construccion de los telares propiamente dichos; MM. Varall, Middleton y Elwell de Paris; M. Decoster que ha contribuido á propagar el uso de instrumentos mecánicos en Francia y M. Dürrenne por su máquina para cortar el hierro batido.

Si de Francia pasamos á otros países, diremos que nada mas ingenioso puede imaginarse que los mecanismos procedentes de una casa inglesa justamente afamada en el mundo entero, la casa de M. Witworth, de Manchester. Entre los expositores ingleses debemos citar tambien á MM. Smith, Beacock y Launett de Leeds, y á M. Harvey de Glasgow.

La Europa central podia mostrar con un justo sentimiento de satisfaccion las obras diversas de MM. Hummel de Berlin; Schmid de Viena; Siol, de Berlin, etc. Por lo comun en las fábricas alemanas no se hace otra cosa que reproducir los tipos ingleses, pero cuando es necesario, se sabe tambien modificarlos útilmente y sobre este punto la casa de M. Hummel disfruta de una fama merecida.

Entremos ahora en el dominio de las herramientas para el trabajo de la madera; estas herramientas participan como es natural, de los caracteres de las que se usan en los talleres metalúrgicos. Las aplicaciones que reciben son, sin embargo, muy variadas y casi todas son recientes. Como la madera no ofrece la misma resistencia que el hierro, se necesita que el instrumento sea sencillo antes que darle una gran fuerza; así los instrumentos presentados se distinguian sobre todo por su agilidad. Véanse algunos cuya precision no habia podido igualar el tornero mas hábil. El instrumento destinado á la fabricacion de los entarimados reemplaza verdaderamente tres máquinas; sirve al mismo tiempo para alisar las tablas, para hacer por un lado de la madera la ranura y por el otro la parte saliente que llaman la lengüeta. Este ingenioso instrumento así como otros análogos habia sido enviado por M. Sautreuil de Tecamp, que ha dotado ya de muchos procedimientos útiles á la ebanisteria mecánica. M. Sautreuil figura en primera línea en las obras de este género.

Tambien se notaba una sierra llamada de *hoja sin fin* de M. Perin, de Paris, por la rapidez con que abria la madera. Al lado de sus instrumentos destinados al tra-

tamiento del hierro, la fábrica de Groffenstaden tenia en la Exposicion un surtido completo para la gruesa ebanisteria y que facilita singularmente la fabricacion de los wagones, ramo que esa fábrica explota en grande.

La Exposicion Universal ofrecia una porcion de hermosos modelos de todos los instrumentos necesarios para el tratamiento de los bosques; pero de todos ellos las sierras mecánicas son las que han dado lugar en estos últimos tiempos á las mejoras mas notables.

Queremos decir dos palabras sobre los obreros ocupados en los talleres de construcciones mecánicas. Para la mayor parte de los trabajos que en ellos se ejecutan se necesita tener una precision en el ojo y en la mano que pocas de las demás industrias reclaman en tan alto grado. La habilidad del obrero debe encontrarse al fin en la obra ejecutada lo mismo que los cálculos del ingeniero.

Tenemos á la vista datos muy curiosos sobre los valores que en Francia pueden salir de un taller de construcciones mecánicas segun el número de obreros que en él se emplean. La suma anual puede llegar por término medio á 3,500 fr. por cada individuo. Esta suma es para hacer frente al salario del obrero, al interés del capital, á las compras de materias primeras, á los beneficios del jefe del establecimiento, así como á la retribucion de los ingenieros y de los dibujantes, en una palabra á todos los gastos de la explotacion. Que la cifra indicada sea susceptible de variar en diferentes circunstancias, que aumente ó disminuya segun la coleccion de herramientas de un establecimiento, es cosa evidente; pero esta cifra de 3,500 fr. es siempre una suma aproximada sobre la cual se pueden basar con confianza diferentes cálculos interesantes.

Primeramente se concibe que una fábrica grande debe tener muchas ventajas sobre otra de menos importancia. Supongamos un establecimiento donde trabajan cien obreros que dan por consiguiente sobre 350,000 fr. de producto. Sin hablar de las ventajas resultantes de las compras de materias primeras mas considerables, una fábrica que emplease doscientos obreros y produjera 700,000 fr., no gastaria mucho mas que la primera en direccion, administracion, y aun alquiler de los terrenos ocupados, etc.

Para darse cuenta de la reparticion de la suma de 3,500 fr. se podria calcular siempre por término medio, en toda la Francia, que la parte del obrero es de 1,000 fr.; la del interés del capital, materias primeras, alquileres y otros gastos análogos, de 2,200 fr., y en fin, la del director, ingenieros y dibujantes, unida con la que constituye el beneficio del empresario, de 300 fr.

Consideremos segun estos cálculos una fábrica de 500 obreros: cada año saldrá de ella un valor de 1,750,000 fr. Sobre esta suma la mano de obra se llevará 500,000 fr.; los gastos de la segunda categoría 1 millón 100,000 fr., y los de la última 150,000 fr.

En medio de los prodigios que se veian en la galeria de las máquinas, ciertas particularidades llamaron demasiado la atencion del público para que no hagamos de ellas una mencion sumaria. En primera línea tenemos que señalar las máquinas de coser. Cuando se han visto mencionar los aparatos americanos y el mecanismo de coser y bordar de M. Magnin de Lyon, no es posible ya poner en duda el porvenir de una invencion reputada largo tiempo hace como un sueño. La costura mecánica se adoptará para un crecido número de labores como los artículos de ropa blanca ordinaria, los vestidos de ropería y la costura á la mano. Las cuestiones de economía general que suscita esta innovacion no pueden hallar cabida en este estudio; pero no podemos menos de consignar en él su alta importancia.

El nuevo sistema consiste en el cruzado de dos hilos que producen el aspecto de lo que llaman comunmente *pespunte* y que se opera por medio de una lanzadera y una aguja. La lanzadera lleva un hilo que va á lo largo de la tela por debajo horizontalmente; la aguja está cargada con otro hilo que pone sobre el primero atravesando el tejido. Tales son los rasgos esenciales del método, susceptible ciertamente de diversas modificaciones segun el género de la obra.

Pero hé aquí un aparato de carácter bien distinto: el ventilador de M. Fabry, ingeniero de minas en Charleroi (Bélgica), para la ventilacion de las minas. El aparato que ha recibido el nombre de *rueda neumática*, se compone de dos árboles paralelos provistos de poleas que aspiran ó rechazan el aire en el pozo ó la galeria mediante ciertas combinaciones. Este sistema ofrece el mayor interés, en razon á que las diferentes máquinas empleadas hasta hoy para esos fines están muy lejos de dar los resultados satisfactorios que se apetecen.

Ya que estamos hablando de algunas exposiciones aisladas, se nos permitirá que concluyamos nuestro artículo de hoy mencionando ciertas especialidades que han permanecido excluidas de nuestro cuadro.—Un género enteramente excepcional, era verbigracia, el de M. Delachaussée que explota en grande escala una fábrica de equipos militares. Examinando su compartimiento se podia juzgar á qué grado de perfeccion se ha llevado en Francia el arte del equipo del soldado y el de los arcos de caballos. Entre otras mejoras, se debe á esta casa el haber dado á las corazas, gracias al empleo de aceros de una calidad superior, como los de MM. Jackson hermanos y Petin y Gaudet una elegancia desconocida anteriormente, y el haber sabido conservar la fuerza y disminuir considerablemente el peso, (de 6 kil. y 7 kil. á 3 kil. 12 ó 4 kil.).

Y puesto que hablamos de equipos militares, volveremos en cierto modo á lo tratado ya para señalar un perfeccionamiento introducido en las armas de fuego

del comercio y susceptible de aplicarse á las armas de guerra por un hombre ageno á la fabricacion de escopetas y pistolas, M. Fontenau, de Nantes. Su ingeniosa invencion tiene por objeto principal el mejorar las armas de fuego á fin de evitar las desgracias que con tanta frecuencia ocurren entre los cazadores. M. Fontenau ha hecho movable la parte cilíndrica del gatillo taladrando esta pieza en toda su longitud y adoptando á ella un tornillo terminado por una cabeza acanalada. Basta dar media vuelta á ese tornillo para que toda explosion sea imposible, aun cuando el gatillo cayera casualmente. El gatillo no está como en las armas ordinarias; descansa en la parte circular que rodea su base, y esta última circunstancia es muy favorable para la conservacion del arma.

Entre las buenas armas de lujo que figuraban en el palacio de Cristal, y que no podríamos mencionar en su totalidad, señalaremos una escopeta de M. Claudin de un trabajo esmerado. La caja era de ébano y en la culata se veia representado un combate de animales fantásticos en medio de un bosque; la finura y el buen gusto de los detalles prestaban al conjunto un aspecto admirable.

Revista de la Moda.

SUMARIO.—Las fiestas de la moda. — Las grandes damas se visten de pastoras y los elegantes adoptan el traje de molineros.— El pañolito Antonieta reemplaza al pañolito mentiroso y al indiscreto. — Traje de una pastora del siglo XIX. — Las « leonas » llevan lente como los « leones. » — Trajes y telas de campo. — Mangas á la Ristori. — Fotografia de algunos vestidos nuevos. — Manteletas y sombreros de moda. — Descripcion del figurin de modas de niños.

El verano se halla en todo su esplendor con las fiestas de la naturaleza y las fiestas de la moda. Los trajes se armonizan con las flores y toman un carácter campestre; las grandes señoras se visten de pastoras y los elegantes de molineros. El traje de una pastora del siglo XIX es una bonita copia de los cuadros al pastel de Watteau y de Greuze y de los versos pastorales de Florian. Y sino juzguemos: este traje se compone de un vestido de muselina bordada, con cuatro volantes guarnecidos de un grueso afollado de tarlatana por medio del cual pasa una cinta de color claro. Bajo este vestido blanco aparece un transparente de tafetan del color de la cinta. El corpiño es escotado, pero los hombros van velados con un fichú Antonieta, que es la gran novedad, la gran moda del día. Este fichú es precioso: en tiempo de nuestras abuelas le llamaban « fichú mentiroso » y « fichú indiscreto: » era mentiroso cuando hacia creer en atractivos que no existian, y era indiscreto cuando mostraba demasiado lo que una mujer casta y modesta debe ocultar siempre. El fichú Antonieta resume por su forma y su utilidad los otros dos: es muy distinguido y juvenil. Se hace de encaje, de tul, de guipure y de muselina bordada. Se lleva alto ó ligeramente abierto en torno del cuello y menos sobre el pecho. Se sostiene en la cintura con un lazo de cinta ó bien se cruza por los lados, ó por último se prende detrás en lazo suelto.

Hé aquí el vestido de una pastora moderna. A veces el vestido de muselina no es bordado, y lleva nueve volantes de muselina guarnecidos de encaje; diríase una margarita blanca vestida de baile. Tambien está en boga el vestido Marquesa, en toda la acepcion de la palabra; lleva doble falda guarnecida de afollados y de un gran volante rizado con lazos y franjas de cinta. En cuanto al tocado consiste en un sombrero redondo de paja de arroz cosida, ó de paja de Panamá adornado con una gurnalda de flores variadas, ó con una corona de frutas y semillas de América. Cuando la cinta es color de cereza una rama de cerezo con flores y fruta sienta perfectamente; cuando es azul las florecillas silvestres de ese color le dan un aspecto de Estela ó Galatea. De esta manera se viste de campesina una elegante. Así deja Paris sus pompas y sus obras para hacer economías en el vestir.

En cuanto á los molineros del día su traje ostenta tres colores distintos: blanco, nankin y gris; tambien hay el color de castaña, pero pocos jóvenes se atreven con él todavía, pues es de toda necesidad vestirse de un solo color; chaqueta, pantalon, chaleco, sombrero y botines, todo ha de ser lo mismo. Ciertos señoritos que carecen de la elegancia natural parecen cocineros ó pasteleros con su traje todo blanco. Unicamente la corbata puede ser de un color distinto. Un elegante se anuda al cuello una cinta de Saint-Etienne, azul celeste, rosa de China ó malva; esta cinta hace resaltar á veces la fealdad del individuo que la lleva, pero ¿quién se conoce á sí mismo?... Tan poquísimo nos conocemos, que hay mujeres que piensan hacerse interesantes colocándose en los ojos un lente como los « gentlemen-riders; » este lente va sostenido por un cordoncillo negro, á falta de cadena de oro. Es lo mas ridículo que ha podido verse. Una mujer que se respeta no ambiciona el título de « leona. » Una leona es un tipo particular: acoge todas las locuras de la moda y con ellas quiere triunfar, lo que no logra sino en ciertos sitios públicos adonde concurre cierta gente; las verdaderas señoras tienen modas elegantes y lujosas, pero eminentemente distinguidas.

Tambien se usan para trajes de campo frescos tejidos de pelo de cabra y de granadina mezclilla seda y lana que figuran faldas de tres volantes. Estas dos telas son para mañana y para visitas sin ceremonia. Cuando se quiere un traje mas de vestir se elige el barés de volantes de granadina ilustrados con capullos de rosas ó con rayas, ó bien

la muselina de seda con volantes de cuadros ó florecillas estampadas. La tela mas rica es una granadina fondo puro con volantes de tafetan blanco, y disposiciones de flores, hojas y dibujos jaspeados.

La forma de los corpiños y las mangas son tan caprichosas que lo que hoy se lleva se abandona mañana. En otro tiempo la moda se parecía á la « hormiga de la fábula, » amontonaba vestidos, sombreros, ropa blanca, chales, enjes, porque los modelos y los dibujos tardaban diez años en renovarse. Hoy la moda no vive ni siquiera un verano. Se cree tener un vestido al gusto del día porque se llevan mangas con tres pequeños fruncidos plegados unos sobre otros y dos volantes, y hé aquí las mangas á la Ristori que destronan aquellas manguitas afolladas y fruncidas que recuerdan las de la hermosa Diana de Poitiers. Las mangas á la Ristori son unas mangas griegas fruncidas en canelones desde arriba y que caen muy anchas y muy largas, abiertas de lado; para esto se requiere un brazo con todas las perfecciones imaginables.

Aunque se dice que no se quieren faldetas, lo cierto es que se llevan todavía; pues si se suprimen en los trajes de gala, de gran comida y de baile, se llevan para calle. Por lo mismo que quieren destronarlas, ellas invaden los vestidos hasta la mitad de la falda.

Voy á fotografiar algunos trajes á fin de dar una idea de las modas del día.

— Un vestido de tafetan color de castaña, de cuadritos blanco y castaña, y de rayas del mismo color sobre la falda. Cada rayado va ilustrado con un fleco de cascabelillos de seda cosido sobre el tafetan; toda la falda no es mas que una serie y una colección de cascabelillos. El corpiño aplastado y de faldetas lleva rayados de cascabelillos lo mismo que las mangas. Las mangas van fruncidas al sesgo hasta el codo con rayados de cascabelillos que ocultan los fruncidos: se terminan con un grueso afollado y un volante.

— Un vestido de tafetan gris café con volantes de color mas oscuro ilustrados con grandes hojas verdes. La falda lleva tres volantes guarnecidos de franjas de borlitas verdes y cenicientas. El corpiño es escotado en forma cuadrada con una franja que sigue los contornos del escote. Las mangas muy cortas llevan tres volantes.

— Un vestido para traje de mañana de popelina jaspeada gris y negro. La falda es lisa, sin ningun adorno. El corpiño lleva faldetas guarnecidas de cascabelillos del color de la tela. Sobre el corpiño va dispuesta una pequeña berta cuadrada de una forma nueva, que sigue el contorno de los hombros. Las mangas son de canelones y van cubiertas con un jockey ilustrado de cascabelillos.

— Un vestido para traje de paseo á pié de tafetan verde con cintas blancas al sesgo y tres volantes adornados con un rizado de cintas del mismo color. El corpiño lleva un fichú de tafetan adornado con un rizado. Las mangas son aplastadas hasta diez cent., y llevan tres rizados en rayas; luego cuelga un anecho volante guarnecido con un rizado y un fleco. El nacimiento de este volante va oculto con un rizado de cinta.

— Un vestido de tafetan color de violeta de doble falda. La primera falda va ilustrada con entredos de guipure y fleco de violeta, y la segunda lleva á cada lado franjas de guipure. El corpiño es aplastado, de faldetas y con franjas de encaje que nacen en la mitad del corpiño y forman roseton por delante y por detrás. Las mangas á la Ristori van adornadas con franjas y forradas de tafetan blanco.

— Un vestido para salir en coche y para comida de convite, con dos corpiños uno subido y otro escotado. Este vestido de tafetan color de grosella va cubierto con tres altos volantes de guipure en aplicacion de tafetan sobre fondo tul negro. Es un encaje de tafetan que tiene relieves muy ricos de dibujos. Los volantes se hallan puestos con un pequeño rizado de tafetan negro con orilla de tafetan color de cereza. El corpiño subido no lleva faldetas: va adornado con un fichú Antonieta de guipure de tafetan que viene á cruzarse en punta á cada lado del talle. Las mangas son de estilo Luis XVI, aplastadas por arriba, con profusion de lazos de cinta que salen de arriba, y terminadas por un gran volante de guipure de tafetan. El corpiño escotado va cortado en forma cuadrada á la Watteau con berta de guipure que sigue los contornos del escote. Las mangas son tambien cuadradas con adornos de terciopelo cereza y negro. Este adorno de volantes de tafetan guipure tendrá el mejor éxito sobre vestidos de tafetan liso y de color vivo.

— Un vestido de granadina de cuadritos menudos gris y negro, con volantes acanalados azul satinado. El corpiño va escotado, y lleva fruncidos que rematan en un cinturón de cinta con puntas flotantes. Las mangas se componen de lazos de cinta puestos sobre tres volantes fruncidos.

— Un vestido de muselina de seda color de rosa con tres volantes de tafetan blanco ilustrados con florecillas estampadas. El corpiño escotado lleva un fichú de cinta cruzado bajo un grueso lazo de puntas flotantes: las mangas cortas llevan un gran volante y dos pequeños fruncidos.

Ahora que están enumerados los vestidos á la moda hablaré un poco de las confecciones y sombreros. Las confecciones tienen la forma de manteletas, de pequeños chales y de basquiñas ajustadas. Cuando se quiere que el chal marque el talle, se hace muy pequeño y se anuda por debajo en torno de la cintura con una cinta. Las confecciones se adornan con cascabelillos y botones, franjas, borlitas y encajes: las dobles puntas de Chantilly ó de punto guarnecidas de volantes de encaje, hasta de 80 cent. de altura, son muy aristocráticas; pero si se quiere una prenda de ménos valor, se toma una punta sencilla que se forra de tul negro para darla mas solidez y mas relieve. Los pequeños chales granadina se reemplazan con un chal argelino

llamado « ziban; » pero está demasiado chillon y pretencioso.

Los sombreros continúan con sus guarniciones de detrás enormes. Las mujeres distinguidas evitan esta ridiculez. Inútil me parece añadir que los sombreros que voy á describir tienen una guarnicion razonable; sin esto me avergonzaria de recomendarlos. Hé aquí la lista:

— Un sombrero de paja de arroz ilustrado y grabado como una aihaja. Al borde del ala lleva un bonito rizado de cinta color de rosa con una puntilla de encaje negro. La guarnicion de detrás cortada al sesgo y aplastada como un cuello está formada de un rizado como el de la puntilla. Ese es todo su adorno, y sin embargo el sombrero es precioso. Por dentro rizado de blonda y rosas de bengala.

— Otro de paja de Italia, adornado con una espiga de maiz natural y hojas de tafetan. La guarnicion es de tafetan maiz y va cubierta de encaje negro. Interior de blonda con espigas de maiz. Cintas color de maiz.

— Otro de paja de arroz con orilla de paja y ala calada y abarquillada de blonda. Una blonda muy rica y muy ligera cae en el interior al estilo Maintenon y se continúa sobre la guarnicion de tul ilustrada de adornos de paja. Al rededor una guirnalda de bolas de nieve color de malva; cintas color de malva.

— Otro de la misma paja con redecilla de terciopelo negro y cinta color de cereza que termina por un grueso lazo cereza sobre la guarnicion de tafetan blanco, orillada con una cinta de terciopelo negro y blonda. Por un solo lado se ve una adormidera color de cereza con pétalos negros y hojas.

— Otro de la misma paja adornado con una guirnalda de frutas de América con hojas verdes. La guarnicion es de tafetan blanco cubierta de blonda. En el interior rizado de cinta con uvas.

— Otro de crespon blanco y orilla de tul y blonda ilustrado con una cinta de color de rosa. Guarnicion de crespon blanco y orilla de tul y blonda ilustrada con una cinta rosa. Ramitos de flores por ambos lados. El interior es de blonda con flores; cintas de color de rosa.

Termino esta revista con la descripcion de unos trajes de niños: son las flores de la juventud, las mas bellas de todas.

Primer traje: — Niña de ocho años. Vestido de tafetan malva con una falda compuesta de cuatro volantes; corpiño de faldetas terminadas por un pequeño volante con un rizado de tafetan; mangas compuestas de tres afollados y dos volantes: cada afollado va separado por un rizado de tafetan; cuello de muselina bordada; pantalon un poco corto, guarnecido con un gran volante de batista bordada. Botitas de seda color de castaña. Sombrero de paja, con adornos de terciopelo negro y encaje; por dentro amapolas silvestres; cintas de tafetan y guantes de Suecia.

Segundo traje: — Niño de dos años. — Paletó de popelina azul celeste, bordado de « soutaches » de seda blanca, abierto en toda su altura sobre una falda de pliegucillos y entredos de jaconás bordado. Pantalon ricamente bordado. Botitas azules con botones blancos. Sombrero « príncipe imperial » de fieltro blanco adornado con plumas blancas.

Tercer traje: — Niña de once años. — Vestido de popelina verde de cuadritos verdes y blancos con anchas rayas verdes y blancas; corpiño de largas faldetas terminadas por un fleco verde y blanco; mangas adornadas con un jockey y una vuelta con fleco. Cuello de batista doble. Mangas de batista con puño cerrado. Guantes color boton de oro. Capota de tafetan rosa adornada con rosas de mayo; por dentro rizado de blonda y capullos de rosa.

Cuarto traje: — Niño de seis años. Paletó de cachemira fieltro adornado de terciopelo negro y abotonado en toda su altura con gruesos botones de terciopelo negro; las mangas llevan una gran vuelta de terciopelo negro. Camisa de batista con cuello caido. Sombrero marinero de fieltro gris ribeteado de terciopelo negro con cintas flotantes. Pantalon bordado.

Quinto traje: — Niño de cinco años. Blusa de terciopelo negro escotada sobre una camisa bordada; las mangas llevan en la costura gruesas bolas de pasamanería. Pantalones bordados; botitas de paño con puntas de charol.

Sexto traje: — Niña de cinco años. Falda de cachemira rosa de China con tres volantes; corpiño escotado, con rizado de tafetan rosa. Capota de tafetan blanco con un rizado rosa en el interior. Pantalon blanco liso y botitas de seda.

Séptimo traje: — Niño de once años. Pantalon de satin lana gris claro. Chaquetilla de terciopelo ó de casimir azul de China; cuello vuelto; mangas de vuelta cerradas con botones de metal; sombrero de marino de fieltro negro y botitas de charol.

Octavo traje: — Niña de ocho años. Falda de tafetan escocés; corpiño de tafetan gris de doble faldeta guarnecido con una ancha cinta de muaré; cuello y afollados de muselina bordada; pantalones bordados, botitas cenicientas y terciopelo azul de China formando una corona en torno de la cabeza.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

LA MINA DE ORO,

DON GUTIERRE FERNANDEZ DE TOLEDO.

POR EL CONDE DE FABRAQUER.

Toda historia tiene algo de novela.

Toda novela tiene algo de historia.

I.

Una peste cruel devoró la España en 1350. Todos los días el cruel azote arrebatava millares de víctimas. Al-

fonso XI, que se hallaba sitiando á Gibraltar, de que se habian apoderado los moros, cayó herido de la terrible fiebre y murió el 26 de mayo, á la edad de treinta y ocho años. Subió por su muerte sin oposicion al trono de Castilla su hijo don Pedro, tan variamente juzgado, á quien los poetas llaman el Justiciero y la historia el Cruel. Bien pronto sus primeros actos hacen presagiar las calamidades y atrocidades que debian señalar su reinado.

La reina madre, doña María, que retirada en Sevilla habia pasado su vida, celosa del amor que Alfonso XI concedia á su rival, doña Leonor de Guzman, habia criado á su hijo don Pedro en el odio á esta y á sus hermanos bastardos.

Leonor, viuda de diez y ocho años, jóven bella, encantadora, amaba á Alfonso de corazon, no por orgullo ni por ambicion. Fué por veinte años su inseparable compañera. Doña Leonor era la vida, la existencia de Alfonso. Por ella lo despreció todo. Nuevos vínculos excitaban cada año mas esta fatal pasion.

Tuvo hijos de doña Leonor á don Enrique, conde de Trastamara: don Fadrique, maestre de Santiago: don Fernando, señor de Ledesma: y don Tello, señor de Aguilar, con otras dos hembras. Leonor le acompañaba en todas sus empresas mientras que la reina doña María, abandonada en Sevilla, devoraba con impaciencia sus ultrajes. Leonor habia acompañado á Alfonso al sitio de Gibraltar, y habia recogido sus últimos suspiros sin temer los estragos de la fiebre amarilla.

El primer acto del nuevo rey fué la prision de la querida de su padre, en el acto mismo en que esta acompañaba el féretro de Alfonso, con sus hijos Enrique y Fadrique. Conducida por órden de la reina madre á Talavera de la Reina, llamada así por ser ciudad de su señorío, se confió su custodia á don Gutierre Fernandez de Toledo, uno de los señores mas leales y honrados de su época. A instigacion del judío Samuel Leví y de la reina, y aprovechando la ocasion de hallarse enfermo el honrado Gutierre, penetró en la prision de doña Leonor de Guzman un escudero llamado Alfonso Fernandez de Olmedo y hundió un puñal en sus entrañas, huyendo despues sin haber sido descubierto. El rey don Pedro, para no aparecer partícipe de aquella muerte, mandó juzgar á don Gutierre, contra quien se reunian todas las apariencias de este crimen que consternó á Castilla y que revelaba lo que podia esperarse del nuevo rey. Gutierre vió que iba á ser víctima de este asesinato, huyó con una hija y un hijo que componian toda su familia, y pasaron muchos años sin haber vuelto nadie á oír hablar de ellos.

Los pérfidos consejeros, don Alonso de Alburquerque y Samuel Leví, ministros de don Pedro, se aprovecharon del encarnizamiento de la reina madre y de su hijo contra los partidarios de doña Leonor, y excitaron los celos del rey contra los hijos de esta desgraciada, que tan cruelmente habia expiado el amor y favores de Alfonso XI. Don Enrique de Trastamara levantó pendones contra su hermano, tuvo varios encuentros y al fin tuvo que huir á Asturias, en cuyas minas halló disfrazado un asilo.

II.

En una de las mas frias y rigorosas tardes del invierno, un hombre, al parecer soldado, sacudiendo su capa llena de nieve entró en la casa de un pobre leñador, cuya puerta se encontró abierta. Miró por ver si habia alguien, llamó, y no recibiendo contestacion, subió la escalera del piso principal. Salió á su encuentro un hombre que al reconocerlo le dijo:

— ¿Eres tú, compañero?

— Vengo muerto de fatiga, contestó el soldado bajando á la planta baja.

— ¿Qué quieres! le contestó el otro, es preciso aparentar que hacemos el oficio. Nos pagan por descubrir el fugitivo, que dicen se oculta en estas montañas de Asturias, y para hacer que uno trata de descubrirlo es preciso venir alguna vez á las montañas y entrar en todas partes. ¿Y Jimeno?

— No ha vuelto aun.

— Llévele el diablo.

— O mas bien que le traiga.

— Y sobre todo sus ducados, porque hace tres dias que con su ausencia no bebo vino.

— Bebe nieve derretida.

— ¿Y has sabido algo del fugitivo?

— No, contestó Fortuño al soldado que le preguntaba; he dormido todo el día. ¿Qué hora es?

— Esta anocheciendo, y nieva mucho.

— Entraron en aquel momento en la casa dos hombres. Era Jimeno acompañado de otro, que por su traje mostraba ser uno de los trabajadores de las minas. Saludaron afectuosamente á Jimeno, Fortuño y el soldado. El minero, despues de haber registrado con la vista toda la estancia, preguntó á Fortuño:

— ¿No ha vuelto aun el tío Pedro?

— No, ha marchado esta tarde á Gijón con su hija, cuando yo entraba aquí esta mañana.

— ¿Y su hijo Alvaro no ha parecido aun?

— ¡Alvaro! es un hijo que le están aguardando siempre, y que no acaba de llegar. ¿No es verdad, Jimeno?

— ¿Y qué hay de nuevo en Gijón? preguntó Fortuño.

— Muchas prisiones, respondió Jimeno, mucha hambre y muchos muertos; parece que habian de que don Enrique de Trastamara está oculto en estas montañas, y que tiene muchos partidarios.

— Que hicieran todos lo que yo, dijo Fortuño, dando un golpe en la escarcela de Jimeno, que duermo gran-

demente, mientras los demás se mueren de hambre: ¿no es verdad?

— ¡Sí, pardiéz! contestó alegremente Jimeno.

— Si tú quieres, replicó Fortuño, vámonos pronto hacia Gijón: la noche está muy fría y sería muy triste el pasarla aquí, y en siendo de día iremos a una comisión que tengo que hacer.

— Vamos andando, dijo Jimeno, y aproximándose al hombre con quien había venido le dijo, y tú, Martín, ¿no vendrás con nosotros?

— No, contestó con marcada intención Martín, me quedo.

— Tengo muchas cosas que decirte.

— Habla antes de marcharte.

Volviéndose entonces Jimeno a Fortuño y al soldado les dijo que se marchasen, que él los alcanzaría después. Marcháronse estos, y quedó solo con Martín.

Asomóse a la ventana, y apenas vió que se habían alejado, volviéndose hacia Martín, le dijo:

— Dentro de tres horas los dos estarán borrachos, y no nos incomodarán esta noche... noche decisiva, y de batalla.

— Noche terrible, respondió Martín. Ya se adelanta y desaparece el día... ¡Noche de muerte y de venganza, yo te saludo! hace dos años que te aguardo. Dentro de cinco horas, los trescientos partidarios que hemos podido reclutar, y que yo mismo he citado, vendrán a reunirse por distintos caminos a la mina, donde como sim-

ple trabajador me he ocultado. Allí vendrán también el capitán Azo-Pardo con algunos soldados de Gijón.

— Azo-Pardo... siempre he temido una traición en este hombre.

— Al confiarme a él, si bien me exponía a un peligro, también podía ganar algo. Va envidado, pues, todo el juego. ¿Quién lo ganará? Solo Dios lo sabe... mañana lo sabremos todos.

— Dios estará por nosotros... Yo voy a ver al abad de Arbas, que nos asegura la cooperación de sus clérigos.

— Y yo me vuelvo a las minas.

— ¿Dónde os veré antes de la hora de nuestra empresa?

— ¿Antes de la hora?... Aquí, porque conozco que volveré aun, para ver otra vez al tío Pedro y a su hija María... otra vez, quizá la última...

— ¿Con qué aquí, pues? y al mismo tiempo dirigiéronse ambos a la puerta; pero vieron venir otra vez a Fortuño acompañado de Alonso Fernández de Olmedo.

Saludáronse con desconfianza al encontrarse. Jimeno y Martín tomaron cada uno por distinto camino, y los otros dos entraron en la casa del leñador.

Estaba desocupada. Sentáronse en un banco de madera.

— ¿Me dices que en esta casa habita el hombre que busco? dijo Olmedo.

— Sí, a no mentir las señas que me has dado. Es un holgazán, alto, seco, pálido, gastado por la miseria y la

pereza, y vagando siempre de aldea en aldea y por los vericuetos de los montes.

— ¿Qué edad?

— Veinte y dos años.

— El debe de ser... ¿y ahora dónde está?

— El diablo lo sabe. Su padre y su hermana, que viven aquí lo están aguardando todos los días. ¿Pero qué tienes tú que hacer con ese mendigo?

— Es una historia muy curiosa. ¿Y tú qué haces en estas montañas?

— Yo estoy aquí enviado por el ministro y tesorero del rey, Samuel Leví, para registrarlo todo, para inquirir y saber donde puede haberse ocultado uno de los bastardos del rey Alfonso, que dicen se halla oculto en estas montañas, hace cerca de dos años.

— Sí... ya sé que lo dicen... ¿y tú no has husmeado algo?

— ¡Quia! no me he ocupado de eso... he preferido pasar los días en Gijón y en otros pueblos, en donde hace tres meses he encontrado a un amigo, a quien he ayudado a comerse su herencia. Y tú, Olmedo, ¿qué viento te trae a Asturias?

— Hace quince años, he hecho al rey don Pedro un servicio, por el que me ha recompensado larga y generosamente.

(Se continuará.)

Inauguración de la estatua de Latour y del Museo de San Quintín.

El domingo 4 de mayo San Quintín presentaba una animación extraordinaria. Las poblaciones vecinas, muy engalanadas, acudían en muchedumbre para asistir a un espectáculo nuevo y eso a pesar de las nubes, el granizo y la lluvia. Una diputación del Instituto llegaba por el ferrocarril, y los nobles comisionados eran recibidos en el embarcadero por las autoridades municipales. A la una el cortejo salió de la casa de la villa y se reunió al pie de la estatua del ilustre pintor no lejos de la casa en donde Latour exhaló el último suspiro. M. Namuroy, alcalde de San Quintín, en un discurso sencillo y elocuente celebró las virtudes del famoso retratista. Nos falta espacio para insertarle, pero tomaremos de él algunos datos.

Mauricio Quintín Latour nació en San Quintín el 5 de setiembre de 1704. Su padre, músico humilde, no comprendió al principio las aspiraciones del joven artista, y largo tiempo resistió al deseo de su hijo; debió ceder sin embargo, y Latour dejó el colegio a 18 años para estudiar en París en casa de los pintores más famosos.

El deseo de visitar la Italia no le faltaba al joven artista, pero sí los medios para ello, de modo que tuvo que dejar para tiempos más dichosos la realización de su idea. — En una visita que Latour hizo a Cambrai donde estaba reunido un congreso diplomático, se dejó arrastrar por el embajador inglés para probar fortuna atravesando el mar. Pero en breve el clima nebuloso de su nuevo país pesa sobre su genio y no pudiendo resistir al deseo de ver nuevamente el cielo de su patria, abandona la Inglaterra a pesar de los triunfos señalados que en ella había obtenido. Después de haber consagrado una parte de su vida al estudio del dibujo, y después de haber sufrido infructuosamente pintar al óleo, Latour se consagró al pastel, y en este género sobresa-

lió como ninguno. Los retratos al pastel que se conservan, hechos por su mano, a pesar de la alteración que han sufrido con el tiempo, son modelos inimitables. Mauricio Quintín Latour fue nombrado sucesivamente pintor de cámara y consejero de la Academia real de pintura y escultura.

Al elevar una estatua a Latour su pueblo natal no trata solo de perpetuar el recuerdo del artista, sino que quiere honrar al hombre virtuoso que consagró su fortuna al alivio de los infortunios físicos y al desarrollo de la inteligencia.

La primera idea de esas fundaciones tan útiles se revela en 1781. La oferta hecha por Latour de fundar a sus expensas una escuela gratuita destinada a formar no pintores sino dibujantes fue bien acogida por el ayuntamiento. Una real cédula del año siguiente san-

cionó a la vez en San Quintín el establecimiento de una escuela de dibujo y una casa de beneficencia. La escuela se fundó en favor de los jóvenes y obreros que se destinan a las artes mecánicas y a diferentes oficios: tres clases de estudios se prescriben: geometría y arquitectura, figuras y animales, flores y ornato.

La casa de beneficencia es para el alivio de las mujeres en el parto y de los ancianos achacosos; debe distribuirles pan, vino, carne, ropa y los medicamentos más necesarios.

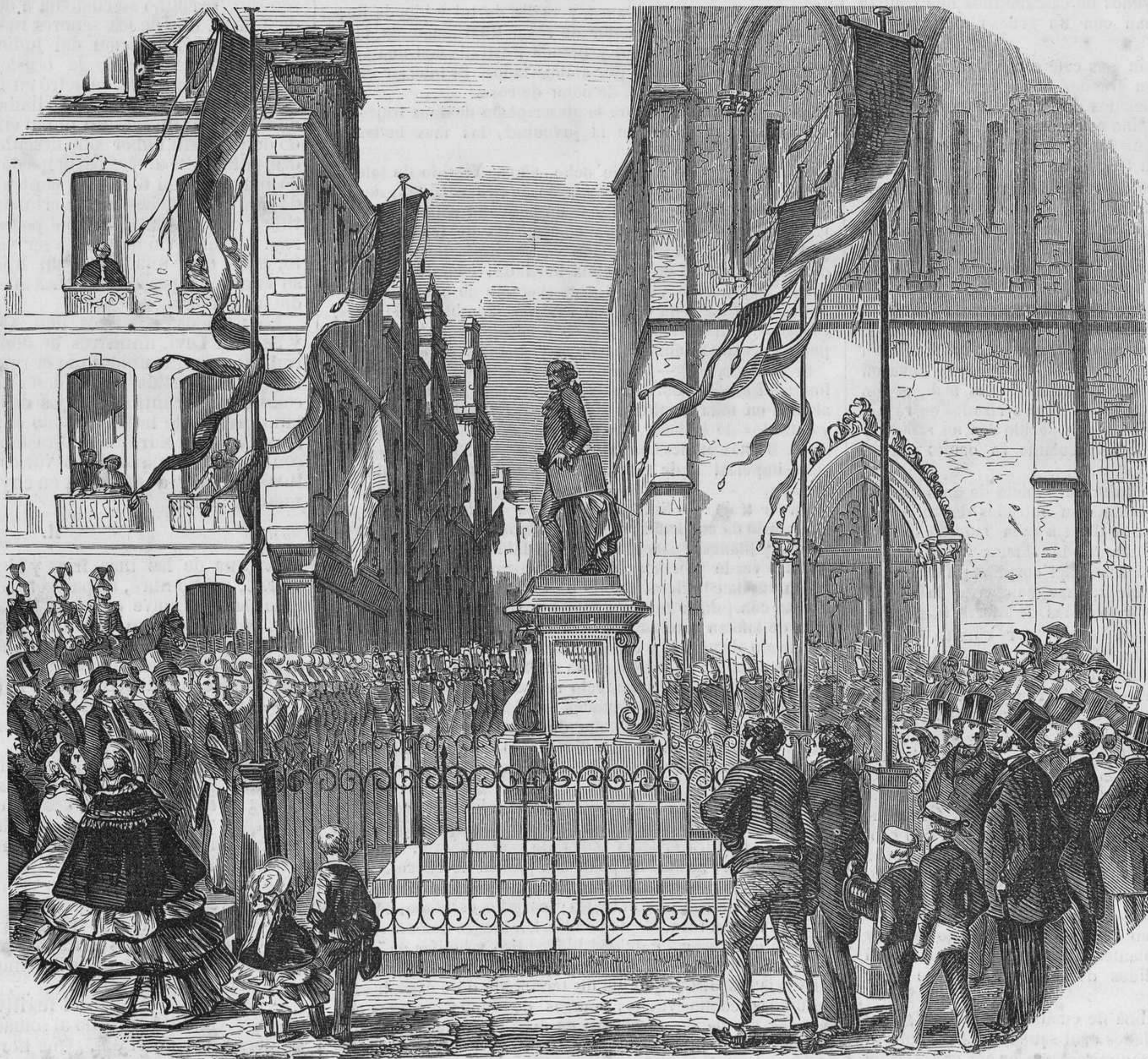
Para la escuela de dibujo Latour dió 18,000 libras; pero en breve tiempo con razón que la suma fuera escasa y aumentó sucesivamente esta cantidad hasta noventa mil libras, suma considerable para la época. A la muerte de Latour sus fundaciones estaban en vía de prosperidad, gracias a sus constantes esfuerzos.

Un segundo Latour, Juan Francisco, muerto como el primero sin posteridad, quiso contribuir también a la obra piadosa de su hermano, y por su testamento de 20 de setiembre de 1806, legó todos los retratos que le había dejado Mauricio Quintín a la casa de beneficencia y a la escuela de dibujo.

El testamento ordenaba la venta de estos retratos a beneficio de ambos establecimientos. Por fortuna, la venta no pudo realizarse por el poco valor que entonces se daba a las obras de arte y así es que los retratos de Latour constituyen hoy una de las riquezas del Museo del Louvre.

La estatua de Latour se debe al cincel de M. N. Langlet que la muerte arrebató la víspera del día de triunfo. Las coronas depositadas al pie del monumento podían dirigirse a los dos artistas.

A. D.



Inauguración de la estatua del pintor Latour en San Quintín.

mente las lágrimas que humedecían sus ojos, y afectando un tono severo cuando se llegó á abrazarle, le dijo :

— Has pensado al fin que no debias dejar á tu padre en la duda de tu muerte..... gracias, hijo..... ¿cuándo vuelves á marcharte?

— ¡Padre!

— ¿Qué has hecho hace un mes?

— He sufrido mucho... contestó Alvaro sentándose, porque apenas podía sostenerse en pie.

— Harás bien en volverte á marchar al momento; porque aquí tambien se sufre : tus penas y las nuestras, la carga sería doble.

— ¡No me habéis así, padre mio!

— Tranquilízate... el anciano no estará aquí siempre... y cuando vuelvas un día, encontrarás á tu pobre hermana llorando abandonada, oírás suspiros, sollozos, pero no la voz del viejo que se queja y siempre riñe... ¡el viejo se habrá muerto!...

— ¡Padre mio, por Dios!

— Sí, muerto, Alvaro... dijo el anciano acercándose á su hijo, porque si me ves vivo á estas horas lo debo á Martín, que es bueno y generoso.

Hizo un gesto queriendo imponerle silencio Martín, pero el anciano continuó :

— Esa es la verdad, Martín, y sin el pedazo de pan que nos traes todos los días, hubiéramos muerto de hambre ella y yo. Yo te doy gracias, Martín... no por mí, sino por ella, que es demasiado jóven aun para morir-se: No me avergüenzo... no nos avergonzamos. Tú has cumplido el deber que debias cumplir mi hijo... él no se avergüenza, no, mírale, no tiene corazon...

— ¡Por compasion, padre mio, no me digais eso!

— No, no tienes corazon, continuó animándose cada vez mas el anciano, no tiene corazon el que deja llorar y sufrir así á su hermana; no tiene corazon el que no trabaja para mantenerla, y que anda vagando por los pueblos; es un holgazán, sin cuidarse de nada.

— ¡Padre, tanta humillacion!

— ¡En fin, cómo vives, cuáles son tus recursos, eres un mendigo ó un malvado!

Y al decir esto le volvió la espalda, no sin haber dicho por lo bajo á Martín á tiempo de marcharse :

— No estoy tan enfadado como creéis, estoy muy contento por haberle vuelto á ver.

Y despues llamó á su hija María para que le acompañase.

Quedáronse solos Alvaro y Martín, admiraba este la bondad del anciano y la resignacion del jóven. Veia en ella oculta alguna cosa extraordinaria. Acercóse á Alvaro, que se habia quedado como absorto y ensimismado, y tocándole ligeramente en la espalda, le dijo :

— Alvaro.

Volvió este en sí cual si despertase de un sueño, y le contestó :

— ¡Ah! eres tú, Martín... ¿qué quieres?

— Alvaro, tú tienes en el corazon gran valor, y en tu cabeza un gran proyecto.

Levantóse de pronto Alvaro, exclamando :

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Lo he adivinado.

— Martín, contestó Alvaro mirándole fijamente, tú que has adivinado eso, no eres un trabajador de las minas como los demás.

— Tal vez tenga yo tambien en la cabeza un gran proyecto.

— ¿Qué quieres tú hacer?...

— Vengar mi país y libertarle... ¿y tú?

— Enriquecerlo.

— ¿Quieres cambiar nuestros secretos?

— De muy buena gana, porque necesito confiar el mio... escucha : va avanzando la noche, dentro de una hora nadie podrá incomodarnos. María y tu padre estarán dormidos, dentro de una hora volveré...

Apretáronse cordialmente la mano, marchóse Martín, á quien Alvaro al salir por la puerta le dijo :

— ¡Dentro de una hora!

IV.

Larga le parecia una hora á Alvaro, y sin embargo, habia aguardado muchos años... apurado se hallaba su valor con sus últimos padecimientos, y entristecida su alma con la sensible escena que acababa de pasar con su padre. María, la bella y buena María, apenas habia dejado tranquilo á su padre en su cuarto, habia vuelto á buscar á su hermano. Estaba tan contenta con su vuelta, deseaba tanto hablar con él, que bajó á buscarle. Al verla este la abrazó y la pidió perdon de los disgustos que ocasionaba su ausencia.

— Sí, María, la decía : es infame el hermano que no es el sosten de su hermana, y sin embargo, no soy ni un vago ni un holgazán; yo puedo... quiero probártelo, María, porque quiero que no me culpes. Os he dejado carecer de pan, y quiero que al fin sepas por qué. Hace dos años, María, que guardo en mi corazon un sueño, una ambicion que hoy voy á revelarte... jamás he podido confiarle á mi padre; hay en su vida pasada, hermana, un secreto que no le dejaria aprobar un proyecto que debe acercarme á las ciudades, á los poderosos, á el rey mismo tal vez, pero puedo decírtelo todo á tí, que serás discreta.

— Te he adivinado, hermano, dijo María.

— No, hermana.

— ¡Oh! sí, tú conspiras en favor de Enrique de Trastámara.

— No puedo hacerlo... el triunfo de Enrique sería tal vez funesto á mi padre.

— ¿Por qué?

— Mas tarde lo sabrás, algun dia... escuchame...

María cogiendo un escabel se sentó al lado de su hermano.

— Conspiro, le dijo este, contra el mas grande enemigo de mi país...

— No conozco mas que uno, dijo María, el rey...

— A ese... sus vicios le matarán temprano ó tarde, conspiro contra otro mas fuerte y terrible.

— ¿Cuál?

— La miseria, de donde viene el hambre y la peste.

— No te comprendo.

— Desde que hemos llegado aquí, mi padre ha adquirido su sustento gastando sus fuerzas cortando leña en los montes y vendiéndola en los pueblos vecinos; yo he entrado algunas veces con los trabajadores en las minas de hierro, pero he adivinado que estos montes contenian otras riquezas. No me creas insensato, hermana... he subido á las montañas, y para esto he necesitado años enteros, durante los cuales he caminado sobre rocas escarpadas, al borde de terribles precipicios, marchando ó arrastrándome á las puntas de las rocas, vacilando suspendido sobre abismos... tan pronto rechazado por los vientos, ó helado por el frio... bajando cuando el hambre me arrastraba, y volviendo siempre cuando el valor parecia desafiarme y llamarme desde lo alto de la montaña; en fin, despues de cinco años de luchas y combates, no como el soldado contra un enemigo que le ataca, sino contra los elementos que hacen pedazos á un hombre como á un ligero insecto... Solo, sin esperanza de socorro, sin la esperanza de vencer, cien veces he luchado contra una muerte cierta. ¿Crees tú ahora, María, que Alvaro sea un vago?

— ¡Alvaro! exclamó cortada María.

— En fin, Dios me ha guiado, porque llegué hasta la mas alta cúspide de la montaña, y cuando estuve allí ví las nubes debajo de mí, y sobre las nubes los montes de Oviedo; me ví cerca del Eterno... Sí, desde lo alto de las montañas ví todo el país y la mar, me arrodillé delante de Dios, y gasté tres días en bajar lo que me habia costado años el subir. Entónces deslumbrado, loco, quebrantado, llegué hasta aquí; llegué fatigado, moribundo, y cuando me socorriais y tratábais de reanimar mis helados miembros, oí á mi padre que te decía : hé ahí los efectos de la vagancia y de la holgazanería.

— ¿Por qué no le decías lo que era?

— Imposible, hermana, no podia decírselo; un año ha pasado desde entónces, durante el cual veinte veces he vuelto á hacer el camino que tanto me costó encontrar, y he visto en la montaña simas inmensas protegidas por peñascos, sobre los que pasan torrentes; he visto en su fondo una riqueza inmensa, he encontrado el oro; he estudiado la montaña, hermana, he sondeado su profundidad, he medido su altura, y todo esto, hermana, lo he escrito aquí, y al mismo tiempo sacó un rollo de pergamino del bolsillo de su capa, lo extendió, y señalando con el dedo continuó : esta es la montaña, estos los peligros, estos los medios, estos los recursos. ¡Oh! cuando tú puedas leerlo, verás qué riqueza inmensa, cómo con dos años de trabajo en este país donde tantos miles mueren de miseria, habria una gran riqueza. Para llamarlos á este trabajo ¿tú no concibes, hermana, que se necesita una voz mas fuerte que la mia?

— ¿Y entónces?

— He ido á Leon, donde ahora se halla la córte del rey don Pedro, y despues de muchos dias de perseverancia he podido hacer entregar este libro al ministro Samuel Leví, ese rico y opulento judío. El podia mandar comenzar los trabajos, y al mismo tiempo haber hecho poderoso á don Pedro, que tan falto está hoy de recursos. Pues bien, hermana, no me ha comprendido, me ha hecho arrojar ignominiosamente como un mendigo, y desesperado entónces he permanecido tres dias sin comer, tres noches sin dormir para volver aquí. Conoce ahora, hermana, por qué cuando mi padre me decía hace poco ¿qué has hecho hace un mes? le contestaba : hé sufrido mucho.

— ¡No te han comprendido!

— No, hermana, contestó guardando otra vez los pergaminos en el bolsillo de la capa, si me hubiesen comprendido hubieran reunido algunos centenares de hombres. que yo mismo hubiera conducido á la cumbre del monte, y allí á cada golpe del pico y del azadon hubiera brotado el oro. Asturias fuera rica, el reino todo poderoso, y don Pedro tendria con que pagar sus tropas, mantener sus escuadras y aplacar los descontentos, cuyo mas poderoso auxiliar es el hambre y la miseria pública. Castilla sería respetada, porque sería grande y fuerte. ¿Y qué pediría el pobre obrero que ha concebido todo esto?... Nada, nada, ó tal vez por causa tuya, un ochavo por cada marco de oro con que se enriqueciese el tesoro real; sí, ese ochavo. María, me haria bastante rico para darte como á la mas opulenta rica-hembra de Castilla. para hacer olvidar á mi padre su miseria de hoy; seriamos, en fin, ricos, pero...

Desfallecia por momentos la voz de Alvaro. Asustada su hermana llegóse á él para sostenerle, porque se hallaba á punto de desmayarse.

— ¿Qué tienes, hermano?

— Sufro horriblemente, hermana, ¿qué cosa tan horrible es el hambre! No digas nada á mi padre, porque no podria confiarle nada. Me abrasa la sed.... ¡Agua, María, agua!

María cogió un vaso, lo llenó del vino que el padre previsivamente habia guardado para su hijo, y despues de haber bebido :

— Gracias, hermana mia, gracias... pero ¿de dónde me viene este socorro?

— Mi padre lo habia guardado para tí.

— No estaba entónces irritado conmigo..... bendito sea Dios, vamos á besar su mano antes de entregarme al sueño de que tanto necesita mi desfallecido cuerpo.

— Aguarda, dijo María procurando detenerle, me habia prohibido decírtelo... no importa, le diré que no he tenido fuerza para callártelo. Vamos, Alvaro.

Y ambos hermanos, agarrados del brazo, subieron ligeramente la escalera del cuarto donde se hallaba descansando el anciano.

V.

Apénas habian desaparecido, cuando abriéndose la puerta del camaranchon se presentó Olmedo, pálido, agitado, vacilante, y bajó al portal asombrado con lo que habia oido del secreto que contenian los pergaminos.

En aquel mismo momento Fortuño, asomando la cabeza por la ventana, por la que se disponia á saltar, le dijo :

— ¡Hola! Olmedo, ¿sabes ya lo que contenia el librote?

— Sí, Fortuño, y dió un salto y entró por la ventana.

— ¿Vale los mil ducados? preguntó.

— Vale cien millones.

— ¡Cien millones!

— Es un mundo.

— ¿Y cómo lo comprarás?

— Esas cosas, Fortuño, es preciso para poseerlas haberlas inventado ó robarlas.

— ¿Y tú quieres robarlas?

— ¡Silencio!

— ¿Dónde guarda el librote?

— En el bolsillo de su capa.

— Difícil es cogerlo.

— ¿Se puede entrar aquí por la noche?

— Fácilmente, la puerta encaja mal y las ventanas no cierran.

— Ven, Fortuño, que no nos hallen aquí.

— ¿Tú quieres volver aquí?

— Sí, quiero volver, y vas á comprenderme, sígueme.

En aquel mismo momento se oyó el ruido de Alvaro que iba á salir de la estancia de su padre. Los dos aventureros saltaron ligeramente por la ventana y desaparecieron.

Bajaron los dos hermanos satisfechos de haber visto desenajado á su padre. Compuso María con una estera y un poco de paja, poniendo por cabecera un escabel, una cama para su fatigado hermano, y echándole encima su capa para abrigarle despues de haberle abrazado y arregiado una lámpara que alumbraba una grosera imagen de la madre del Salvador del mundo, que habia en un nicho en la pared, y orado un momento devotamente ante ella, se retiró á descansar fatigada de las emociones de aquel dia.

Alvaro, rendido, fatigado, se entregó al sueño y quedó profundamente dormido. Tres noches hacia que sus párpados no se habian cerrado. Así, mas que en un sueño cayó en un profundo letargo.

Apénas habia pasado media hora, cuando Martín empujando la puerta, entró con la mayor precaucion y sin hacer ruido.

— ¿Dónde está Alvaro? dijo mirando á todas partes. Viólo tendido en el suelo profundamente dormido. Habia adivinado en él uno de esos hombres de valor y de corazon que necesitaba y queria asociarlo á su fortuna, á la empresa que meditaba. Llamóle dos veces, pero en vano, cogióle del brazo para hacerle despertar, pero tampoco logró nada.

Ocupado estaba en despertar á Alvaro, cuando Jimenez llegó corriendo y le dijo :

— ¡Martín! alabado sea Dios, que al fin os encuentro aquí.

— ¿Qué hay?

— Os ha vendido Azo-Pardo.

— ¡Vendido!

— Toda la guarnicion de Gijón está alerta; han cercado las minas y van á bajar los soldados á registrarlas, y si la casualidad no hubiera hecho que os hallaseis fuera de ellas, os prendian indudablemente. Se ha descubierto nuestro plan.

— ¡Vendido! ¡Perdido!

— Es preciso que os apresureis á ganar el valle de Arbas para reunirnos con los soldados y partidarios que os ha ganado el abad de Arbas.

— Van á interceptar sin duda todos los caminos.

— En efecto; se ha dado orden de detener á todos los trabajadores de las minas; pero no tengais cuidado, tomad esta espada, este puñal, que Alvaro se arme tambien, y reunidos los tres y decididos á morir nos abriremos paso tal vez... Es preciso despertar á Alvaro.

— ¡Detente!

— ¿No me habiais dicho que queriais confiaros á él?

— Sí, lo queria cuando tenia probabilidad de vencer en mi empresa, pero al presente tengo probabilidad de morir en ella, y no quiero perder á mis amigos... ni á él ni á tí, Jimenez. Además, no seriamos bastante fuertes, y podríamos ser bastante astutos tal vez; al contrario, separémonos... tú véte á Leon, donde tienes una cita, yo llegaré tal vez al monasterio de Arbas.

(Se continuará.)

Tipos y fisonomías del ejército de Crimea.

Hoy nos consideramos con mayor libertad para contar alegremente la historia de nuestros valerosos soldados



En tiempo de lluvia.



En tiempo de nieve.



En tiempo de río.

en la Crimea, y luego cuando ya están hechas las amistades podemos hablar sin pasión de nuestros adversarios.

No pretendemos relatar estratégicamente todos los episodios de esa gloriosa campaña, pero al menos recordaremos todos los tipos vivos y curiosos que no han cesado de representar en ella un papel noble, y al mismo tiempo haremos pasar ante los ojos de nuestros lectores el panorama siempre variado que durante tantos meses ha suministrado las decoraciones de esa terrible pieza.

Primeramente se presenta Kamiesch, pues aquí nuestros soldados tocaban por primera vez la tierra de la Crimea. Se ocupó Kamiesch desde un principio y era uno de nuestros mejores puntos estratégicos: le obtuvimos sin la menor resistencia, y nos felicitamos, pues si de grado ó por fuerza, no hubiésemos podido adquirir este punto de la costa la posición de nuestra escuadra de transporte



Camino del hospitalillo.

se habría complicado mucho y habría experimentado las mayores dificultades el servicio de suministros.

Kamiesch significa en ruso bahía de las cañas, y este nombre se halla justificado al menos en la parte extrema del puerto. A la llegada de los franceses no había en Kamiesch mas que dos ó tres casas y un hermoso cortijo rodeado de huertas, de plantíos y de viñas; en las mesetas que dominan el fondo del puerto había un campo ruso que al mismo tiempo que el de la bahía de Kazatch se había replegado sobre Sebastopol en cuanto realizamos nuestro movimiento del Alma á Balaklava.

El puerto es muy profundo y de bastante anchura. Yo he visto fondear á la vez en toda seguridad ocho navíos, doce ó quince corbetas de vapor y unos diez buques de transporte.

Kamiesch domina, por decirlo así la entrada del puerto de Sebastopol. Divídese en dos partes: el



El entusiasta.



El momento crítico.



El calculista.

puerto de Kamiesch propiamente dicho y el de Kazatch; la península que les separa estaba igualmente cubierta de plantíos y de viñas. En el fondo de la bahía había un hermoso castillo convertido por nosotros primero en hospital turco y después en almacenes de forraje.

Esta es la primera época de Kamiesch y en cierto modo el primer cuadro; es la situación á nuestra llegada; el segundo período comienza en el invierno de 1854-1855 y el tercero en los meses siguientes.

Tenemos, pues, tres aspectos distintos; primero los terrenos se hallan cubiertos de verdura, de pastos y de hermosos plantíos. Pasan algunos meses y ya no hay más cultivo, ni granjas ni plantíos; no se ve un árbol,



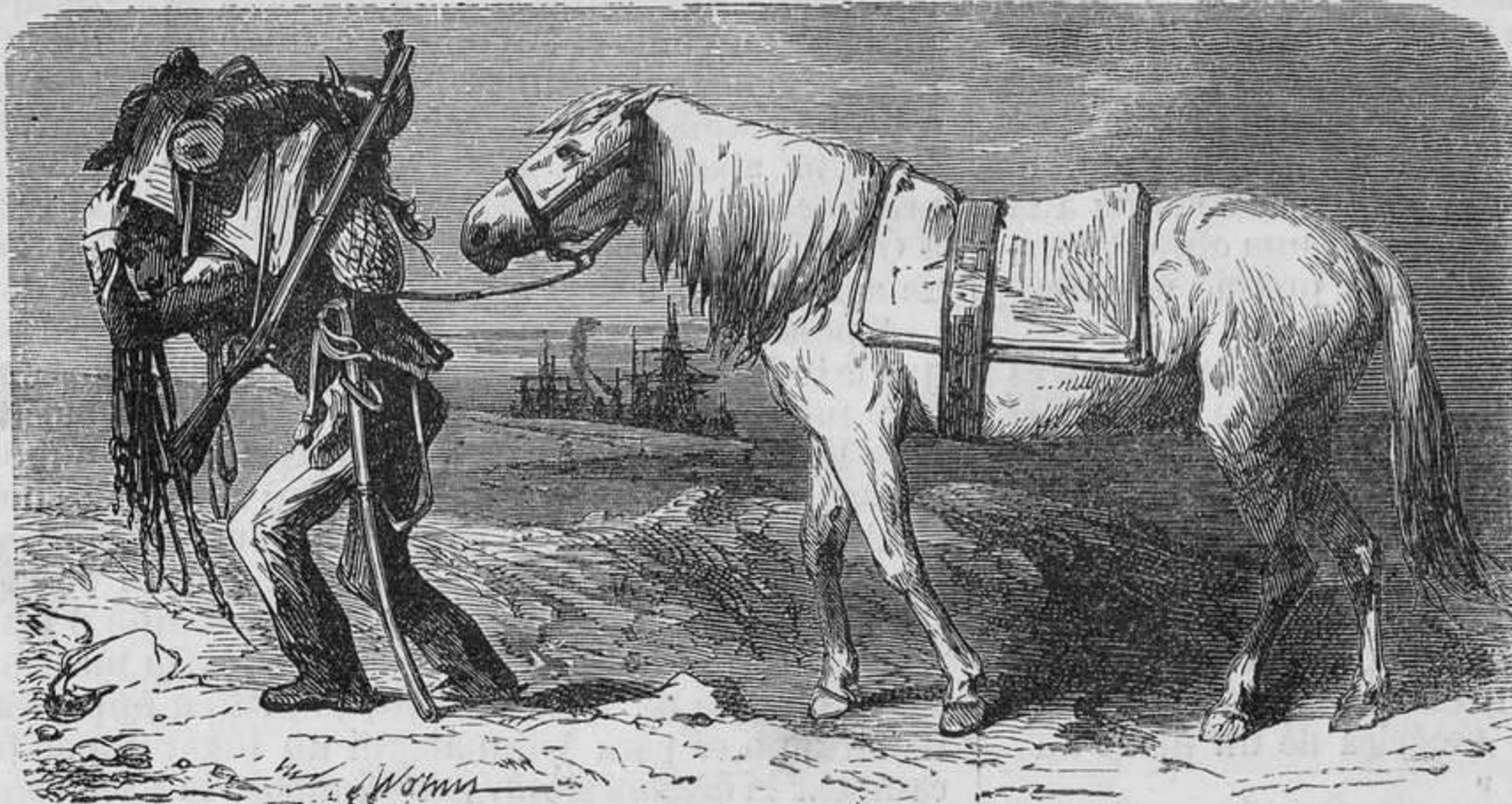
El turco vestido de europeo y el francés vestido de turco.



zuavos con su acompañamiento y sus enseres.

ni un arbusto, ni una cepa de viña que no haya sido entregado al servicio de los ranchos franceses. Y luego para completar esta naturaleza desolada, nieve y barro á montones. — Por todo paisaje un crecido número de tiendas, una ó dos barracas para hospital, montañas de barricas de carne salada, de forraje, de sacos de trigo y de avena, todo ello cubierto de lienzo y de velas y por fin, y esto es lo más curioso, en el fondo de la bahía, siguiendo al campamento de un batallón turco, los rudimentos del pueblo comerciante compuestos de unas cien tiendas y de algunos almacenes de tablas mal unidas.

Tercera época; ya no hay nieve ni fango, sino un sol ardiente, una tier-



Percances del arma.



Los primeros prisioneros rusos.

ra blanca y empolvada, una atmósfera pesada; luego en el fondo de los establecimientos, serios esta vez, almacenes militares de toda clase, parques de artillería, cuartas, vastos hospitales, cuarteles, astilleros, depósitos de víveres, de forraje, de municiones, oficinas militares y de correos, la casa de las mensajerías imperiales, y por último una verdadera ciudad con calles regulares, las calles de *Lourmel*, de la *Gloria*, de *Napoleon*, de los *Turcos*, de los *Ingleses*, de la *Intendencia*, etc.

Por todas partes han surgido buenos desembarcaderos; un magnífico acueducto de 800 metros de largo trae el agua dulce al fondo del puerto. Su construcción fué cosa estupenda: los conductos de hierro colado, arrancados del acueducto de Sebastopol fueron llevados á hombros por los marinos del *Marengo*.

Por último, Kamiesch es ya una ciudad, no un acampamento de náufragos industriales sino casi una ciudad europea; nada falta, ni gendarmes, ni comisarios de policía, y en breve, en marzo



Marinero designado para las baterías.

Gendarme.

Marinero enregimentado.

próximo, se va á completar con sus correspondientes fortificaciones.

Fácil es comprender cuanto debió variar según esas épocas el carácter de los desembarcos sucesivos de nuestros soldados.

Pasamos por alto las diferentes pruebas que debió sufrir en el primer período su admirable paciencia: lluvia, frío, nieve, fango, mal campamento, desastres y padecimientos aceptados con resignación y sin tristeza, tanto más cuanto que todos ellos se felicitaban de haber concluido en fin su penosa travesía.

Pero no volvamos al fastidioso mareo; olvidémoslo como ellos, ya estamos en tierra. Ante todo se hacen conocimientos; cuántos chascos, cuántas sorpresas! Véase sino el encuentro del zouavo y del turco entre nuestros dibujos. El turco lleva el traje europeo; el zouavo que buscaba un modelo para completar su disfraz oriental es más turco que el sectario de Mahoma. Los rusos se engañaron una vez; ¡Tur-

cos! ¡turcos! dijeron y se precipitaron sobre ellos seguros de triunfar; la lección les sirvió, pues ya nunca volvieron.

Se ha hablado demasiado de los zuavos para que hagamos ahora la descripción de los chismes y animales que llevan consigo; el dibujo basta, es exactísimo.

Pero la situación es grave; involuntariamente volvemos a las ideas serias y no sin una viva emoción vemos desfilar y marchar a la trinchera a esas tropas admirables de disciplina y de energía. El tiempo es terrible; ha nevado toda la noche; ahora llueve, y todos, infantes y ginetes marchan al paso y en buen orden hasta que en breve desaparecen en la bruma, y solo queda el gendarme inmóvil como si estuviera de servicio en París en los Campos-Eliseos.

DURAND-BRAGER.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Conclusion.)

Amunátegui rebate los argumentos del señor Angelis, con una lógica inflexible. Aquel señor fundaba las pretensiones de la república Argentina sobre los territorios ya mencionados: 1º en reales cédulas, por las cuales se encomendaba a los gobernadores y virreyes de Buenos-Aires, que diesen protección a las misiones destinadas a reducir a la comunión cristiana a los salvajes que habitaban la costa patagónica desde el cabo San Antonio hasta la entrada del Estrecho de Magallanes; 2º en las órdenes recibidas por el gobernador de Buenos-Aires para que prestase auxilio a los buques enviados de España para proteger las Malvinas, pertenecientes a este virreinato, y para inspeccionar las costas inmediatas del continente, es decir — la Patagonia, perteneciente a Chile, donde tenía el gabinete español que los ingleses desembarcasen de un momento a otro.

Como es fácil conocer, esas órdenes y esas recomendaciones en nada destruyen los derechos concedidos a Chile expresamente en multiplicadas reales cédulas; tanto mas cuanto que muchas veces tras una de esas órdenes dadas al virrey de Buenos-Aires, venia otra idéntica para el gobernador de Santiago. Como observa muy bien Amunátegui, «durante el coloniaje, Méjico, Nueva-Granada, Venezuela, el Perú, Chile y Buenos-Aires eran provincias que estaban sometidas al mismo soberano, que imperaba sobre todas ellas como señor absoluto. El virrey del Plata era tan subalterno suyo, como el gobernador de Chile. Por consiguiente, nada le impedía ordenar al primero o al segundo que desempeñase cualquiera comision en el territorio del otro. Era el amo y podía mandar.

» Pero eso no queria decir que alterase las demarcaciones territoriales que por leyes terminantes habia señalado en el mapa de sus dominios, sino que en un caso dado, el capricho o la conveniencia pública, le aconsejaban encomendar tal negocio al celo de cualquiera de los empleados, que eran sus subalternos, sin atender a en cual de sus provincias iba a llevarse a cabo.»

Después de recorridos todos los órdenes de pruebas necesarios en la cuestion, el escritor concluye con sobrado fundamento de la siguiente manera: «La República de Chile puede presentar títulos de la misma especie de los que ostenta la república argentina; pero esta no puede, como lo hace Chile, apoyar sus pretensiones en leyes claras, precisas y terminantes, que realmente marcan las divisiones territoriales.

» Siempre que el monarca español se propuso deslindar sus provincias ultramarinas, ¿a quién asignó la Patagonia, el estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego?

» A Chile, en todas las ocasiones, desde la conquista hasta la independencia.»

Amunátegui ha abrazado, pues, todas las fases de la cuestion propuesta, y ha desempeñado su tarea con sumo acierto. Al mismo tiempo que ha puesto en evidencia los títulos de Chile a la soberanía y dominio de la extremidad austral del continente americano, se ha levantado un monumento de verdadera gloria.

Trabajos de la laya son dignos de todo elogio, porque llevan el sello del patriotismo mas acendrado, y revelan altas dotes en los que los acometen. Amunátegui luce en su escrito por su lenguaje puro y correcto, por la claridad de sus ideas, por la hilación lógica de sus raciocinios, por los luminosos principios que sienta, y por el orden y método que ha sabido dar a su exposicion.

Tambien Madrid, el hijo del poeta granadino, del Young de la América, como lo ha apellidado García del Rio, ha hecho a la Nueva Granada el bello presente de una serie de artículos sobre el derecho de esa República a la soberanía y dominio de sus costas inculcas. Un poco mas tarde nos ocuparemos en el exámen de ese trabajo lleno de erudicion, fundado sobre los mas sanos principios y escrito en un lenguaje castizo y elegante.

M. L. Amunátegui, segun dejamos dicho al principio de este artículo, ha escrito varias otras obras útiles para su país y de sumo interés para la historia de América. Merece mencionarse su memoria sobre *La Reconquista española*, ó apuntes para la Historia de Chile desde 1814 hasta 1817, obra escrita en colaboracion de su hermano Gregorio. Esa Memoria comprende uno de los principales periodos de la vida de aquel pueblo, y al mismo

tiempo que es un cuadro completo en que están consignados los mas notables acontecimientos de esa época, da una idea de la índole, principios y tendencias de los personajes que entonces figuraron. Allí se halla pintado a grandes rasgos y con mano ejercitada el carácter de los hombres que dirigieron la grande obra de la emancipacion chilena, y el de los enviados por la corte de España para combatir a los independentes.

La comision nombrada por la Facultad de Humanidades para examinar dicha obra presentada al concurso literario de 1830, se expresaba así: «La comision tiene la complacencia de informar que ha quedado satisfecha del modo como el autor ha desempeñado el tema que la Facultad propuso.

» Los sucesos ocurridos durante la época aciaga de la reconquista del país habian sido narrados bajo la impresion viva aun de las persecuciones sufridas, al paso que la misma ingratitud del asunto habia alejado a otros del estudio imparcial de los acontecimientos. La Memoria a que nos referimos ha reparado esta falta, y rectificado aquel inconveniente. Ella, acopiando un caudal bastante rico y completo de noticias, ha sabido exponerlas con una limpieza, juicio y lucimiento, que permiten formar una idea cabal de la época, no solo en el carácter general que la distingue, sino en la graduacion de los sucesos que se fueron encadenando hasta producir la pérdida del país por las armas españolas.»

En otro lugar de este informe se lee lo que sigue: «Muchos hechos importantes habia sepultados en el olvido, que la Memoria saca a luz e ilustra con testimonios fidedignos. Entre otros, merece especial mencion la campaña marítima abierta sobre el Pacífico por algunos cuantos patriotas chilenos y argentinos a las órdenes del comandante Brown: hermoso episodio de nuestras guerras, que se mantenía apenas por tradicion en boca de algunos curiosos. El autor ha tenido tambien a la mano algunos expedientes y documentos fidedignos y ha tomado la relacion de varios personajes, testigos presenciales de los sucesos, mediante lo cual pone en su verdad natural acontecimientos pintados de antemano con recargados colores.

«Por lo demás, su estilo es fácil, correcto, limpio, y llena las condiciones de una obra literaria. La Memoria está escrita como podria estarlo la historia misma.

Al concluir decia así: «Por lo expuesto, la Facultad conocerá que la comision opina porque se conceda a la Memoria el premio a que aspira, como una obra de justicia que el autor ha merecido.» El premio fué acordado.

La obra mas voluminosa escrita por Amunátegui, es LA DICTADURA DE O'HIGGINS; Memoria que consta de 488 páginas en-8º, y que fué presentada a la Universidad de Chile en la sesion solemne que tuvo lugar el 11 de diciembre de 1833. «El argumento principal de este libro, nos dice el autor, es la historia de las tentativas que hizo sin fruto el capitán general don Bernardo O'Higgins para establecer en Chile la dictadura. La conclusion que se deduce de los hechos referidos en él es la imposibilidad de plantear en América de un modo durable esa forma de gobierno.»

Para que la narracion fuera clara, segun observa Amunátegui, principia por dar a conocer los antecedentes de los partidos y personajes políticos que figuran en el período histórico comprendido entre el 12 de febrero de 1817 y el 28 de enero de 1823.

«El resto de la Memoria contiene dos categorías de sucesos que, aunque mezclados entre sí, son diferentes y aun opuestos. La una abraza las hazañas, los eminentes servicios de don Bernardo O'Higgins, los méritos que le valieron su gran prestigio sobre los contemporáneos, y que le han hecho acreedor a la gratitud de la posteridad; la otra, las faltas que le hizo cometer su desmedida ambicion de mando, las conspiraciones a las cuales dió origen su falsa política, las venganzas que ensangrentaron su gobierno, los grandes abusos que justificaron su caída.» El autor tiene sobrada razon cuando dice, que ha escrito su obra *sin odio y sin temor*: la lectura de ella lo comprueba.

«El período histórico cuya narracion voy a emprender, dice el autor, tiene un protagonista que lo domina todo entero con sus hechos desde el principio hasta el fin. Hay un hombre que llena toda esa época con sus proezas, con sus faltas, con sus odios, con sus afeciones, con su política, con sus triunfos, con sus reveses. Todos los sucesos que entonces se verifican en Chile tienen relacion con ese hombre. Nada sucede ni de bueno ni de malo en la vida pública, donde deje de hacerse sentir su presencia. Todo lo que se emprende o se maquina es en su provecho o en su contra. Es el centro de todos los acontecimientos, el objeto de las simpatías de una mitad de sus conciudadanos, el blanco de los resentimientos de la otra mitad.

» Héroe para los unos, tirano para los otros, las miradas de todo un pueblo están fijas sobre su persona. Estos lo ensalzan, aquellos le denigran; pero su nombre tiene el raro privilegio de que todos le pronuncian, los grandes y los pequeños, los magnates de la aristocracia y los individuos de la humilde plebe. Es la esperanza de un gran número de personas, la desgracia para otro no menor.

» Durante seis años ocupa la cima del poder, y proporciona con sus actos materia para los debates de toda una nacion. La América observa su conducta con interés; la misma Europa presta a sus procedimientos alguna atencion.

» Ese personaje se llama don Bernardo O'Higgins. » Su nombre se encuentra en todos los grandes sucesos de la revolucion chilena. Está escrito en las actas

del primer congreso, en las providencias de los primeros gobernantes, en los boletines de seis ejércitos de la independencia. Ese jefe ha combatido contra las primeras tropas de Pareja, despues contra las de Gainza, en seguida contra las de Ossorio, mas tarde contra las de Marcó, a continuacion contra las de Ordoñez y Ossorio. Ha creado una marina para destrozarse a los realistas en el mar, como los habia derrotado en tierra, y ha contribuido de todos modos a que San-Martin organice la expedicion que condujo en auxilio de los patriotas peruanos. La declaracion de la independencia de Chile está autorizada con su firma, y ha sido promulgada por su orden.

» Con estos títulos hay de sobra para comprender su fama y su influencia. Después de leer semejante hoja de servicios, uno concibe cómo a los trece años de ostracismo y cuando centenares de leguas le separaban de su patria, el nombre de ese general servia todavia en 1830 de pendón a los partidos.»

Esta obra abraza, pues, uno de los períodos mas importantes de la república de Chile, y da a conocer con exactitud la vida pública de hombres como O'Higgins, Miguel Infante, Juan Martínez de Rozaz, Miguel Carrera, y, en fin, de todos los que en aquella época imprimieron el movimiento a la sociedad chilena.

La obra que nos ocupa es digna de ser conocida en Europa y América por el estilo varonil con que está escrita, la abundancia de materiales que encierra, el fino y maduro juicio con que se analizan las causas que produjeron los acontecimientos de esa época, las pinceladas maestras con que se pinta la fisonomía de los personajes mas eminentes que figuraron en el nacimiento de la república chilena y cuyos actos de entonces aun influyen hoy en la manera de ser esta sociedad.

El único cargo que se ha hecho con justicia al autor de la obra que nos ocupa, es el de haberse detenido con cierta complacencia en el análisis mas minucioso de las faltas cometidas por O'Higgins, y enumerar rápidamente o no hacer valer bastante los grandes hechos de ese hombre ilustre. Aun cuando Amunátegui no falsea la historia, accion inicua é incapaz de un carácter como el suyo, aun cuando no omite ningun hecho importante; sin embargo, en su interesante escrito hay algo que lo atea: es su admiracion ardiente, su culto apasionado por Carrera, — y su tibieza, su prevención, su severidad, en cierto modo, con respecto a O'Higgins. Jamás deja de poner en relieve los méritos de aquel; nunca deja en olvido la menor falta de este.

A pesar de esto, Amunátegui tiene varios caracteres que le individualizan como historiador: su estilo es conciso y nervioso, a la manera del de Tácito; es elocuente, pero huye de la manía de hacer frases que, aunque afiligranadas, nada dicen, nada enseñan; expone los hechos, exhibe las pruebas de la existencia de esos hechos, y luego muestra las consecuencias que a ellos se siguieron. Parco en las inducciones, cuando las admite o las propone, es porque llevan el sello de la lógica mas severa. En la pintura de los caracteres es justo é imparcial. La Historia no es para Amunátegui un lugar donde pueda campea la declamacion, pero tampoco la hace consistir en una insípida narracion de acontecimientos. Si no declama, no por eso deja de moralizar sobre los principios puestos en accion por sus hombres, y sobre los medios que estos emplearon para llegar al fin que se propusieron.

Perteneciente a la escuela liberal honrada, Amunátegui es el abogado ardiente de la forma republicana y del gobierno de la ley.

Bajo el título de BIOGRAFÍAS AMERICANAS (1), tambien han publicado un volumen M. L. y Gregorio Amunátegui; allí se hallan comprendidas las biografías del célebre publicista y dulcísimo poeta A. Bello; de Camilo Henríquez, el fundador del periodismo en Chile, uno de los primeros que predicaron libertad é independencia a los pueblos de la América española, y que después de haber sufrido toda especie de persecuciones murió pobre y olvidado de aquéllos mismos a quienes él habia contribuido a dar hogar y patria; de Manuel Salas, amigo y compañero de Henríquez, y olvidado como este, después de haber dotado a Chile con un hospicio, un colegio, una biblioteca; después de haber introducido la enseñanza mútua en las escuelas primarias, de haber restablecido el Instituto nacional, de haber fomentado el cultivo del cáñamo, del lino, de la morera, de la higuera; después de haber introducido el gusano de seda; después de haber tratado de plantear en las prisiones un régimen que rehabilitara al criminal, en vez de sumergirle mas y mas en la infamia, promoviendo con este fin la fundacion de una casa de correccion; después de haber hecho promulgar la ley que proclamaba la igualdad de los indios; después de haber luchado contra la introduccion de esclavos en ese país, etc., etc.; — de Simon Rodríguez, primer maestro del libertador Bolívar, y acerca del cual la América no sabe decir con acierto si era un loco ó un genio; de Rodríguez Ballesteros, «el autor de la historia mas mal escrita de la independencia de Chile.»

Si mas tarde nuestras ocupaciones nos lo permitiesen, diríamos algo acerca de otros escritores que honran a Chile, como Pérez Rozalez, que ha escrito un bello libro sobre emigracion, inmigracion y colonizacion; Domingo Santamaria, que ha publicado la vida de don José Miguel Infante, uno de los caracteres mas nobles que

(1) Hace ocho dias que el amable é ilustrado señor don Benicio Alamos Gonzalez, de la república de Chile, ha tenido la bondad de facilitarnos esta obra, lo mismo que otros varios escritos de los señores Amunáteguis.

presentan los fastos de Chile; García Reyes, autor de la historia de la escuadra chilena; Diego Barros, que ha escrito la historia de la independencia de Chile, ó por lo ménos reunido y clasificado los materiales para escribirla; Manuel Bilbao, el brillante biógrafo del general peruano, Salaverry; Ramon Briseño, que ha publicado una interesante «Memoria histórico-crítica del derecho público chileno;» Salvador Sanfuentes, Eusebio Lillo, Hermógenes Irisarri, Guillermo Blest, G. Matta, Blanco Cuartin, J. A. Tórres, y otros varios que con sus bellísimas poesías han contribuido á dar lustre y gloria á la literatura chilena.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, Abril 1856.

NOTA. En nuestro artículo sobre el Sr. D. J. V. Lastarria, le dimos mas edad de la que tiene: dicho señor nació en 1817. Mas tarde esperamos publicar bajo otra forma la biografía del publicista chileno, y entónces rectificaremos algunos errores en que involuntariamente hemos incurrido. Al mismo tiempo analizaremos algunas otras de sus obras.

MUNUZA.

LEYENDA HISTÓRICA.

Los árabes de Abderrámen, huérfanos de su caudillo, han dejado insepultos á millares de sus hermanos en las llanuras de Poitiers. Aplastóles el martillo de Carlos, y Eudes de Aquitania se apoderó de sus tiendas enriquecidas con los despojos de la opulenta Burdeos y del santuario de San Martín, apóstol de las Galias.

¿Por qué, pues, el anciano señor de Aquitania se aleja de los corros de los guerreros septentrionales y se niega á oír los sonidos del heróico bardito? Como sus padres y sus abuelos Eudes ha vestido ya la clámide del romano y aborrece los cantos de las selvas en que suenan todavía los aborrecidos nombres de Tor y de Wodan.

¿Por qué, pues, evita la presencia del hijo de Pepino que el Occidente aclama como su libertador y que bendicen los pontífices? Porque teme la pujanza de la casa de Heristal y divisa el yugo que amaga á sus tierras de Vasconia y de Aquitania.

¿Por qué, pues, aun en medio de sus turbulentos adalides, guarda por largos ratos silencio é inclina á menudo la cabeza? Tristes nuevas le han llegado de los frescos tránsitos del Pirineo y llora desventuras privadas.

I.

Oid el relato de las desventuras de la casa de Eudes, señor de Aquitania.

En el palacio condal de Burdeos, en la cámara abovedada se halla el duque Eudes sentado con angustiado rostro en la silla incrustada de marfil, cuando se abre la ferrada puerta y la bella Lampegia se precipita en los brazos de su padre.

Tiembla la voz del caudillo al preguntarla: «Lampegia, hija mia; ¿cómo te he recobrado? ¿acaso no es cierto que te separases del monasterio edificado en el bosque montuoso y que cayeses en manos del feroz Munuza?»

«Sí, padre mio. Fuí arrebatada por los soldados de Munuza y conducida á la sombría ciudad de la Cerdaña.» — «¿Cómo pues te he recobrado? ¿cómo te libertaste del matador del jóven pontífice Anambado? ¿cómo no expiraste de terror al verte en poder del fiero berberí, azote de los cristianos del Pirineo?» —

«Fiero y atezado es Munuza, padre mio; pero creedme, palabras dice poderosas á apaciguar el corazón de una doncella.» — «Fiero y atezado es Munuza, añade uno de los cinco musulmanes que se ven sentados en el suelo, pero nunca el pecho de un soldado se halla desprovisto de generosidad.

«Y puesto que conoces las rudas usanzas de los combates no le acuses con demasiado rigor. Mató á Anambado, porque las palabras de este mancebo llegaban á domeñar el ánimo de los mismos berberies, y acosó sin piedad á los salteadores del Pirineo por no ver medio de apoderarse de las guaridas de estos osos montañeses.» —

«¿Y quién eres tú para atreverte á defender en mi presencia á nuestro mayor enemigo? ¿al que sin duda conserva Abderrámen en nuestras fronteras con el vano empeño de que su ferocidad nos amedrente?» —

«No, dijo levantándose el moro, no es Munuza enviado de Abderrámen, y no hay ni puede haber tregua entre el tigre del Atlas y el león de Arabia.

Escúchame. Sé que se acerca el día en que legiones de creyentes van á pasar á la tierra grande (1) y en que la suerte del mundo va á pesarse en la balanza de las batallas. Con una palabra que pronuncies, ahí tienes á Munuza que se pondrá á tu lado ó al de Carlos, escudo de los Francos.»

Miróle fijamente el Aquitano y contestóle en breve: «Tampoco Eudes debe envanecerse en gran manera con el dictado de Franco, pues la pura sangre de Armando, señor de los Vascones, corre unida en sus venas con la del gran Clodoveo.

Y si los débiles sucesores de este caudillo, si mis men-

guados deudos los de la larga cabellera, tiemblan en presencia del mayordomo austrasio, no les imitará Eudes por cierto, y sería para él un día de crudo sacrificio aquel en que se viese obligado á implorar la alianza del odiado Carlos.

Audaicia pues: dame tus berberies y se unirán á mis aquitanos que el inculto Teuton moteja neciamente de livianos y locuaces; el neustrio y el burguinon cobrarán aliento, y el echecho-jaona, el hombre libre de los montes cantábricos afilará sus venablos contra el alemán y el turingio.» —

«Mas nuestro pacto debe ligarse con un lazo indisoluble, con el lazo que tejió la mano misma del destino, al poner en mis manos á esta bella criatura que sin mi generosidad lloraras todavía. Concédemela y cristianos y berberies la llamarán reina de los Pirineos.» —

«Osadas son tus propuestas, musulman. Raras veces bendice el cielo semejantes enlaces, y debieras acordarte de cuan caro costó, si no miente la fama, á la viuda del godo Pelayo, el amor del bizarro Abdelazis. Por otra parte solo la ley de la necesidad pudiera excusarme á los ojos de los míos, de que diese entrada en mi familia á un secuaz de Mahoma.» —

«No creas que como el muelle Abdelazis aguarde á mis enemigos en un pabellon sombreado de naranjos, pues he de guarecerme detrás de las murallas de Livia y de Sardonía; y no te sonrojes de un vínculo de que te sobran ejemplos en las orillas del Guadalquivir, del Ebro y del Ródano.

Y además, voy á abrirte por entero mi pecho. Cuando nuestros padres abrazaron la ley del profeta, brillaba con el esplendor del sol naciente la gloria de los pueblos orientales, sin que las promesas que en los astros leían nuestros adivinos consiguiesen librar del alfanje á nuestras errantes tribus.

Semejante á él en el rostro, en la hospitalidad y en la pelea ¿qué podíamos hacer sino acoger al árabe dominador que nos tendía los brazos? Mas ya que el hijo del lemen y de la Palestina se avergüenza de su alianza con el africano y se desdén de obedecer á un Munuza temido en otro tiempo del mismo Pelayo, romperáse la alianza. Truéquense los hados y acaso el berberí bendecirá el nombre del hijo de María.»

Así platicaron los dos caudillos y no tardó en sellarse el fatal pacto cimentado en el odio.

II.

Sudan los abetos frescas gotas de rocío, cantan las aves con alegre estrepito y exhalan sus aromas las plantas silvestres; mas no siempre un día feliz sigue á una deleitosa alborada.

Acompañado de algunos soldados y de vuelta del castillo de Sardonía, levantado al otro extremo de los puertos, sigue Munuza el ancha calzada que dominan dos valladas de roca, esperando divisar en breve las torres de Livia y descansar en los brazos de Lampegia.

«¿Será acaso el eco de los pasos de nuestros corceles el que se percibe? No, que es muy mas precipitado y se engruesa por momentos. Debe ser un nuevo ginete que se acerca. Hélo á la vuelta del camino. ¡Cómo! ¡Es el negro Hasan!»

«Señor, grita ya desde lejos el leal servidor. Dejaste á mi cuidado la hija del cristiano y la ciudad torreada. Pensé lo que tenía mas precio á tus ojos y creí ser la noble cautiva. Ahí te la entrego. Los nuestros siguen defendiéndose, pero el sirio Gedhy, enviado de Abderrámen, ha sabido tu ausencia y se afana en buscarte. Huye y ampararémos tu fuga.»

El califa ha proclamado la guerra sagrada. Abderrámen se adelanta. Como arenas arremolinadas se han levantado innumerables creyentes al grito de la pelea! el paraíso! y se les han unido nuevos enjambres de nuestros berberies.»

Recibe Munuza en sus brazos á la desvanecida Lampegia y emprenden todos la rápida fuga, pero viéndose á poco solo Hasan con ánimo para continuarla por largo tiempo, dispone que su señor se adelante mientras los demás aguardan la llegada del sirio.

Sube Munuza la pesada cuesta y gana una buena distancia, hasta que negándose á obedecer el caballo, se doblan sus rodillas. Extiéndese la calzada como dilatada cinta, á cuyo extremo se distinguen inmóviles Hasan y los suyos. No lejos de Munuza mana una fuente cuyas aguas riegan la desigual superficie del herboso valle.

Traslada el africano á su esposa á la orilla del arroyo, tiéndela sobre el césped y procura reanimarla con las frescas aguas de que llena el hueco de su propia mano. «Lampegia, esposa mia, vuelvete en mí; tu preciosa vida lo demanda.

Mis enemigos me persiguen. Si logran vencer no quieras compartir mi negra é irrevocable suerte. Huye, ocúltate en los bosques y de noche las hogueras te indicarán la choza de algun carbonero cristiano con cuyo auxilio podrás pasar á las tierras de tu padre.

Pero ya se agitan nuestros ginetes. Ya les envuelve una nube de polvo. Oyese el martilleo de los alfanjes... no cesa un momento. Ahora se juega la vida de Munuza.

El estrépito ha cesado. Mira, advierte si distingues la

enseña blanca de los omniadas ó el pendon rojo de nuestra tribu. ¿Aciertas á divisar algo?»

«Sí, veo acercarse un ginete que por su ligereza no puede ser otro que tu fiel Hasan.» — ¡Ah! no, no..., huye, huye... es la enseña blanca la que se acerca.»

Y Gedhy precedía á los suyos gritando: Guardad para el califa la bella nazarena y la cabeza del renegado.»

M. M.

Los ferro-carriles suizos.

A principios del siglo actual las cordilleras de los Alpes que separan la Suiza de la Italia no podían atravesarse sino á pié ó en mula. Unos senderos estrechos, escarpados y siempre peligrosos ponían únicamente en comunicacion sus vertientes del Norte y el Mediodía. Hoy tres buenas carreteras, difíciles en pocos sitios y esto en ciertos días del año de una cuesta bastante suave para que puedan subirse sin esfuerzo y bajarse al trofe ponen en comunicacion Ginebra, Lausana, Lucerna, Zurich y Coira con Milan. Son estas carreteras los caminos llamados del Simplon, del San Gothard y del Splugen. En la actualidad se construye otro que atravesará el San Bernardo para unir por ese paso tan célebre y tan frecuentado el valle del Ródano con el valle de Aosto. Pero estas maravillas del arte humano que justamente excitaron la admiracion de nuestros padres, nosotros las desdeñamos hoy. Ya no queremos atravesar los Alpes con caballos cuya marcha mas rápida nos parece lenta, sino con el vapor que devora el espacio, y para que pase el vapor no retrocedemos ante la idea de abrir los Alpes. Es verdad que hasta ahora es un proyecto, pero están hechos los trazados, sobre el papel, de Lausana á Milan por el Simplon, de Altorf á Bellinzona por el San Gothard, de Coira á Bellinzona por el Bernardino.

¿Cuándo, cómo y por dónde los ferro-carriles suizos atravesarán los Alpes? A pesar de los proyectos y de los informes de los ingenieros hoy parece difícil responder á estas preguntas que el porvenir está llamado á resolver. Entretanto la Suiza que ha tardado mucho en seguir el ejemplo que la dieron los pueblos vecinos, principia á salir de su apatía, y lucha con valor y perseverancia contra los obstáculos que le oponian la naturaleza y la configuracion de su suelo; en una palabra, se impone grandes sacrificios de los que no puede prometerse resultados inmediatos para unir sobre su territorio á la Francia, la Italia y la Alemania.

El primer ferro-carril suizo es de 1847; debia ir de Zurich á Basilea pero se detuvo en Baden (Argovia) á causa de las dificultades que se elevaron entre los cantones de Basilea y Argovia. Solo hay 23 kilómetros. Los gastos se habian elevado á 7 millones de francos. Mas reducido de este modo no podia dar brillantes resultados; hasta hace dos años no se estableció en él un servicio de mercancías. El mal éxito de esta primera tentativa desanimó á los capitalistas, y los acontecimientos políticos aumentaron luego sus alarmas. Así las concesiones que se pidieron y obtuvieron despues fueron letra muerta, y solo á fines de 1852, segun una Noticia sobre los ferro-carriles suizos que han publicado MM. Lombard, Odier y compañía pudo constituirse en Ginebra y esto gracias á la ayuda de los capitales ingleses, una compañía que se titula *Compañía del Oeste de los caminos suizos*.

No es nuestro ánimo contar aquí la historia financiera de las diferentes compañías que se han formado desde 1832 para construir las principales líneas de los caminos suizos: queremos solo consignar además de su situacion presente, el estado de las obras que han emprendido.

La *Compañía del Oeste* tiene un conjunto de unos 140 kilómetros, que se compone de tres líneas ó secciones distintas, á saber:

- 1º La de Morges á la frontera ginebrina 36 k.
- 2º De Morges y de Lausana á Iverdun, 47 k.
- 3º De Iverdun á Berna, 57 k.

Además ha obtenido las concesiones de Jougne á la union de la via Morges-Iverdun y de Lausana á San Mauricio.

De estas tres secciones, la compañía del Oeste no ha abierto mas que una, la de Morges y de Lausana á Iverdun. La línea de Morges á Iverdun se inauguró en mayo de 1853; el trayecto se hace en una hora veinte minutos y hay organizados cuatro trenes por día. Los gastos se han elevado á 11 millones ó sean 234,000 fr. por kilómetro. En agosto último, la compañía que había tenido que luchar con muchas dificultades concluyó un tratado con el Crédito moviliario de Francia que ha fortificado su crédito.

El embarcadero de Morges se halla establecido á la orilla del lago de Ginebra cerca del desembarcadero de los buques de vapor. El camino de hierro que partirá de ahí pasará el Venoge entre Ecublens y Echaudens ántes de empalmar cerca de Busigny con el ramal de Lausana. Subiendo despues el valle del Venoge, atraviesa varias veces este rio que deja á la izquierda mas allá de Cessonay. Allí atraviesa la montaña de Moormont por un túnel de 420 metros que separa en dos partes un barranco por cuyo fondo pasaba el canal de Entreroches. Su punto culminante está á 15 m. 65 sobre el lago de Neuchatel, y 77 m. 89 sobre el lago de Ginebra. Mas allá de este túnel baja al lago de Iverdun siguiendo la orilla derecha del Nazon que mas abajo del pueblo de Orbe se arroja en el Orbe para formar el Thiele.

(1) Francia.



Embarcadero del ferro-carril del canton de Vaud.

El ramal de Lausana no se inauguró hasta el 5 de mayo último. El embarcadero se encuentra á la mitad de la cuesta entre Ouchy y Lausana. Dominado por los hermosos árboles del paseo de Montbenon, domina á su vez la hermosa propiedad de Montrion. De allí se descubre uno de esos paisajes que no se cansa uno nunca de admirar. Entre una porcion de preciosas casas de recreo, se eleva una de las poblaciones mas pintorescas de la Suiza; al Oeste el lago de Ginebra parece un vasto mar en cuyo fondo la mirada busca á veces en vano una ribera en las brumas de la mañana ó de la tarde; al Sur y al Este al extremo de una inmensa bahía de contornos redondos se alzan en anfiteatro algunas de las mas hermosas montañas de los Alpes cuyas cumbres mas altas están coronadas de nieves eternas.

El camino Central, tiene hasta ahora 226 kilómetros. Compónese de un trozo principal (de Basilea á Olten y á Berna) con diversos ramales importantes. Las obras se prosiguen con actividad, pero hasta el dia solo hay en circulacion una seccion de 20 kilómetros de Basilea á Sissach. Actualmente se acaba de abrir el Haunstein. Este túnel que se concluirá probablemente en el año de 1856 tendrá 2493 metros de largo.

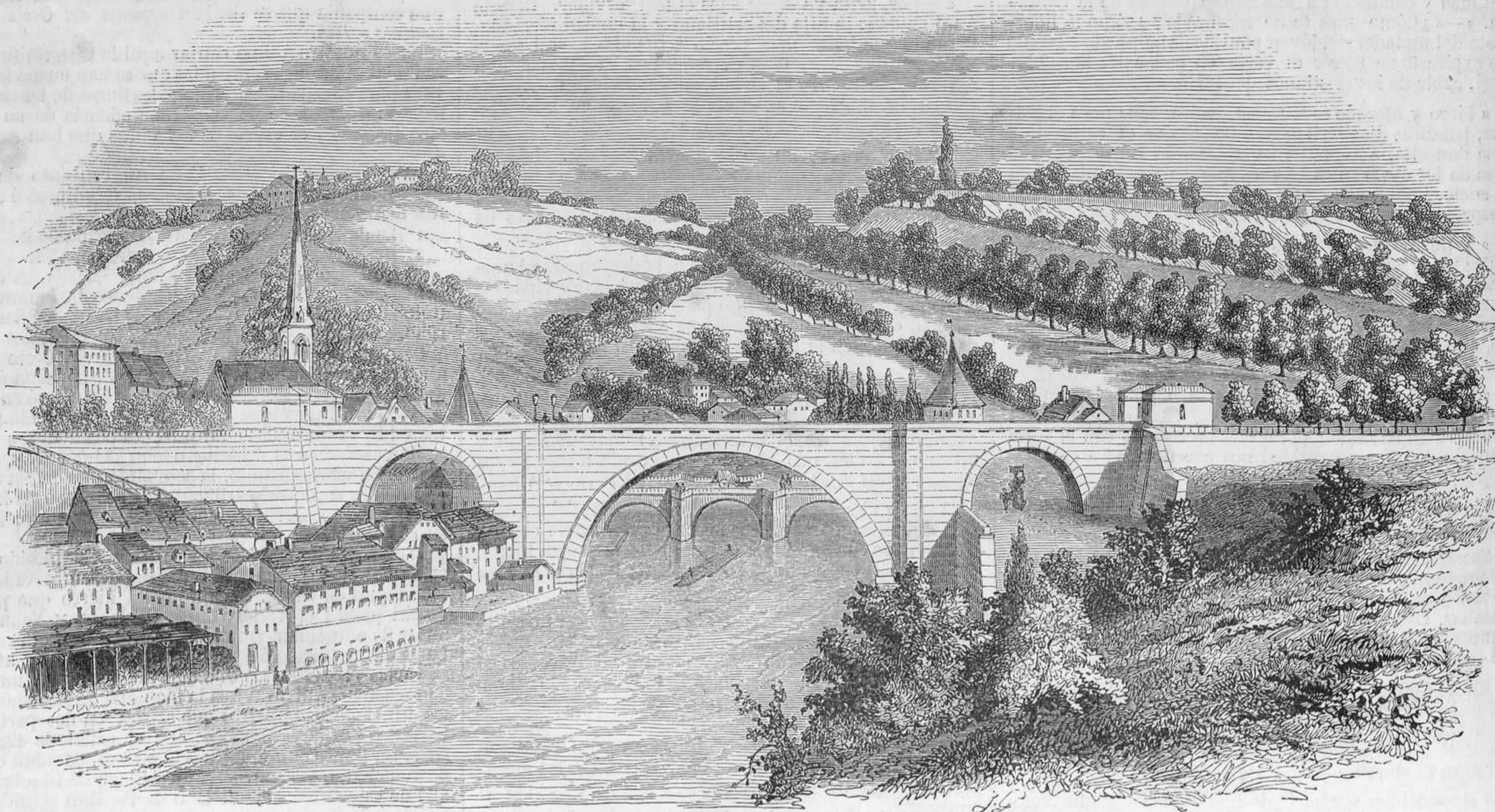
El camino del Noroeste constituido en 1853 posee un conjunto de 159 kil. que se compone de las concesiones acordadas á dos compañías reunidas con este título: la compañía del Norte y la de Zurich á Romanshorn. El sistema actual se reúne por su extremidad Este con los caminos wurtembergenses y austro-bávaros en Friedrichshafen y en Lindau, por su extremidad Oeste con la

línea Central en Aarau, y al Norte con los caminos badenses en Waldshut por el ramal de Baden á Coblenz, sobre el Rhin, cerca de la embocadura del Aare. Compónese de las siguientes secciones:]

De Romanshorn á Winterthur.	56 kil.
De Winterthur á Zurich.	26
De Zurich á Baden.	23
De Baden á Washnau.	31
De Baden á Waldshut.	23

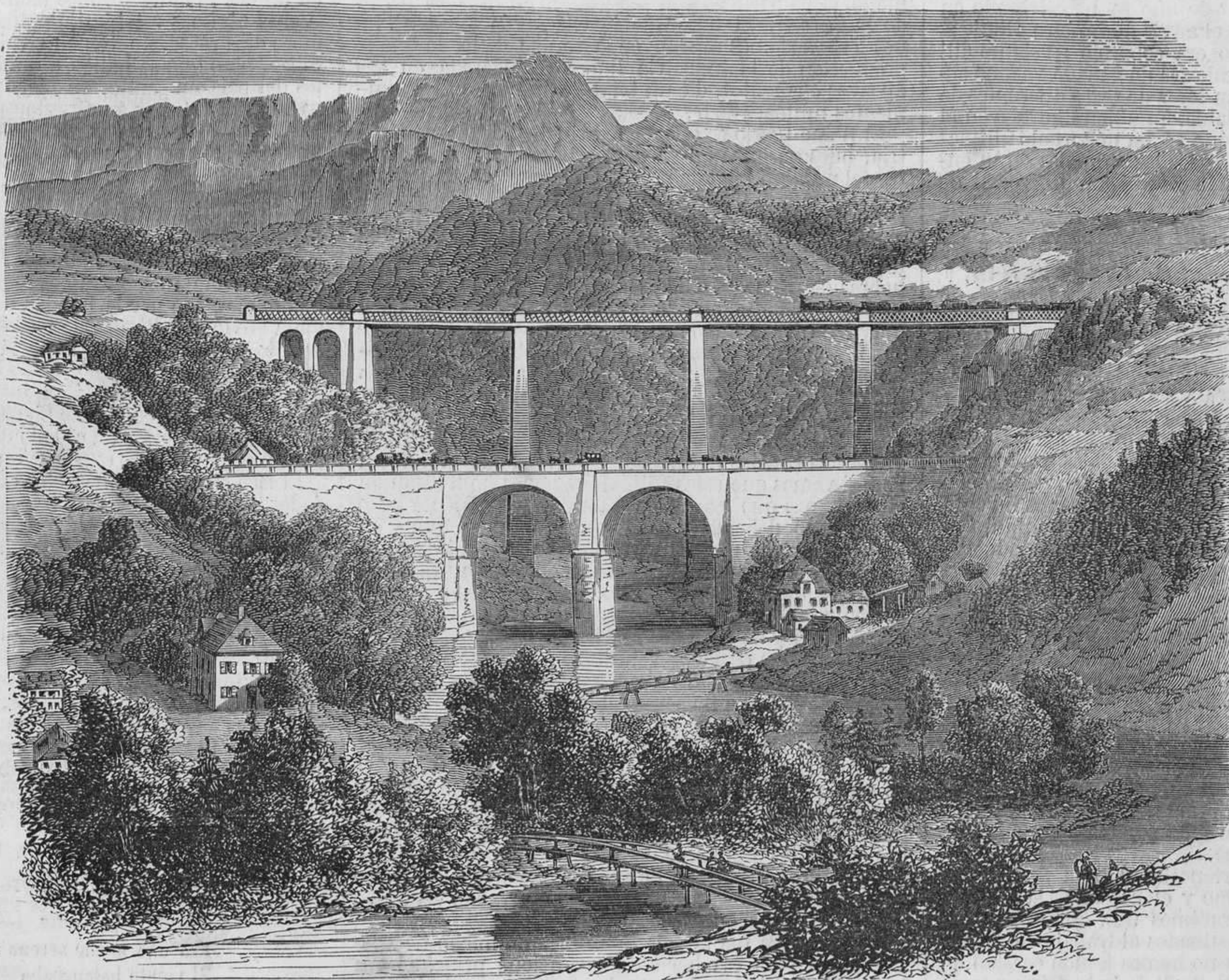
159 kil.

Entre estos ramales ó afluentes citarémos la línea de Winterthur á Schaffhuse, la de Uster y en fin la de San Galo sobre la cual se encuentra el hermoso puente que se ve representado en nuestro dibujo.



El puente del Nideck en Berna.

Esta última línea parte de Rorschach sobre el lago de Constanza, sube á San Galo y se dirige por Gossau, Flawyl y Wyl, sobre Winterthur donde se une con el camino ya en explotación (82 kil.) de Romanshorn á Zurich. En este trayecto tenia que atravesar á una hora de San Galo el valle del Sitter. En 1811 se echó un puente de piedra de 190 metros de largo, 27 metros y 8-76 c. de ancho sobre ese río á expensas del canton, que costó 660,000 fr. y estaba considerado con razon como una maravilla. El puente construido por el camino de hierro por MM. Dolfus, de Mulhouse, y Pestalozzi, de Zurich, tiene 73 metros de altura y 186 metros de largo. Nuestro dibujo nos dispensa de hacer su descripción; solamente añadiremos que los tres pilares que le sostienen y que descansan en pedestales de *nagelfluh* de 14 metros de largo, 11 de ancho, y 13 de alto, están contruidos en marcos de hierro fundidos, y pesan cada uno 6,700 quintales. El puente



Viaducto del ferro-carril sobre el Litter cerca de San Galo.

propriamente dicho es de hierro forjado y pesa 6,800 quintales. A poca distancia del puente del Litter el ferro-carril de Rorschach á Winterthur atraviesa el Glatt y el Thur sobre puentes contruidos por el mismo sistema. En adelante los extranjeros podrán admirar en los países suizos las maravillas del arte juntamente con las obras maestras de la naturaleza. Aun antes de haberse decidido á construir ferro-carriles, la Suiza emprendió y llevó á buen término grandes obras de utilidad pública. Damos aquí un dibujo que representa el puente de piedra del Nideck contruido á expensas de la ciudad de Berna para evitar la cuesta penosa del antiguo puente. Este puente principiado en 1841, inaugurado el 23 de noviembre de 1844, tiene 138 metros de largo y 27 de alto sobre el río. La anchura del arco principal es de 13 metros 38 c.; y la de los arcos laterales es de 17 metros 33 c.: ha costado tres millones de francos. A. J.

Concurso de agricultura en los departamentos.

Damos aquí el dibujo del concurso regional de agricultura que acaba de tener lugar en Tulle (Correze) mientras preparamos los de la grande Exposition Universal agrícola que se abrió el 1° de junio en palacio

de la Industria en Paris. Reservamos para entónces toda descripción; por hoy nos basta consignar aquí que la coleccion reunida en el palacio de los Campos-Eliseos, de animales reproductores, instrumentos de labranza y

productos de toda especie, es la mas completa que se haya ofrecido jamás á la atención del público y á los estudios de los agricultores. En cuanto al concurso de los departamentos de las



Adorno de la entrada de la Exposition de animales reproductores en el concurso de Tulle (Correze).

montañas del Centro que este año se ha celebrado en Tulle, hé aquí lo que dice el autor de nuestro dibujo:

« El aspecto del concurso era soberbio: véanse allí cerca de ciento cincuenta cabezas de ganado vacuno entre las cuales se distinguían toros de razas diferentes de una superioridad incontestable. También figuraba en el concurso la raza Durham que se ha importado últimamente en esas comarcas. Todos los animales serán enviados inmediatamente á la Exposición Universal de París. »

Exposición Universal de la Industria.

XXXVIII.

NUEVAS CONQUISTAS DE LA MECÁNICA CON APLICACION Á LA GRANDE INDUSTRIA MANUFACTURERA.

Vamos á completar las indicaciones recogidas sobre los aparatos mecánicos examinando cuales son los perfeccionamientos que han recibido los telares propiamente dichos, estos instrumentos más ó menos ingeniosos, más ó menos poderosos que forman el conjunto de dos mecanismos de los grandes talleres de la industria de los hilados.

Los mecanismos de ese género abundaban mucho en la Exposición, y como casi todos se hallaban en movimiento en la galería de las máquinas, su reunión allí formaba como un vasto conjunto de fábricas. El público se quedaba maravillado á la vista de aquellos aparatos tan activos, tan dóciles, inmensos algunos y que parecían moverse por sí propios. El hombre en efecto, estaba ausente; pero en tales casos cuanto más oculta se halla la acción del hombre es tanto más real y verdadera. Su pensamiento triunfaba allí; cada uno de los movimientos de aquellas máquinas patentizaba la inteligencia que por sus cálculos sabe sujetar á su voluntad las fuerzas del mundo físico.

Los telares expuestos pertenecían á cada una de las industrias de hilados, el lino y el cáñamo, la seda, la lana y el algodón. Consagraremos una atención particular á los mecanismos destinados al trabajo del lino y del cáñamo porque todavía no hemos tenido ocasión de hablar de ese ramo importante de la industria contemporánea.

Las mejoras que se realizan hoy en el tratamiento del lino y del cáñamo recaen sobre las operaciones preliminares del hilado, la enriadura y la agramación. El antiguo modo de enriar las plantas hilables poniéndolas durante largas semanas en el agua de los ríos ó de los estanques, arrastra sin contar su lentitud, graves inconvenientes en cuanto á la salubridad y á veces expone toda una cosecha al peligro resultante de una crecida súbita. Hoy reemplazan este sistema con la enriadura manufacturera que puede operarse en unas sesenta horas. El lino se coloca en una alberca de ladrillos, donde luego echan agua fría cuya temperatura se eleva después por la introducción del vapor á 32 centígrados. Regularmente la mantienen á 25 grados. Este método presenta además una porción de variaciones en sus detalles.

La Irlanda ha empleado antes que ningún otro país los procedimientos de la enriadura con agua caliente, cuya invención, debida á M. Schenck tiene ya ocho ó nueve años de fecha; pero el sistema primitivo se ha mejorado. M. Terwangne de Lila, ha contribuido á dar á conocer este sistema en Francia, donde ahora hay fábricas especiales para esa operación, sin que por esto deje de haber otras en las que se practica igualmente al mismo tiempo que el hilado. La sociedad linera del Finistere que ha dado un gran vuelo al cultivo del lino en los departamentos de la Bretaña quiere popularizar ese sistema de la enriadura perfeccionada. MM. Scrive hermanos tienen en Mareg, cerca de Lila, una alberca importante establecida con ese raro espíritu industrial que distingue á estos manufactureros.

La operación de la agramación que viene después de la enriadura, consiste en quebrantar el tallo del lino ó del cáñamo machacándolo á fin de destruir las partes leñosas y soltar los filamentos hilables. Esta manipulación es de una importancia extraordinaria; cuando se hace mal todo el trabajo ulterior se resiente, y por eso los manufactureros se ocupan mucho en mejorar los utensilios que para ella se emplean.

Las galerías francesas contaban muchos aparatos de este género; el de MM. Delattre hermanos (del Paso de Calais); el de M. Ward y el de M. Farinaux joven (del Norte), y por último, el de M. Merteus de Amberes (Bélgica) que se ha aplicado muy particularmente á su estudio. Su máquina se halla ingeniosamente combinada: unas pinzas cogen el lino dos veces y en sentido contrario y le llevan entre dos bandas de cuero bajo unas varillas de madera que le sacuden y le machacan. El mecanismo de M. Merteus es más propio para el lino pero puede aplicarse al cáñamo mediante algunas modificaciones muy sencillas. También se veían en la Exposición muchas máquinas de cardar el lino.

Fácilmente se da uno cuenta de la importancia de estos perfeccionamientos al saber que solamente el hilado del lino no está lejos de poseer, y sin duda poseerá dentro de poco, dos millones y medio de brocas repartidas entre las diferentes comarcas en que esta industria se ejerce. Sin temor ninguno se puede calcular el producto de tan grande material en 500 millones de francos por año, suma enorme sobre todo cuando se piensa que no comprende los productos del hilado á la

mano, cuya parte es aun tan grande en muchos países de la Europa. El tejido dobla enseguida su valor. No nos separaríamos mucho de la verdad diciendo que la producción de la industria linera considerada en sus diversos elementos, da un total de más de mil y quinientos millones de fr.

El Reino Unido es el centro principal de esta industria, pues encierra en su territorio las dos quintas partes del número total de brocas. La Francia entra después por una quinta parte, esto es, por unas 500,000 brocas.

Aquí es ocasión de recordar que el hilado del lino se divide en dos categorías: el hilado del lino mojado y el hilado á seco. Este último sistema solo se aplica á las hebras de números gruesos sin pasar de los números 25 ó 28, en tanto que el hilado del lino mojado llega muy bien hasta 150 ó 200, y por excepción sube muchísimo sobre estos números. El hilado mojado se usa infinitamente menos que el otro. En Francia cuenta una broca de seis.

Después de la Inglaterra y la Francia viene la Bélgica que tiene 150,000 brocas, y el resto se reparte entre los diferentes Estados del Centro y del Norte de la Europa. Pero si vemos que estas últimas regiones no figuran en el total más que por un número relativamente poco elevado, no debemos olvidar que conservan aun y en vasta escala el procedimiento del hilado á la mano. Como en muchos de esos países, en Prusia principalmente se trabaja con energía en introducir los nuevos procedimientos, la parte del trabajo manual se limitará cada año y de un modo sensible.

En la Europa occidental el hilado á la mano apenas se ve en el día; solo resiste en algunos puntos aislados como la Bretaña, á no ser cuando se trata de las hebras de una finura extraordinaria que la máquina no siempre logra confeccionar con el primor que los antiguos hiladores. Nada hay ya que decir del invento del hilado mecánico del lino que inmortalizó el nombre de Felipe de Girard. Las condiciones del concurso abierto en Francia en 1810, este docto ingeniero supo llenarlas. Los elementos que habia determinado y puesto en práctica aunque susceptibles de ser perfeccionados como todos los descubrimientos humanos, encerraban verdaderamente la solución del problema.

La Inglaterra fué la sola que durante mucho tiempo sacó partido de esa hermosa invención; principió en 1820, y ya tenia un adelanto de unos quince años sobre los franceses, cuando estos entraron en la misma carrera aprovechándose del ejemplo.

Las provincias flamencas de la Francia y algunos distritos próximos á ellas, son en el territorio francés el centro del hilado mecánico. Allí se encuentran las tres quintas partes de las brocas, esto es, 300,000 de 500,000 que hay entre todas. La tercera parte de los tejidos de lino se fabrica en la misma región, y lo restante de la producción linera se halla repartido en la Normandía, la Bretaña y otras varias localidades. Entre las fábricas que hay esparcidas en diferentes puntos del país, citaremos Voiron en el Isère, Saint-Dié y Gerardmer en los Vosges, donde el tejido se halla favorecido por el bajo precio de la mano de obra, y los dos pueblos de Chollet en Maine y Loira y de Laval en Mayenne que ambos están en vía de progreso.

Las muestras que envió este último punto eran señales irrecusables de una transformación completa operada en su seno. A su fabricación de lienzos bien conocidos antes, y con los que se hacia un comercio considerable, sobre todo en España, Laval ha sustituido la producción de telas de hilo para pantalones. Hace unos treinta años que ha entrado en esta nueva vía, donde marcha ahora con paso determinado. Sus telas regularmente tienen mezcla de hilo y algodón, pero como son labradas y se modifican periódicamente según las variaciones de la moda, han puesto á la fabricación de Laval en el deber de apropiarse la explotación de los géneros llamados de novedades, al menos de los géneros baratos, de los que se dirigen á la gran masa de los consumidores.

En el Reino Unido el hilado de lino se halla todavía más concentrado que en Francia, pero el tejido se practica en una porción de puntos. Leeds en Inglaterra tiene el monopolio del hilado de las hebras más finas que se obtienen á beneficio de procedimientos perfeccionados hasta lo sumo. En Escocia la antigua rival de Edinburgo, Dundee, es citada particularmente por sus hebras gruesas según los procedimientos del hilado á seco. Allí se practica el tejido del lienzo grueso. También hila mucho *formium* y algunas otras de esas nuevas materias hilables que van entrando mas y mas en el dominio de la industria. Las hebras del *formium* se emplean en cantidad bastante notable para constituir la cademeta de las alfombras y la urdimbre de los lienzos toscos.

La Irlanda puede pasar por la tierra prometida de la industria linera, tan bien se presta su territorio al cultivo del lino y tan acostumbrado se halla el pueblo al tratamiento de esta planta. El hilado y el tejido se ejecutan allí á bajo precio. El tejido se practica en todas las chozas, y á menudo forma el único recurso, por cierto bien insuficiente, de esas familias irlandesas pobres y numerosas que se ven condenadas á luchar incesantemente contra el hambre. La ciudad principal del Ulster, Belfast, cuya fama en la fabricación de tejidos de lino se extiende por el mundo entero, forma un centro que representa toda la producción de la Irlanda.

Según un cálculo admitido por M. Ch. Legentil en su trabajo sobre la Exposición de Londres la Bélgica consagra como la trigésima sexta parte de su territorio al cultivo del lino, y posee fábricas de lienzo muy célebres

en las dos Flandes y sobre todo en Courtray. El hilado cuenta algunos establecimientos que, en cuanto al número de brocas, no tienen rivales en el continente europeo, pero que se hallan diseminados en muchos puntos del país en Gante, en Lieja y en Brusélas. El más vasto es el del Lys en Gante que encierra 33,000 brocas, cuando el más importante de los establecimientos franceses, apenas tiene 16,000. Y esa hermosa casa, es ménos importante aun por el número de sus brocas que por la perfección de todas las partes de su colección de instrumentos. Allí no se retrocede ante ningún sacrificio para introducir todas las mejoras que se manifiestan en el campo de la industria.

En Alemania encontramos más de un centro justamente afarrado por la bondad de sus productos. La Sajonia envió á la Exposición esos primorosos tejidos finos para los cuales no tiene rival hasta ahora en el mundo.

La Prusia puede elogiar á justo título sus lienzos de Westfalia, sobre todo los de Bielefeld. En cuanto al Austria tiene en la Moravia al lado de sus manufacturas de lana una importante exportación de la industria linera.

El rico surtido de productos que esas diversas localidades habian enviado á la Exposición nos suministraría materia para un largo inventario, si fuésemos que relatar todos los esfuerzos individuales dignos de elogio. Pero tenemos que limitarnos á pasar ligeramente por la enumeración de las mejoras realizadas.

No sería justo concluir este artículo sin mencionar un hermoso surtido de mecanismos para hilados, enviado por MM. Windsor hermanos, de las cercanías de Lila. Si las máquinas de estos constructores no presentan la aplicación de principios nuevos, á lo ménos son de una ejecución perfecta, no tienen ninguna comparación con los telares análogos empleados en las hilanderías francesas, y cuyos productos figuraban enfrente de los de otras fábricas europeas.

EL ULTIMO REY DE LOS GODOS.

LEYENDA HISTÓRICA.

Era una noche serena:
El viento balanceaba
Mil árboles que fresca
A un bosquecillo prestaban.
Todo yacía en reposo,
Todo reposaba en calma;
La palidez de la luna
Las campiñas alumbraba,
Las aves en paz dormían,
Los arroyos murmuraban,
Las lagunas en silencio
A besarlas convidaban.
En medio del bosque un hombre
Sin cesar se lamentaba,
Y la frente á cada instante
Sobre su diestra posaba;
Después quedaba en silencio
Y amargamente lloraba
Y sus lágrimas caídas
Los arbustos destrozaban.
« ¡Todo lo perdí en un día! »
El infeliz exclamaba,
« Adios reino, adios vasallos,
Adios corona, adios patria. »
Y nuevamente gemía
Y nuevamente lloraba,
Y sus lágrimas caían
Y las flores marchitaban.
« Adios trono, adios soldados,
Adios Pelayo, adios Cava!
Tú eres causa de mis males,
Tú eres de mis penas causa;
Por tí he perdido aquel cetro
Que mis mayores llevaban,
Aquel cetro que al mirarlo
Los enemigos temblaban;
¡Todo por tu amor, Florinda!
¡Todo por amarte, Cava! »
Y la cabeza de nuevo
Sobre su diestra posaba,
Y nuevamente gemía
Y nuevamente lloraba.

De pronto se escuchan gritos,
Juramentos y algazara,
Levántase don Rodrigo
Y á un bruto que reposaba,
« Vén á mí, le dice, Orelia,
Amigo de mis batallas, »
Y el caballo dando saltos
Ante su dueño se para.
« ¡Aquí está! » se oye una voz;
« En este bosque se halla,
Aquí el raptor de mi hija
Solo espera mi venganza. »
Descúbrense mil guerreros
Esgrieniendo sus espadas,

Sobre brutos andaluces
Que sus crines agitaban.
« ¡Ya estás rey en mi poder!
Por fin estás en mis garras,
Ya no hay perdón para tí. »
Así don Julian declama,
Y toda su tropa unida
Mil estocadas tiraban
Al pecho de don Rodrigo
Que brótando sangre estaba.
Frenético el conde al ver
Que el monarca batallaba
Y á morir se resistía
A manos de la canalla,
Adelantóse jurando
Y tiróle una estocada,
Unos dicen por delante,
Otros diz que por la espalda.
Por fin, cayó don Rodrigo
Y el conde que le miraba,
« Muere, le dice, insensato,
Mi nobleza está vengada :
Muere y Dios te tome cuenta
De tus acciones villanas,
De tus inicuos delitos
Y de tus promesas falsas. »
— « Viles fueron mis acciones,
Mis pasiones fueron malas;
A Dios rendiré las cuentas
De mis culpas y mis manchas :
Pero tú, malvado conde,
Piensa bien que debes darla
De haber faltado á tu rey,
A su trono y á tu patria.
Muero, sí, yo te perdono,
Perdónote tu venganza,
Todo te perdono, conde,
Y hago bien; nunca olvidada
Tu fama será en el mundo,
Mas de todos despreciada.
Todas las generaciones
Pensarán horrorizadas,
Que por vengar á su hija
Un hombre perdió á su patria
Sin ser ella su enemigo,
Pues solo lo era el monarca. »
Esto dijo don Rodrigo
Y al mismo tiempo expiraba,
Regando su noble cuerpo
Del conde dos gruesas lágrimas.
Todos al fin se volvieron
Jurando cual siempre estaban,
Y el conde fuese con ellos,
Que á gozar lo convidaban,
Dejando solo el cadáver
Que el céfiro acariciaba,
Para pasto de las fieras
Que en el bosque vegetaban.

CONCLUSION.

No se supo mas del conde
Aunque hay quien diz que pasaba
Todas las horas gimiendo,
Todas las horas sin calma :
Que poco tiempo despues
A fuerza de penas tantas,
Entrególe al Redentor
Entre sollozos su alma;
Y respecto de Florinda,
Conocida por la Caba,
Diz que buscó su sepulcro
Del Guadalete en las aguas.

M. R. y BARZO.

A Cadiz.

I.

En medio un golfo de nevada espuma
Que brama inmenso ante sus piés tendido,
Perla naciente de belleza suma
Cádiz sus muros orgullosa ostenta.
Galeon inmóvil entre las ondas solo
Vence del mar el poderoso embate,
Perla que adorna su laurel á Apolo,
Bajel que agita el pabellon Ibero
Allá de Europa en el confin postrero,
Y del oleaje al rebramar violento
Que allá en tus playas con pavor se estrella,
Y al eco ronco de iracundo viento
Alzas tu frente triunfadora y bella,
Y asoma el sol naciente
Su disco refulgente
Ilumina del mar la vasta anchura
Y resplandece grande tu hermosura.
Ojalá que ardorosa al alma mia

Arrebatase audaz el genio ardiente,
Me prestasen las auras su armonía
Para volar á tí, sol refulgente!
Y en tu fuego y tu luz bañar mi frente.
Entonces yo tus glorias cantaría,
Hermosa Cádiz, en tus rojos muros.
Humildosa la frente doblaría,
Y esparciendo en los vientos mis cantares
Te aclamará la reina de los mares.
Mas no es dado á la pobre mente mia
Tus glorias ensalzar, el sol fulgente
Puro y risueño brillará mañana
Sobre la losa de mi tumba fria,
¡Qué la vida del hombre es solo un día!
Tal vez del fondo de mi huesa helada
Rompa el silencio de las tumbas mudo
Para exclamar con voz dulce y pausada :
Ciudad de bendición!... yo te saludo.

II.

Es ya la noche, en la mitad del cielo
Brilla entre nubes la argentada luna,
Y desde el carro de fulgente plata
Envia rayos á la noche oscura,
Y en su ancho velo que los cielos cubre
Mil astros bellos de placer fulguran,
Que allá colgados en la azul esfera
Borran la niebla que á la tierra enluta.
Es esa hora de quietud y calma
En que el descanso nuestros miembros buscan,
En que parece la adormida tierra
Del mortal triste la callada tumba.

Es esa hora en que la brisa errante
En la floresta con placer murmura,
Es esa hora en que el poeta vaga
En pos de ardiente inspiración. La busca,
E invoca el nombre de los cielos santo
Henchido el pecho de mortal angustia,
Y al fin radiante de belleza y gloria
Mira brillar su majestad augusta.
Todo en la tierra con placer dormía
Allá en los brazos de la noche oscura,
Fúnebre antorcha colosal brillaba
Pálida y bella la argentada luna.
Súbito brilla en el oscuro cielo
Resplandor vivo que la vista ofusca,
Y allá entre nubes de poder radiante
Brilla de un ángel la belleza pura.
Alta en la diestra fulminante espada
Luce encendida, majestad augusta
Su faz respira, y las doradas alas
Bate por cima de la tierra oscura.
« Nazca en la orilla... » prorumpió riente,
« Del mar cerúleo la ciudad hermosa
Que altiva mece al encendido oriente,
Nazca la reina de la mar undosa! »
Dijo y batiendo de sus alas bellas
De pura plata la bordada pluma,
Tendió su vuelo y de esplendor cercado
Hendió veloce la celeste anchura.

III.

El sol de su carrera esplendorosa
Tres veces puro iluminó el espacio,
Y tres veces la noche tenebrosa
Veló del mundo el colosal palacio.
Rayó brillante en el rosado oriente
De amor y dicha la esperada aurora
Y miró desde el cielo el sol naciente
Del mar inmenso á la imperial señora.

F. DE ABARZUZA.

Himno del niño al despertar.

TRADUCIDO DE LAMARTINE.

¡Oh Padre, á quien mi padre humilde adora!
Tú á quien nombran tan solo de rodillas,
Tú cuyo nombre tan terrible y dulce
Mi madre al escuchar la frente inclina!
Dicen que del poder de que estás lleno
Es un juego ese sol de luz tan viva;
Que debajo tus plantas balancea
Como dorada lámpara que brilla.
Dicen que tú eres quien nacer hiciste
Los pajaritos que en el campo anidan,
Y que á los niños das también un alma
Para que te conozcan y te sirvan.
Dicen que tú eres solo quien produce
Las bellas flores que el jardín matizan
Y que á no ser por tí, siempre avariento
Sus frutos el verjel nos negaría.
El universo todo convidado
Al largo don de tu bondad se mira,

Y en el festin inmenso de natura
Ni el insecto mas mísero se olvida.

Pace el cordero la menuda grama,
El citiso á la cabra regocija,
La mosca por el borde de mi vaso
Chupa la blanca leche con delicia.

Su sustento del grano apetecido
Halla la alondra en la olvidada espiga,
Va tras el sembrador el pajarillo,
Y el niño con su madre se extasía.

Y para conseguir, oh Dios! los dones
Con que diariamente así nos brindas,
¿Qué es necesario? Pronunciar tu nombre
Por la noche, á la aurora, al mediodía!

Y pronuncia mi lengua balbuciente
Este nombre que al ángel intimida
Y hasta un niño, mi Dios!... es escuchado
En el coro que á tí te glorifica!...

Los votos presentados por la infancia
Dicen que grato á recibir se inclina,
Porque en nosotros hay esta inocencia
Aun de nosotros mismos no sabida.

Dicen que estas humildes alabanzas
Muy mejor á su oído se encaminan,
Que están los cielos de ángeles poblados
Y que al ángel un niño se asimila.

Ah! puesto que El escucha de tan léjos
Votos que nuestra lengua le dirija,
Yo de hoy mas sin cesar pedirle quiero
Aquello que los otros necesitan.

Dios mio! da su pluma al pajarito;
Dale á los manantiales su agua limpia,
Su lana á los corderos, y rocío
Y sombra á las llanuras extendidas.

Dale al enfermo la salud, al pobre
El pan que con sus lágrimas mendiga,
Al huérfano un asilo, al desgraciado
Preso, la libertad porque suspira.

Al padre que al Señor teme y adora,
Dale una numerosa y fiel familia;
Y para que mi madre feliz sea
Dáme ventura á mí y sabiduría.

Que yo, aunque pequeñito, sea bueno
Como aquel niño que en el templo habita,
Que de mi lecho al pié cada mañana
Halagüeño contemplo con sonrisa.

Pon siempre la verdad sobre mis labios,
Y dentro de mi alma la justicia;
Que con docilidad y un temor santo
Por tu palabra el corazón se rija.

Y que mi voz se eleve hasta tu trono
Cual suavemente el humo se sublima
Desde la urna aromática que ondea
En la mano de niños cual la mia.

LUCAS GONZALEZ.

Pinturas de Juan Fouquet,

ARTISTA FRANCÉS, CONSERVADAS EN FRANCFORT-SOBR-EL-MEIN.

Juan Fouquet, nacido en Tours en los primeros años del siglo XV, es hoy tan poco conocido que en vano se buscaría su nombre sea en las diferentes historias de la pintura sea en la *Biografía universal*. Joven aun fué á Italia y pintó el retrato de Eugenio IV que ocupó la silla pontificia de 1431 á 1447. Francesco Florio, literato distinguido, natural de Florencia, hombre apasionado por las artes, vino á Francia en tiempo de Luis XI y eligió aquí una segunda patria. Seducido por las bellezas naturales del *jardin de la Francia* y por los placeres de una ciudad que á la sazón era la residencia ordinaria de la corte, se estableció en Tours en 1470. Tenemos á la vista una epistola latina que escribió entonces; está dirigida á uno de sus compatriotas que habitaba Roma, y habla con entusiasmo del talento de Juan Fouquet. Florio dice que el retrato de Eugenio IV que se conservaba en Roma en la iglesia de la Minerva (y que acaso subsiste en el día) es una obra admirable, sobre todo en cuanto al parecido, siendo de advertir aquí que en aquel tiempo no estaba muy adelantado, á lo que parece, el arte de pintar al vivo la semejanza individual del modelo. Además exalta la palpitante verdad de todo el retrato, y en su poético entusiasmo otorga al artista francés la palma de haber rivalizado con Prometeo quitando á Dios el fuego de la vida para animar con él la obra de sus pinceles. Florio en fin no vacila en colocar á Fouquet sobre todos los maestros de su arte tanto antiguos como modernos.

Efectivamente la pintura italiana por la época en que Fouquet visitó la Italia (1443) no tenía, á pesar de cuanto se ha dicho, lecciones muy instructivas que dar á un artista tan bien dotado por la naturaleza, pues acabamos de ver lo que era ya entonces Juan Fouquet; pero si los maestros y los estudios tenían poco que enseñarle, en cambio la Italia le reservaba el espectáculo de su clima, de su paisaje, lo pintoresco de la vida civil y el traje

en sus habitantes, y sobre todo le reservaba esa otra población de obras maestras con que había dotado su territorio privilegiado el arte antiguo. Una parte de esa población de estatuas y de monumentos, estaba en pie después de haber luchado contra los destrozos del tiempo y de los bárbaros, y la otra abriendo, por decirlo así, la tierra que la ocultaba con pesar, renacia á los aplausos de esa patria regenerada como el abrazo apasionado de una posteridad directa. Fouquet como hombre superior, sacó partido de lo que veía, y aprovechó esos elementos diferentes sin abdicar su individualidad y su carácter propio.

Existe en la biblioteca real de Munich un manuscrito (nº 38 de la reserva) que enseñan continuamente á los forasteros. Este manuscrito titulado *Historia de los nobles desgraciados*, por Bocaccio, está adornado con un crecido número de miniaturas: una de ellas, la más importante, sirve de portada y ofrece á la vista un cuadro en el que se cuentan cerca de trescientas cabezas ó personajes, y de ellos algunos aunque de dimensiones microscópicas, son verdaderos retratos.

Esta pintura pasa allí falsamente por una obra de los hermanos Van Eyck, cuando es así que el manuscrito fué ejecutado, esto es, transcrito, en Aubervilliers, cerca de París, en 1438. En cuanto á la portada es del mismo Fouquet. Su estilo una vez conocido, no se olvida, y se reconoce inmediatamente. Esa hermosa página, el trono de asiento en el tribunal convocado por el rey Carlos VII en Vendôme, en agosto de 1438. Allí Juan, duque de Alençon, ese noble desgraciado fué juzgado por los pares y condenado á muerte por crimen de lesa majestad y de alta traición. La Italia en 1438 habría opuesto difícilmente á esa obra en ninguno de los géneros de la pintura, otra que rivalizara con ella por la ciencia de la composición, la disposición del conjunto, la variedad, la soltura de los personajes y la armonía de los colores. Apelo aquí al testimonio de los jueces competentes de todas las naciones que han visto esa maravilla. Lo demás del manuscrito, esto es, las noventa miniaturas más ó menos grandes que le adornan, no son todas exclusivamente de mano del maestro pero, según las apariencias, son de sus discípulos y de su estudio. En ellas se encuentran todas las cualidades que distinguen á esas pinturas de las obras análogas contemporáneas, cualidades que constituían el caudal propio ó el fruto de las conquistas personales de Juan Fouquet. Las fórmulas góticas, tales como la ogiva en arquitectura y la disposición mezquina de las vestiduras han desaparecido en esas composiciones. Las cúpulas, los áticos, todo el estilo de la antigüedad renaciente aparece en ellas por el contrario ante la mirada sorprendida. Una vista de Florencia donde el Bocaccio compuso ese libro, representada en el folio 10 del manuscrito, tiene el sello de una verdad local que bastaría para atestiguar el viaje de Fouquet á Italia. En otras páginas ó viñetas el paisaje siempre francés, está



Pinturas de Juan Fouquet. — Job en el muladar.

tratado con una ciencia de perspectiva, una armonía y una inteligencia que desafían toda comparación con obras del mismo tiempo. Este manuscrito fué ejecutado y adornado por orden de Estienne Chevalier consejero del rey y embajador en los reinados de Carlos VII y de Luis XI.

Algunos años después este mismo Chevalier que murió en 1474 mandó hacer para su uso un devocionario. Chevalier, uno de los primeros personajes financieros y políticos de su tiempo, merece en nuestra historia un puesto más eminente todavía. Aficionado rico y apasionado por las artes, dotado de un sentimiento noble, de una inteligencia cultivada y de un gusto exquisito, ejerció una acción muy notable y cuya noción no ha penetrado todavía en el dominio de la historia general. El fué quien presidió como executor testamentario á la erección de los monumentos fúnebres elevados por Carlos VII á la memoria de la bella Inés en las iglesias de Loches y de Jumieges, y el mismo oficio llenó con el mismo rey después de la muerte ocurrida á su vista en 1461 y que también fué por sus cuidados enterrado en San Dionisio. Chevalier enriqueció la iglesia de Nuestra

Señora de Melun, su parroquia natal, con un díptico célebre pintado igualmente por Fouquet, según toda apariencia.

Por los años de 1463, época en que Chevalier mandó hacer un devocionario, la imprenta acababa de nacer, no podía rivalizar en materia de arte, con los recursos seculares de la caligrafía. Juan Fouquet recibió el encargo de pintar las ilustraciones ó viñetas de ese manuscrito. En tiempo de Gaignieres, á principios del siglo XVIII, ese devocionario existía intacto y no había salido de Francia. Este aficionado, de merecida fama, nos ha dejado algunas reproducciones de las pinturas que entonces le enriquecían. Después el precioso manuscrito pasó á Alemania y hubo manos que tuvieron la barbarie de lacerar ese libro, el más hermoso quizá de ese género y el más rico como obra de arte que haya podido transmitirnos la edad media. Únicamente se conservaron, sin duda como estampas, algunas hojas del libro mutilado. Cuarenta de estas hojas, aisladas y pintadas por Fouquet, pertenecen á los herederos de M. J. Brentano Laroche de Francfort sobre el Mein. (Además se conservan otras dos hojas, una en Lóndres perteneciente al poeta Rogers, y

otra en París que posee M. Feuillet Conches.)

Gracias al señor marqués de Tallenay, ministro plenipotenciario de Francia en Francfort, he podido mandar ejecutar cuatro fotografías que reproducen igual número de pinturas originales; la copia grabada en madera de tres de estas fotografías acompaña á nuestro artículo.

El primero de estos dibujos representa á Job en el muladar. Tres amigos suyos que fueron á visitarle en su infortunio le insultan en vez de consolarle y quieren probarle que debe haber cometido grandes crímenes puesto que Dios le castiga tan severamente. El artista ha colocado en el fondo el castillo de Vincennes, cerca de París, sitio real cuya reproducción aquí añade á la obra un interés histórico.

El segundo grabado es un interior compuesto por Fouquet. En él se ve un oratorio adornado conforme á un estilo del que ninguna muestra existía en Francia ni en realidad ni pintada. Sobre el friso se ve la divisa del que mandó ejecutar el libro: MAISTRE ESTIENNE CHEVALIER. De rodillas sobre un rico pavimento de mármoles variados se agrupan dos personajes. El del centro que tiene cruzadas las manos es Chevalier. Este retrato de una verdad extraordinaria, concuerda perfectamente con otra buena efigie que se conservaba en la familia en el siglo XVII y que fué grabada por Langot. Vista con antejo esa cabeza tiene un gran mérito por su modelado y su buena ejecución. El personaje que le protege con el ademán es su patron san Estéban que tiene en la mano la piedra con que le han apedreado. Dos ángeles también de rodillas elevan el incienso al cielo. Detrás se distingue un coro de ángeles músicos de pie que dirigen á la divinidad la armonía de la plegaria.

En el tercer dibujo vemos á la Santísima Virgen amamantando á su divino Niño. Un coro de ángeles cantan sus alabanzas.

En esta composición se descubre una alianza notable de la realidad con el ideal de la tradición y de lo nuevo. El pórtico ó bóveda arquitectónica bajo el cual está sentada la Virgen, es una composición en que el orden gótico se armoniza muy bien con el antiguo.

La mayor parte de las obras de Fouquet conocidas hasta hoy fueron hechas en Francia y para Francia. La biblioteca imperial de París conserva algunos manuscritos pintados por su mano. En uno de ellos constan su nombre y su paternidad como autor, por el testimonio escrito de un contemporáneo digno de fé; la garra del león, como dice un proverbio de la antigüedad latina ha firmado la obra con rasgos indelebiles. Hoy casi todas las producciones de Fouquet que subsisten, están perdidas para la Francia: la obra de Fouquet reunida podría á la vez reunirse, conservarse y reproducirse y multiplicarse en colores gracias á los progresos que se han hecho en la industria de la impresión. Si un día se realiza esta idea queremos consignar aquí que hemos sido los primeros en emitirla. V. de V.



Estéban Chevalier.



La Virgen amamantando al niño Jesus.